



~ Arrancad las semillas,
fusilad a los niños ~

Kenzaburo Oé

BIBLIOTECA
VIAJERO ABC

ARRANCAD LAS SEMILLAS, FUSILAD A LOS NIÑOS

(Memushiri kouchi, 1958)

KENZABURO OÉ

ÍNDICE

1		
LA LLEGADA		3
2		
UN TRABAJO SENCILLO, PARA EMPEZAR.....		13
3		
LA AMENAZA DE EPIDEMIA Y LA HUIDA DE LOS CAMPESINOS.....		21
4		
EL BLOQUEO		26
5		
LA SOLIDARIDAD DE LOS ABANDONADOS		34
6		
AMOR.....		43
7		
LA NEVADA Y LA FIESTA DE LA CAZA.....		49
8		
EL INESPERADO REBROTE DE LA EPIDEMIA Y EL PÁNICO		57
9		
EL REGRESO DE LOS CAMPESINOS Y LA MUERTE DEL SOLDADO.....		65
10		
JUICIO Y DESTIERRO		73

LA LLEGADA

Dos de los nuestros habían huido durante la noche, y por eso no nos pusimos en camino antes de que amaneciera, como era habitual. Para matar el rato, tendimos al débil sol de la mañana nuestros bastos capotes verdes, todavía húmedos a causa del diluvio caído la noche anterior, y contemplamos las turbias aguas del río, que entreveíamos más allá de unas higueras que se alzaban al otro lado del camino, del que nos separaba un seto bajo. La intensa lluvia había dejado el camino lleno de surcos, por los que corría un agua cristalina. El río bajaba muy crecido, porque aguas arriba se había roto una presa por la acción conjunta de la lluvia y el deshielo, y su corriente embravecida emitía un sordo rugido y arrastraba perros, gatos y ratas muertos a una velocidad vertiginosa.

Al cabo de un rato, los niños y las mujeres de la aldea se congregaron en el camino; nos miraban con ojos en los que se mezclaban la curiosidad, la timidez y una insolencia contenida; de vez en cuando, intercambiaban rápidos comentarios en voz baja o soltaban brascas carcajadas, lo que nos irritaba sobremanera. Para ellos, éramos seres de otro planeta. Algunos de los nuestros se acercaron al seto y se pusieron de puntillas para mostrarles sus penes inmaduros, colorados como fresones. Una mujer de mediana edad, que se había abierto paso a codazos entre el grupo de chiquillos que se partían de risa, contemplaba el espectáculo con los labios apretados y la cara roja como un tomate, y les hacía comentarios rijosos a sus amigas, algunas de las cuales sostenían niños de pecho, entre grandes risotadas. Sin embargo, como aquel juego se había repetido en innumerables ocasiones en los pueblos por los que pasábamos, ya no nos divertía la desvergonzada excitación que mostraban las campesinas a la vista de nuestros penes circuncidados, práctica habitual a que se sometía a los muchachos enviados a un reformatorio.

Así que optamos por hacer caso omiso de la gente del pueblo, que seguía mirándonos, obstinada, desde el otro lado del seto. Algunos de los nuestros se pusieron a dar vueltas por el jardín como animales enjaulados, mientras que otros se sentaron en las losas que había secado el sol a contemplar la tenue sombra de las hojas sobre el suelo de color castaño oscuro y se entretenían resiguiendo sus contornos azul pálido con la punta de un dedo.

Sólo mi hermano pequeño devolvía las miradas y observaba a los campesinos apoyado en el seto, sin importarle las hojas de camelia, duras como el cuero, que empapaban la pechera de su capote de gotas de rocío. Y es que, para él, los campesinos eran los seres de otro planeta que despertaban curiosidad. De vez en cuando, se me acercaba corriendo y, mientras su cálido aliento acariciaba mi oreja, me describía en voz baja, lleno de emocionada admiración, los ojos tracomatosos de los niños o sus labios partidos, o los dedos deformes y las uñas llenas de mugre a causa del trabajo en el campo de las mujeres. Sin hacer caso de las miradas escrutadoras de los aldeanos, me sentía orgulloso de las brillantes mejillas sonrosadas y la belleza de las pupilas de mi hermano.

No obstante, la mejor actitud que pueden adoptar los seres de otro planeta cuando son apresados y mostrados a la curiosidad pública como bestias enjauladas es convertirse en objetos inanimados, como las piedras, las flores o los árboles; es decir, dejar que los observen. Mi hermano menor, por culpa de su insistencia en ser nuestro ojo que miraba a la gente del pueblo, a veces recibía en plena cara los espesos escupitajos verdeamarillentos que las mujeres le lanzaban con la punta de la lengua, o las piedras que le tiraban los niños. Pero él, sin perder la sonrisa, se limpiaba la cara con un gran pañuelo con pájaros bordados y seguía mirando con asombro a los campesinos que lo insultaban.

Aquello era consecuencia de que aún no se había habituado a ser una bestia enjaulada, un ser objeto de todas las miradas. Era el único, pues los demás ya nos habíamos acostumbrado. En realidad, estábamos habituados a toda clase de tropelías. Lo único que podíamos hacer era tratar de sobrevivir, obligados como estábamos a contorsionar nuestros cuerpos y nuestras mentes para amoldarnos a las mil jugarretas sucias que el destino nos hacía cada día. Ser golpeados y caer al suelo bañados en sangre era algo habitual, y aquellos de nuestros compañeros a quienes les había tocado cuidar de los perros policía durante un mes escribían obscenidades en suelos y paredes con

sus jóvenes dedos deformados por los tremendos mordiscos que les daban los hambrientos canes cuando los alimentaban cada mañana. Sin embargo, a pesar de lo endurecidos que estábamos, cuando regresaron los dos fugados, seguidos por un policía y uno de los celadores, no pudimos evitar un estremecimiento. Les habían atizado de lo lindo.

Mientras el celador y el policía hablaban con el celador jefe, hicimos corro alrededor de nuestros bravos compañeros que habían fracasado de manera tan miserable. Tenían los ojos amoratados y los labios partidos y llenos de sangre, que también cubría sus mentones y apelonaba sus cabellos. Saqué de mi morral el botiquín de primeros auxilios, les lavé las horribles heridas con alcohol y les puse yodo. Uno de ellos, el mayor y más robusto, tenía el moratón de una patada en la entrepierna, pero cuando se bajó los pantalones no supimos qué hacer para curarlo.

–Pensaba atravesar los bosques de noche hasta llegar al puerto y escabullirme en un barco que fuera hacia el sur –se lamentó el muchacho.

Soltamos unas tensas carcajadas. Era tal su obsesión por escapar de aquella situación y dirigirse al sur, que lo apodábamos Minami.¹

–Pero unos campesinos nos descubrieron y nos dieron una paliza. Nos trataron peor que a ratas, y eso que no les habíamos robado ni una patata.

La admiración por el valor de nuestros compañeros y la rabia por la brutalidad de los campesinos hacían que contuviéramos el aliento.

–Casi habíamos llegado a la carretera de la costa, ¿sabéis? –siguió diciendo Minami–. Sólo nos faltaba subirnos a un camión sin que nos vieran, y ya estábamos en el puerto.

–¡Sí! –exclamó compungido su compañero de fuga–. ¡Lástima que nos descubrieran en el último momento!

–¡Fue por tu culpa! –le respondió Minami, que se mordía los labios con rabia–. ¡Porque tuviste mal de tripas!

–Lo siento –dijo su compañero, que agachó la cabeza, avergonzado. Estaba pálido, y se retorció a causa de los continuos retortijones de vientre.

–¿Os pegaron los campesinos? –le preguntó mi hermano a Minami con los ojos brillantes de excitación.

–No. No puede decirse que nos pegaran –le contestó el interpelado con orgulloso desdén–. Lo más cansado era tratar de esquivar los golpes que querían darnos en el culo con las azadas.

–¿Qué? –dijo mi hermano, que parecía extasiado, como si viviera aquella apasionante aventura–. ¿Querían golpearos el culo con las azadas?

El policía se marchó, después de ordenarles a los curiosos que se dispersaran, y el carcelero nos hizo formar. Primero le pegó a Minami y luego a su cómplice, el que sufría los retortijones de vientre, en los labios partidos, por lo que volvió a correrles sangre fresca por el mentón, y los castigó a estar un día sin comer. Era un castigo leve, y como no los golpeó a la manera de un celador, sino tratándoles con lo que a nosotros nos parecía hombría, aquello hizo que lo consideráramos un miembro más de nuestro grupo, cuya cohesión se había restaurado.

–Os aconsejo que no intentéis escaparos, muchachos –dijo el celador hinchando un juvenil cuello, al tiempo que se ruborizaba un poco–. Si lo intentáis, en esta región de pueblos aislados los campesinos os encontrarán antes de que podáis llegar a una ciudad. Os odian como si tuvierais la lepra, y os matarán sin titubear. Sería más difícil escapar de aquí que de la cárcel.

Tenía razón. Mientras nos desplazábamos de pueblo en pueblo habían abundado los intentos de fuga, y resultaba evidente que nos rodeaba un muro, invisible, pero infranqueable. Para los campesinos, éramos como espinas que se les clavaran en la piel. Nos envolvía inmediatamente una masa de carne inflamada, que nos oprimía hasta asfixiarnos. Aquellas gentes sentían el orgullo de pertenecer a su clan ancestral y lo llevaban como una dura coraza que los inducía a rechazar no sólo que entre ellos se establecieran extranjeros, sino que pasaran por sus tierras. Íbamos a la deriva por un proceloso océano que sentía nuestra presencia como un cuerpo extraño y trataba de deshacerse de él lanzándolo con violencia fuera de su seno.

¹ Sur, en japonés. (*N. del T.*)

–Se diría que hemos descubierto, sin querer, la mejor manera de teneros vigilados; al menos, la guerra sirve para algo –siguió diciendo el celador, a la vez que enseñaba su fuerte dentadura–. Ni yo habría podido romperle los dientes a Minami. Los puños de estos campesinos deben de ser realmente fenomenales.

–Fue un viejo bajito y enclenque. Me dio con la azada en los morros –dijo Minami, la mar de satisfecho.

–¡No hables sin permiso! –le chilló el celador–. ¡Listos para marchar en cinco minutos! Está previsto que lleguemos a nuestro destino al anoecer. ¡El que se haga el remolón, se queda sin comer, así que espabilad!

Rompimos filas dando gritos y nos fuimos corriendo a recoger nuestras cosas al viejo cobertizo donde criaban gusanos de seda, en el que habíamos pasado la noche, una de tantas etapas de nuestro peregrinar. A los cinco minutos, cuando estábamos a punto de marcha, vi que el cómplice de Minami en el abortado intento de fuga vomitaba un líquido rosado en una esquina del patio mientras gemía débilmente. Formados en la carretera, a la espera de que se le pasara el ataque de retortijones de vientre, cantamos a coro la canción afeminada, rebuscada y ramplona que era una especie de himno del reformatorio, y nos desgañitamos al llegar al largo estribillo cargado de simbolismo religioso. Los pueblerinos, tan asombrados que los ojos se les salían de las órbitas, nos rodeaban. Éramos quince muchachos desnutridos, cubiertos con capotes verdes. Nuestros corazones latían aceleradamente a causa de los sentimientos de humillación e ira contenida que los embargaban en momentos como aquél.

Después de vomitar, el chaval se incorporó a la formación; respiraba afanosamente, como si tratara de expulsar un grano de trigo que se le hubiera atascado en un conducto de la nariz. Terminamos a toda prisa la última estrofa de la canción y nos pusimos en marcha acompasados por el ruido sordo de nuestras botas de lona.

Eran tiempos de muerte. Igual que un prolongado diluvio, la guerra descargaba su locura colectiva, que tras invadir el cielo, los bosques y las calles, había penetrado en las personas para inundar hasta los más recónditos recovecos de sus sentimientos. Un aviador rubio, cuyo cuerpo bien asentado ante los mandos se distinguía perfectamente a través de los cristales de la carlinga, descendió repentinamente del cielo y ametralló el patio situado entre los viejos edificios de ladrillo de nuestro reformatorio, y un buen día, cuando nos disponíamos a salir por el portón en doble fila, para dedicarnos a nuestras tareas matutinas, vimos junto a él, apoyado en la siniestra alambrada de espino que circundaba nuestra prisión, el cadáver de una mujer muerta de inanición, que se desplomó a los pies del celador jefe, que abría la marcha. Casi todas las noches, y a veces en pleno día, los incendios causados por los bombardeos iluminaban la ciudad o la llenaban de sucio y apestoso humo.

En aquella época en que los adultos enloquecidos se rebelaban en las calles, se daba la paradoja de que había verdadera obsesión por encerrar a quienes todavía tenían la piel suave, o apenas les despuntaba un poco de vello en la entrepierna, porque habían cometido alguna fechoría sin importancia o, simplemente, se consideraba que mostraban «tendencias asociales».

Los bombardeos se intensificaron, y al hacerse evidente que se acercaba el fin, se pidió a los familiares de los internos que pasaran por el reformatorio a recogerlos, pero la mayoría de ellos no quisieron saber nada de sus molestos y perversos parientes. Así pues, los responsables de la institución, obsesionados por cumplir con su deber hasta el final y no dejar escapar a sus presas, planearon la evacuación en masa de los chicos que no habían sido reclamados.

Quince días antes de la fecha fijada para llevar a cabo la evacuación se enviaron las últimas cartas pidiendo a los allegados de los chicos que pasaran a recogerlos, y todos estábamos muy excitados ante la posibilidad de que nos sacaran de allí. Al cabo de una semana se presentó en el reformatorio mi padre, que era quien me había denunciado, con botas militares y gorra de trabajador, acompañado de mi hermano, y sentí una gran alegría. Sin embargo, la realidad era que, al no haber encontrado refugio adecuado para su hijo menor, se le había ocurrido aprovechar la

evacuación para incluirlo en ella. La pena y la decepción que me invadieron fueron tremendas. No obstante, después de marcharse mi padre, mi hermano menor y yo nos abrazamos calurosamente.

Durante los dos o tres primeros días que pasó en el reformatorio, vestido ya con nuestro uniforme verde, mi hermano se sintió intimidado por hallarse entre tantos delincuentes juveniles, pero también estaba fuera de sí de alegría y fascinación. Pronto empezó a intimar con todos y a pedirles, con los ojos brillantes de emoción, que le contaran sus fechorías, y por la noche, antes de dormirse bajo la misma manta que yo, me explicaba durante largo rato, en voz baja y entrecortada por la emoción, las atroces experiencias que le habían contado. Y cuando se hubo aprendido de memoria el brillante y sangriento historial de los compañeros, sintió la necesidad, para no ser menos, de inventarse sus propias maldades imaginarias. A veces, venía corriendo hasta mí y me contaba, ruborizado, fantásticos delitos: que le había saltado un ojo a la novia de un amigo con su pistola de juguete, por ejemplo. Así pues, mi hermano menor se sentía como pez en el agua en el reformatorio. En aquellos tiempos de muerte, de locura, parecía que sólo los niños éramos capaces de establecer estrechos lazos de solidaridad. Pasadas las dos semanas de espera, y superada la decepción porque nadie hubiera acudido a buscarnos, los chicos que quedábamos en el reformatorio iniciamos llenos de orgullo un viaje que nos iba a deparar constantes humillaciones.

Teníamos unas ganas terribles de perder de vista aquellas alambradas de espinos, de un insólito color naranja, que nos aprisionaban, pero no tardamos en darnos cuenta de que fuera de ellas seguíamos estando presos. Era como si avanzáramos por un corredor que uniera dos prisiones. La alambrada color naranja que tanto nos enfurecía se transformó en las miradas ceñudas de innumerables campesinos de manos callosas y miradas más vigilantes que las de nuestros celadores. El grado de libertad que teníamos durante el viaje era el mismo que habíamos tenido dentro del reformatorio. El único placer nuevo que nos deparó marcharnos de allí fue ver a muchos «buenos» chicos y burlarnos de ellos.

Desde que emprendimos el viaje había habido numerosos intentos de fuga, pero los hostiles campesinos capturaban a los evadidos en pueblos, bosques, ríos y campos, y se los devolvían más muertos que vivos a los celadores. Para nosotros, que procedíamos de lejanas ciudades, aquellos pueblos eran como un muro de goma transparente y elástica. Por más que pugnáramos por introducirnos en él, nos rechazaba poco a poco y volvía a su forma habitual.

En consecuencia, las únicas libertades de que podíamos disfrutar eran andar por los caminos de pueblo en pueblo levantando grandes nubes de polvo o hundiéndonos hasta los tobillos en el fango, aprovechar los descuidos de nuestros celadores mientras descansábamos en algún templo, santuario o cobertizo para ofrecer nuestras miserables posesiones a cambio de comida a las gentes que acudían a vernos, o lanzar silbidos y hacer proposiciones lascivas a las muchachas que encontrábamos por calles y caminos, a pesar de ser plenamente conscientes de nuestro aspecto desastrado y la suciedad de nuestros uniformes a causa de tan largo peregrinar.

Nuestro viaje debía durar una semana. Pero las negociaciones entre los celadores que nos conducían y los alcaldes de los pueblos que debían acogernos siempre se alargaban más de lo previsto, y ya llevábamos tres semanas de camino. Se suponía que aquella tarde llegaríamos a nuestro destino final, una remota aldea en lo más hondo de las montañas. De no haber sido por aquel intento de fuga, probablemente ya habríamos llegado y estaríamos sentados, contemplando las discusiones acerca de nuestro acomodo entre el celador jefe y los responsables del lugar, o tumbados en el suelo, descansando.

Apagada ya la agitación provocada por el retorno de los fugitivos, caminamos deprisa, apretando con firmeza el morral contra la cadera e inclinándonos hacia adelante. Avanzábamos en un silencio sólo interrumpido por los gemidos del muchacho que padecía retortijones de vientre, absortos en nuestros pensamientos y compartiendo un malestar y un enfado que subían de lo más profundo de nuestro corazón y nos atenazaban la garganta.

Nuestro viaje se acercaba a su fin. Aunque en realidad avanzábamos a ciegas, mientras estuviéramos de camino al menos siempre tendríamos ocasión de intentar la fuga. Pero en cuanto llegáramos al pueblo perdido en medio de las montañas estaríamos tan acabados como si nos hubieran arrojado a un pozo insondable rodeado de altos muros, y nos sentiríamos más prisioneros

que cuando estábamos tras las cercas de alambre de espino anaranjado del reformatorio. Una vez que se hubiera cerrado el círculo formado por los diversos pueblos que habíamos recorrido, ya no tendríamos escapatoria. El hecho de que Minami y su compañero hubieran fracasado en el que representaba, posiblemente, el último intento de fuga era la causa del malestar y el enfado que nos invadían. Además, sentíamos el mismo resentimiento e indignación que Minami hacia el muchacho que hizo fracasar aquella postrera intentona a causa de algo tan baladí como un simple dolor de tripas. Para manifestarle nuestro desprecio, al oírle gemir de dolor mientras andaba nos poníamos a silbar, indiferentes, y hubo alguno que incluso le tiró chinas al trasero.

Solamente mi hermano, ajeno a nuestro airado resentimiento, consolaba al chico que padecía los retortijones de vientre y le pedía a Minami todos los detalles del fracasado intento de fuga. Pero ni siquiera el entusiasmo y la alegría de que siempre hacía gala mi hermano eran capaces de desvanecer la tristeza que nos embargaba. Al final, todos los del grupo empezamos a sentir el cansancio, incluso mi hermano, y avanzábamos con desgana, cabizbajos, envueltos en nuestros uniformes sucios y mal cortados, sin hacer caso de los perros que nos ladraban ni de las familias campesinas que salían corriendo de sus casas para contemplar nuestro paso. Sólo el fornido celador que abría la marcha andaba sacando el pecho.

De haber seguido caminando con aquella desgana, no habríamos llegado a nuestro destino ni al amanecer del día siguiente. Sin embargo, tras cruzar con gran cuidado un puente cuyos cimientos se habían resentido a causa de la riada, la estrecha carretera secundaria que seguíamos desembocó en una amplia carretera general que conducía a la provincia vecina y vimos ante nosotros un grupo de jóvenes de aire digno y marcial que nos pareció realmente maravilloso; se trataba de un pelotón de cadetes de alguna academia militar. Junto a ellos estaba parado un camión del ejército pintado de color verde oliva, en cuya caja había varios policías militares de mediana edad. Aquel espectáculo nos devolvió los ánimos, y corrimos hacia los cadetes lanzando vítores.

Los cadetes nos miraron de reojo al oír nuestros vítores, pero siguieron firmes y callados. Iban armados con sables cortos. Sus rostros duros, de labios entreabiertos, y las bien formadas cabezas, que mantenían muy erguidas, les daban el hermoso aspecto de los caballos bien domados. Siempre dando vítores, nos detuvimos a un metro escaso de ellos y los contemplamos. Ninguno de los nuestros les dirigió la palabra, y ellos, que parecían exhaustos, guardaban silencio con aire grave. La luz del atardecer, que se filtraba a través de los árboles que cubrían la ladera, los iluminaba suavemente realzando sus contornos. De los cuerpos de aquellos jóvenes extrañamente silenciosos emanaba, como un olor corporal, una fuerza intensa y cautivadora. En aquel momento resultaban mucho más atractivos que cuando cavaban en los bosques para sacar raíces de pino, de las que se obtenía por destilación una resina densa, pegajosa y aromática, o paseaban por las ciudades con sus brillantes uniformes y charlando de cosas intrascendentes.

—¿Sabes una cosa? —me dijo Minami, que había acercado su cabeza a la mía hasta el punto de que sus labios casi me rozaban la oreja—. Si me lo pidieran, me acostaría con cualquiera de ellos a cambio de un poco de comida, aunque se me reventaran las almorranas y me dejaran el ojete hinchado y escaldado.

Tenía los ojos brillantes y suspiraba mientras contemplaba las nalgas robustas y levemente separadas de los cadetes. Sin duda, se le hacía la boca agua.

—Me pillaron cuando estaba acostado con un soldado —dijo, y añadió, en tono de sincera indignación—: ¡Me llamaron puto!

—¡Qué cara! —dije—. ¡No pueden llamarte puto por acostarte con un soldado a cambio de un poco de comida! Lo que pasa es que no les gustan los maricas, y por eso los detienen, aunque no sean putos.

—Será eso —respondió por decir algo, pues era evidente que su cabeza estaba en otra parte. Apartó a nuestros compañeros y se colocó en primera fila para ver mejor a quienes hubieran podido ser sus clientes de no estar encerrado.

Mi hermano, que había escuchado con mucha atención la conversación entre el celador y la policía militar, vino hacia mí dando brincos. Temblaba de excitación, y me habló dándose aires de importancia, como cuando quería confiarme sus secretos.

–¡Se ha escapado! ¡Un cadete ha huido al monte! ¡Han venido a buscarlo! ¡Si nos metemos en el bosque, nos pegarán un tiro!

–¿Por qué? –le pregunté, sorprendido–. ¿Por qué se ha fugado? ¿Por qué ha huido al monte?

–¡Se ha escapado! –repetía mi hermano, que de puro excitado no me oía–. ¡Se ha escapado! ¡Está en el monte!

Nuestros compañeros nos rodearon, y mi hermano les repitió la noticia una y otra vez como una cotorra. Nos acercamos a los policías militares. El celador nos ordenó que nos detuviéramos y luego nos indicó con enérgicos movimientos de su brazo que nos dirigiéramos a un alcanforero de anchas ramas. Después les dio a los policías militares su opinión acerca de la carretera por la que habíamos llegado, y les dijo que estaba a su disposición para contestar a cualquier otra pregunta. Aguardamos agrupados al pie del alcanforero, y nuestra creciente impaciencia nos hacía dar patadas en el suelo y soltar bufidos contenidos; nuestras miradas iban de los cadetes, que parecían aburrirse, a los policías militares, que interrogaban prolijamente al celador dándose aires de importancia, o se posaban en las laderas de las montañas, cada vez más oscuras. Bajo las hojas marchitas de los árboles que las cubrían, tenuemente iluminadas todavía por la luz crepuscular, debía de ocultarse el desertor. Pasaron lentas las horas sin que supiéramos qué habían decidido los policías militares, y nuestra impaciencia se fue transformando en mal humor.

Cuando las primeras sombras de la noche oscurecían los rasgos del celador y los policías militares, y había empezado a soplar un vientecillo frío y desagradable, llegó un hombre montado en una vieja bicicleta, que iluminaba su camino con un farol. Habló con los policías militares y subió la bicicleta a la caja del camión. Los policías ordenaron a los cadetes que se pusieran firmes, y el celador vino corriendo hacia nosotros.

–Dicen que nos van a llevar en el camión hasta nuestro destino –nos comunicó.

Recuperamos al punto la alegría y nos subimos al camión dando gritos. Cuando se puso en marcha, en medio de un gran estruendo mecánico, contemplamos, llenos de emoción, cómo los cadetes partían en formación por la oscura carretera en sentido contrario al nuestro.

El camión avanzaba en medio de las tinieblas de la noche por una carretera tortuosa y empinada, roncando y estremecido por violentas sacudidas. Aquí y allá había desprendimientos a causa de la lluvia, y teníamos que bajarnos, pasar primero y esperar con los ojos entornados, para que no nos deslumbraran los faros, que iluminaban la tierra rojiza, a que el camión salvara aquel paso peligroso. Sólo el hombre, que fumaba un apestoso cigarrillo hecho con hierbas secas, no hizo nunca ademán de bajarse y permaneció sentado junto a su vieja bicicleta, tendida en la caja del camión. Aunque no nos habló y fingió ignorar nuestra existencia, de vez en cuando contemplaba por el rabillo de sus horribles ojos inyectados en sangre nuestros enclenques hombros y nuestras huesudas rodillas, con aire preocupado. Pero no tardaba en desviar la mirada. El camión cada vez iba más despacio, y el penetrante ronquido de su motor hendía el aire mientras recorría la desigual carretera de montaña. El oscuro follaje de los árboles que se alzaban a ambos lados del camino parecía abalanzarse sobre nosotros, y un viento frío, que arrastraba retazos de niebla, azotaba nuestros cuerpos y parecía congelar a un tiempo nuestros rostros y nuestros corazones.

Además, en la parte posterior de la caja viajaba con una rodilla hincada en el suelo un fornido policía militar que, indiferente al viento frío y cortante, no apartaba ni por un instante de nosotros su mirada de pocos amigos, y no nos atrevíamos ni siquiera a hablar en susurros de lo intimidados que estábamos. Así pues, aquel viaje nocturno transcurrió en un silencio sólo interrumpido por los gemidos del muchacho que sufría los retortijones de vientre. Cada vez que los faros del camión iluminaban el fondo del boscoso valle, donde se reflejaban en las aguas crecidas de un río, o se alzaban hacia los picachos, llegaban hasta nosotros los misteriosos rumores y los gritos apagados de las bestias que vivían en el interior del bosque, y aguzábamos la vista en busca del desertor, que tal vez estuviera escondido por allí.

Por fin, la fatiga del largo viaje, las sacudidas del camión y el silencio impuesto por la suspicaz vigilancia del policía militar se conjugaron para sumirnos en un pesado sueño, y uno tras otro fuimos apoyando nuestras cabezas sobre las ásperas y duras tablas de la caja. Abracé contra mi pecho la bien formada cabeza de mi hermano, que se puso a roncar enseguida, para vigilar su sueño

infantil, pero me quedé dormido encima de él. Me despertaron un murmullo insistente y unos brazos que me sacudían sin contemplaciones, y me puse a despotricar, disgustado, pues aquella era la manera habitual de despertarnos en el reformatorio cuando había bombardeos, pero al abrir los ojos vi que estaba tumbado cuan largo era sobre las tablas, y mi hermano, con los labios apretados, trataba de despertarme sacudiéndome. Todos nuestros compañeros se habían apeado del camión, y el campesino, por más que trataba de estirar su corto cuerpo, tenía dificultades para bajar la bicicleta, cuya rueda delantera había quedado atrapada en la caja del camión. Me levanté de un salto, me sacudí la ropa y le ayudé empujando el frío y húmedo manillar. La bicicleta pesaba una barbaridad, y el hombre me dirigió una sonrisa débil, pero amistosa, por encima de mis brazos, temblorosos a causa del esfuerzo. Cuando la bicicleta estuvo en el suelo, me bajé de un salto, pero mi hermano titubeaba. Entonces los robustos brazos del campesino lo bajaron con ligereza, y se echó a reír tímidamente porque le hacía cosquillas.

–Gracias –le dijo en voz baja, deseoso de congraciarse con él.

–De nada –le respondió el campesino, que se montó en su bicicleta y se fue.

Más allá de la negrura de la oscura noche, al otro lado de la estrecha carretera, que apenas se veía, ardía una hoguera, alrededor de la cual se había congregado un grupo de personas. El policía militar y el celador se dirigían hacia allí. El campesino los seguía, pedaleando torpemente, en su bicicleta. Nos apelotonamos al lado del camión, ateridos, y contemplamos la escena. Hacía frío. Era un frío extraño, un frío nuevo, que calaba hasta lo más profundo de nuestros corazones, como si hubiéramos llegado a un país de clima completamente diferente. Pensé que, sin duda, estábamos en lo más hondo del monte. Por más que juntábamos nuestros delgados hombros, temblábamos como perros. Ello se debía también a la fuerte tensión que parecía emanar del grupo reunido alrededor de la gran hoguera, y que, por simpatía, se nos había contagiado. Observé en silencio cómo los policías militares y el celador se unían a los campesinos congregados al amor del fuego.

Los campesinos rodearon a los policías militares y al celador, y se inició una acalorada discusión cuyo contenido no llegó a nuestros oídos, por más que los aguzamos con desesperación. Nuestros ojos, al acostumbrarse a la escasa luz, divisaron, cuando las llamaradas los hacían visibles, a buen número de cadetes y de campesinos armados de largas lanzas de bambú, así como de azadas y otras herramientas agrícolas. Parecían guerrilleros. Aquel espectáculo nos llenó de aprensión.

El campesino salió del círculo de personas que discutían acaloradamente con la bicicleta cargada de leña. Descargó los leños, se marchó sin decir palabra y volvió con un tronco llameante, tan verde, que desprendía chorros de resina. Mientras apoyaba la bicicleta en un árbol, nosotros amontonamos la leña y le prendimos fuego. Pero los leños no prendían. Fuimos corriendo a los oscuros matorrales y volvimos con brazadas de hojas muertas y ramas secas, que se rompían fácilmente con un ruido áspero, y las apilamos junto a los troncos. El campesino, con la cabeza en medio de la humareda, se esforzaba por que prendiera el fuego, y cada vez que las llamaradas lo iluminaban podíamos ver en su cuello grueso y corto, que parecía de cuero, las señales de innumerables quemaduras.

Cuando nuestra hoguera empezó a chisporrotear alegremente y a desprender una abundante humareda, entre el campesino y nosotros se había establecido una especie de incipiente camaradería a causa del esfuerzo conjunto por encender el fuego. Y como además la sangre nos corría ahora más deprisa bajo la piel helada y llenaba nuestra carne de un agradable calorillo, todos, incluso el campesino, sonreíamos tontamente mientras nos apiñábamos alrededor de la hoguera, que ardía ya con fuerza.

–¿Es usted herrero, señor? –le preguntó mi hermano en voz baja.

–Sí –le respondió alegremente el interpelado–. Cuando tenía tu edad, ya hacía hoces.

–¡Oooh! –exclamó mi hermano lleno de admiración–. ¿Cree que podría aprender?

–Es cuestión de práctica –dijo el herrero–. Has visto mi bicicleta, ¿no? Pues los pedales los he hecho yo, cambié los que tenía por otros más fuertes.

El herrero se puso en pie, fue por la bicicleta, la levantó con facilidad a la altura de sus rodillas y ante nuestros ojos admirados pasó la piel cuarteada de la yema de su pulgar por el eje

excesivamente grueso de un pedal chapucero, pero obra tan humana como una azada o una hoz, y por su desgastada biela, mientras se reía alegremente.

–No sabía que los herreros arreglaran bicicletas –dijo mi hermano.

–¡Claro que no! –El herrero dejó la bicicleta sobre el suelo negruzco, que despedía vapor por el calor de la hoguera, y echó en ella un par de leños–. A nadie se le ocurriría pensar una cosa así.

Nos quedamos callados, escuchando el crepitar de la resina, el zumbido del aire, el crujido de los troncos al romperse y la risa del aldeano, que seguía resonando en su garganta, y pensamos por un instante en la única bicicleta que teníamos en el reformatorio. Seguramente estaría apoyada en alguna pared y las gomas sucias de barro de sus ruedas empezarían a agrietarse...

Oímos voces que llegaban de la otra hoguera. Alguien daba órdenes a gritos. Levantamos las cabezas para ver qué pasaba y, a pesar de la oscuridad, advertimos que un grupo de hombres se colocaba en formación.

–¿No son esos los cadetes? –le preguntó uno de mis compañeros al herrero–. ¿Han venido de maniobras o a buscar al desertor?

El herrero contestó a su pregunta sin andarse con rodeos.

–Han venido a las montañas a cazar. A cazar a un hombre. Y no sólo lo buscan los cadetes, sino también los hombres del pueblo. Llevamos tres días registrando el monte sin encontrarlo. Si el desertor hubiera llegado hasta aquí, no habría podido seguir adelante. Sólo se puede llegar a nuestro pueblo, que está al otro lado del valle, en una vagoneta que se utiliza para transportar madera. A causa de la crecida del río es imposible llegar a él por carretera. Pero hemos buscado por todas partes y no lo hemos encontrado. Así que abandonamos la búsqueda y nos volvemos a casa. Seguramente el desertor se habrá ahogado en el río.

De modo que aquello era una cacería. Una cacería humana. Los campesinos se dedicaban a una silenciosa cacería nocturna, armados de lanzas de bambú y azadas, en busca de un soldado acosado que había huido al monte y tal vez se hubiera ahogado en el río que bajaba crecido. Todos suspiramos, pues la imagen de aquella sangrienta cacería no podía menos que oprimir pesadamente nuestros corazones. Estábamos en medio de una guerra. Y sobre nosotros se cernían peligros desconocidos igual que una bestia salvaje dispuesta a atacarnos. ¡Vaya cacerías hacían en aquellas tierras!

–Debe de ser terrible –dije–. Eso de cazar a un hombre, quiero decir.

–Es horrible, peor que la caza del jabalí –contestó el herrero–. Llevamos tres días yendo continuamente de un lado para otro sin comer ni beber. –A pesar de estas amargas palabras, su rostro, iluminado por el brillante resplandor de la hoguera, no mostraba señales de que estuviera contrariado. Mientras hablaba, las llamas se reflejaban en sus labios, gruesos y húmedos–. Es horrible, sí. Estamos llenos de arañazos y no hemos cazado ni un conejo.

–¿También cazan conejos cuando salen a cazar hombres? –preguntó mi hermano, sorprendido–. ¿Y liebres?

–Si se ponen a tiro, los cazamos –respondió el herrero muy serio–. Palomas, faisanes, conejos, lo que sea.

A mi hermano le encantaban los animales, y se inclinó hacia el herrero dispuesto a acribillarlo a preguntas acerca de la fauna de aquellas tierras, pero entonces el celador y un campesino alto y musculoso llegaron corriendo a nuestra hoguera. El herrero apretó los labios con fuerza, como indicándonos que se había acabado la conversación, y se abrazó las rodillas. La tensión volvió a apoderarse de nosotros.

–Os presento al alcalde del pueblo que os va a acoger. Poneos de pie y hacédle una reverencia –dijo el celador, cuya voz traslucía un profundo alivio–. Eso es.

Tras ponernos de pie y hacerle la reverencia, escrutamos con la mirada a aquel hombretón de barbilla puntiaguda, que llevaba un gorro de piel calado hasta las orejas y un grueso mono de tela. Nos repasó a su vez de arriba abajo; tenía bolsas bajo sus ojos pardos, que, sin embargo, brillaban y parecían inteligentes.

–Hace tres días que tenemos todo a punto esperando vuestra llegada –dijo el alcalde, cuyos ralos bigotes se movían alrededor de sus labios como si máscara trigo mientras hablaba–. Así que podéis estar tranquilos.

–Os dejo al cuidado del alcalde –dijo entonces el celador–. Tengo que marcharme ahora mismo en el camión para traer al segundo grupo. Espero que os comportéis de forma responsable.

¿Entendido?

La voz del alcalde resonó por encima de nuestra enfática respuesta colectiva.

–Según os comportéis, así os trataremos los del pueblo –nos advirtió.

–No causéis problemas –añadió el celador–. El jefe de grupo apuntará a los que se salten las reglas. Yo los castigaré cuando vuelva.

Esa clase de trámites nos perseguía a todas partes; además de retrasar y entorpecer todas nuestras actividades, nos sumía en una profunda confusión, mezcla de irritación y cansancio. Siempre había que pasar lista y esperar a que se dieran las novedades a la superioridad; siempre se nombraban jefes de grupo para que nos vigilaran; siempre teníamos que cantar a coro, con desgana, la canción del reformatorio. Los campesinos se fueron congregando poco a poco a nuestro alrededor; tenían la cara sucia y la ropa deshilachada, y empuñaban sus armas con decisión. Nos miraban con aprensión, a causa, sin duda, de nuestro aspecto miserable. Estábamos hambrientos, sucios, recelosos y asustados.

Los cadetes avanzaron en formación desde la otra hoguera hasta el camión y se montaron en él. Mientras el pesado vehículo cambiaba de sentido haciendo un ruido espantoso, seguimos a los cadetes con la mirada, pero ahora sus caras reflejaban cansancio y sus cuerpos habían perdido aquel aire marcial; ya no parecían la encarnación de la belleza y el vigor. También ellos habían recorrido los caminos empapados por la lluvia y cortados por los desprendimientos a lo largo y lo ancho del valle durante la cacería humana, y su aspecto, un tanto amanerado, de animales bellos y robustos había desaparecido.

Mientras el camión se alejaba llevándose a los cadetes y al celador, guiados por los callados campesinos, armados de lanzas de bambú y azadas, empezamos a subir por un empinado sendero, montaña arriba. La oscuridad nos impedía ver los matorrales que se alzaban a ambos lados del camino, cuyas ramas espinosas nos arañaban y hacían fluir la sangre de nuestras manos, nuestras caras, nuestras orejas y nuestras nuca. Cuando se apagó el ruido del camión, nos llegó desde lo más profundo del bosque el rumor de agua que corría con violencia. Caminábamos deprisa, inclinados hacia adelante y aguzando los oídos. Se nos había contagiado el silencio de los campesinos, y ninguno de nosotros abrió la boca, ni siquiera cuando, después de cruzar el bosque, llegamos a lo alto de los riscos, donde soplaba un viento helado y cortante, y avanzamos por un estrecho rellano de piedra.

En un extremo del oscuro rellano de piedra se levantaba una sólida estructura de madera que reflejaba la débil luz ambiental. Allí estaba parada una vagoneta que transportaba madera por una estrecha vía que cruzaba el valle. Siguiendo las órdenes del alcalde, nos montamos en ella.

–No os mováis, no hagáis el menor movimiento –nos advirtió después de dar la señal de que la pusiera en marcha, con un fuerte grito, al encargado del cabrestante, que debía de estar al otro lado del valle–. Bastaría con que uno solo se moviera para que todos cayerais al vacío y os matarais. No os mováis, no hagáis el menor movimiento.

La vehemente admonición del alcalde zumbó como el aleteo de un insecto, se posó en nuestros cuerpos llenos de barro y se mezcló con el rumor del agua embravecida que llegaba desde el fondo del oscuro y profundo valle. En la estrecha caja de la vagoneta, sucia de tierra, esperamos la salida sentados unos encima de otros, inmóviles como perros atrapados por los haceros. Las palabras del alcalde resonaban en nuestras mentes: «No os mováis, no hagáis ningún movimiento. Bastaría con que uno solo se moviera para que todos cayerais al vacío y os matarais. No os mováis, no hagáis ningún movimiento».

Por fin, la vagoneta se puso en marcha. Avanzó despacio, temblando levemente, por la vía que cruzaba el oscuro y profundo valle hacia los espesos bosques de la ladera opuesta, más oscuros, si cabe, que el propio fondo del valle. Respirábamos el intenso aroma de las cortezas y las yemas de

los árboles, y el aire seco y frío de la noche invernal parecía arremolinarse alrededor de la vagoneta, del cable que tiraba de ella y de nuestros esmirriados cuerpecillos apretujados en su interior.

Estiré un brazo entre los cuerpos comprimidos de mis compañeros y busqué a tientas la tierna manita de mi hermano; cuando la encontré, se la estreché con vehemencia. Me devolvió el apretón con todas sus frágiles fuerzas, y el calor de sus dedos me transmitió una sensación de leve temblor, como si tocara el cuerpo de una ardilla o un conejo. Supongo que mi mano le transmitía esa misma sensación. Tenía un miedo terrible, angustioso, tan intenso como mi cansancio, que hacía temblar todo mi cuerpo, y a mi hermano debía de pasarle lo mismo, y por eso me imagino que nos lo transmitimos mutuamente al estrecharnos las manos. Todos los del grupo, apretujados en aquel peligroso medio de transporte como perros que hubieran perdido la voluntad de resistir, nos mordíamos los labios para contener el miedo.

Delante y detrás de nosotros resonaban esporádicamente los gritos de los campesinos. Parecían airados, o exasperados, y sus ecos se esparcían por todo el valle.

Como hablaban un dialecto incomprensible para nosotros,² no podíamos entender lo que decían. Excepto el penetrante aroma del bosque y los chirridos de la vía, todo lo demás resonaba por encima de nuestras gachas cabecitas como el estruendo de una tormenta nocturna.

El chico que había sufrido de retortijones de vientre durante el largo periplo hasta el valle volvió a gemir, a pesar de que mantenía los dientes apretados. Se esforzaba por no retorcerse de dolor, pero no podía evitar que se le escaparan algunos débiles gemidos.

–¡No se te ocurra vomitar encima de mi hombro! –le dijo Minami sin la menor compasión.

Los gemidos se apagaron y el muchacho suspiró. Entre los cuerpos apretujados de mis compañeros pude ver su carita blanca y cómo se tapaba la boca con fuerza, y bajé los ojos. No podíamos hacer nada por él. Teníamos que permanecer como estábamos hasta que la vagoneta que nos transportaba cruzara el valle.

La vagoneta se detuvo al fin, con un ligero impacto, y un joven campesino, a horcajadas encima de la porción de cable que sobresalía del grueso cabrestante de madera en el que se había ido enrollando, estiró el cuerpo para poner en la vía una traviesa destinada a frenar la vagoneta y nos gritó:

–¡Ya habéis llegado! ¡Bajad, deprisa!

² La fragmentación dialectal de la lengua japonesa es muy grande, y muchos de esos dialectos son ininteligibles entre sí. Con todo, la mayoría de los japoneses sabe hablar la lengua estándar además de su dialecto materno. (*N. del T.*)

UN TRABAJO SENCILLO, PARA EMPEZAR

Rodeados por los campesinos, que seguían empuñando sus armas, bajamos por una estrecha senda que atravesaba el tenebroso y húmedo bosque. El chasquido de las cortezas heladas al quebrarse en sus profundidades, el leve rumor de los animales que huían furtivamente, los agudos graznidos de los pájaros y su repentino batir de alas, nos sobresaltaban y nos ponían los pelos de punta. Por la noche, el bosque era como un mar aparentemente en calma, pero en cuyo seno reinara una tremenda agitación. Los campesinos nos vigilaban como si fuéramos prisioneros de guerra, pero no hacía ninguna falta. Ni siquiera el más atrevido de nosotros habría tenido valor para echar a correr y meterse en el inmenso bosque, tranquilo como un mar en calma, pero en cuyo interior se desataban de repente terribles tempestades.

Pasado el bosque, el sendero se ensanchaba y se alargaba ante nosotros, iluminado por la tenue claridad, y estaba cubierto de guijarros pulidos por la lluvia y el viento, lo que facilitaba el descenso y hacía más agradable caminar por él. Y al final, en un valle estrecho y curvo, apareció una pequeña aldea.

Las casas estaban a oscuras y formaban grupos dispersos que se extendían por la ladera del valle hasta sus profundidades. En los grupos las casas se apelotonaban, tristes y silenciosas, como si fueran árboles del bosque. No sé por qué, se me ocurrió que aquellos grupos de casas eran bestias agazapadas, al acecho. Nos detuvimos a contemplar la aldea, y una vaga emoción aceleró los latidos de nuestros corazones.

—Están a oscuras por los bombardeos —nos explicó el alcalde—. Os alojaréis un poco más arriba de ese grupo de casas, en el templo que queda a la derecha de la torre de vigilancia contra incendios.

Aguzando la vista, pudimos ver confusamente, porque allí la oscuridad era más profunda, a media ladera de la montaña que teníamos enfrente, la estructura metálica de la torre, que se confundía con el bosque que se extendía a sus espaldas como si fuera un árbol; más abajo, y a su derecha, se destacaban un edificio de una planta, más grande que las casas que tenía a sus pies, y otro mucho mayor, de dos plantas, situado justo enfrente. Este último tenía varias construcciones anexas, y el conjunto estaba rodeado por un muro de arcilla que brillaba tenuemente. Supusimos que era el templo.

—Yo quiero vivir en el segundo piso —dijo mi hermano, y los campesinos que nos rodeaban se echaron a reír. Era una risa despectiva, de gente consciente de su fuerza.

—Os alojaréis en el templo —repitió el alcalde—, que es el edificio de una sola planta que hay enfrente de ese que acabas de mencionar, ¿entendido?

—¡Vaya! —respondió mi hermano, decepcionado—. ¡Claro que lo entiendo!

Nos pusimos a andar de nuevo, ahora por un camino adoquinado flanqueado por viejos y gruesos árboles, cuyas copas se unían por encima de la calzada y no nos dejaban ver el cielo. Anduvimos un buen rato. Cuando por fin llegamos al fondo del valle, resultó ser bastante más grande e intrincado de lo que habíamos imaginado; entre las casas había algunos huertos llenos de hortalizas cubiertas de escarcha, que brillaba débilmente. Las casas parecían dormir. Pero, aunque las puertas estaban cerradas, nos dimos cuenta de que la gente nos espiaba, pues ojos curiosos aparecían en las rendijas de las puertas y los resquicios de las ventanas, y bajamos la vista para ignorar sus miradas. Los perros nos ladraban.

Al pie de la cuesta buena parte de los campesinos nos dejó y siguió en otra dirección. Nosotros iniciamos la ascensión por un camino estrecho y empinado; nos rodeaba un terrible hedor a basura podrida, que se nos metía en las narices. Tras pasar al lado de un pozo, salimos a otro camino adoquinado. A la izquierda vimos una plaza y un edificio con muchas ventanas.

—Es la escuela —dijo el alcalde—. Ahora está cerrada. A causa de los desprendimientos las carreteras están cortadas, y los maestros no pueden venir de la ciudad. Hemos tenido que darles vacaciones a los niños.

Estábamos demasiado cansados para que nos importaran la escuela, los maestros que no podían atenderla o los niños del pueblo, seguramente muy felices ante aquellas inesperadas vacaciones. Avanzábamos en silencio, con las cabezas gachas. Mientras subíamos por la empinada cuesta pasamos ante un edificio que parecía un almacén, y luego frente a uno de sólida construcción rodeado por muros en los que se abrían entradas a las que daban acceso cortas escaleras de piedra, muy diferente de las miserables casuchas, poco más que pocilgas, que habíamos encontrado a lo largo del camino. Enfrente se levantaba un templo con un pequeño jardín alrededor y unos aleros tan anchos que tapaban el cielo. Formamos en el jardín, y antes de entrar en nuestra nueva residencia nos comunicaron el reglamento, absurdamente minucioso, por el que deberíamos regirnos: no hacer fuego dentro del recinto, no ensuciar el retrete, no cocinar, pues nos traerían la comida del pueblo. Escuchamos estas admoniciones con paciencia y asentimos obedientemente a cada una de ellas inclinando la cabeza.

—¡Vuestro trabajo será arrancar la mala hierba de nuestros campos y no toleraremos que os escaqueéis! —gritó inesperadamente el alcalde cuando parecía que su sermón había terminado, con voz ronca—. ¡Si os cogemos robando, provocando incendios o alborotando, os mataremos a palos! ¡Recordad que para nosotros sólo sois parásitos! ¡Y encima, tenemos que daros de comer! ¡Recordad que no sois más que parásitos y que no os necesitamos para nada, desgraciados!

De pie en el frío y oscuro jardín, nuestros cuerpos se empapaban de sueño como las esponjas marinas se empapan de agua; nos sentíamos tan molidos, que no podíamos ni hablar. Para colmo, antes de entrar tuvimos que lavarnos los pies y nos hicieron un examen físico.

Cuando se marchó el último campesino, nos sentamos en cuclillas en la oscuridad, pues no nos habían dejado ningún farol para alumbrarnos, y a tientas, con los dedos mojados de saliva y cubiertos de sal, buscábamos en los cestos de bambú las bastas patatas que fueron nuestra cena aquella noche. Hacía falta mucha hambre para comerlas, pues estaban secas y duras, y teníamos la boca reseca. La cena que nos esperaba al final de aquel largo viaje no podía ser más miserable ni presentarse en una vajilla más mísera: tres cestos de patatas raquílicas y un puñado de sal gorda. Estábamos tan descorazonados como indignados. Pero, como no podíamos hacer nada, comimos estoicamente aquella bazofia en silencio. Estábamos en cuclillas en los húmedos tatamis¹ del santuario del templo; era una habitación pequeña, de paredes blancas y techo sostenido por gruesas vigas de madera, separada por una puerta, también de madera, de un reducido vestíbulo, que tenía el piso de tierra, en el que se encontraba el retrete. A pesar de llevar poco rato allí, el ambiente ya era hediondo y sofocante. En aquel edificio no había más habitaciones, y nadie del pueblo vivía en él.

Aunque sobraban patatas, nuestros estómagos ya no podían con aquella bazofia; por otra parte, el cansancio y la somnolencia que sigue a toda comida empezaban a surtir efecto. Uno tras otro nos separamos de los cestos, nos limpiamos los dedos en la culera de los pantalones y nos acostamos compartiendo los tatamis entre varios. Nuestros ojos se habían acostumbrado a la semioscuridad y comenzaron a vislumbrar las gruesas vigas del techo.

Los gemidos del chaval que se había pasado el viaje quejándose de retortijones de vientre despertaban ecos en las esquinas de la pequeña estancia, pero ninguno de nosotros le prestó atención. Quietos en la oscuridad, abrimos los ojos y aguzamos los oídos. Del exterior nos llegaban los gritos de alimañas desconocidas, el crujido de la corteza de los árboles al quebrarse, el silbido inesperado del viento, y Cada uno de esos sonidos hacía que se nos pusiera la carne de gallina.

Mi hermano, que dormía con la cara pegada a mi espalda, se levantó de repente y pareció dudar durante un momento.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en voz baja.

—Tengo sed —me contestó con voz contenida y nerviosa—. He visto un pozo en el jardín. Voy a ir a beber.

—Voy contigo.

¹ Los tatamis son colchonetas de paja de arroz, de unos cinco centímetros de grueso y unos dos metros de largo por uno de ancho, con que se cubren los suelos de las casas tradicionales japonesas. Sirven tanto para sentarse como para dormir. (N. del T.)

–No hace falta –dijo apresuradamente, herido en su orgullo–. No tengo miedo.

Me volví a tumbar y escuché el ruido que hacía al forcejear con la puerta que daba al exterior. Al parecer, no podía abrirla. Repitió el intento varias veces, pero fue en vano, y regresó junto a mí. Evidentemente, estaba desconcertado.

–Han cerrado por fuera –dijo, alicaído–. No sé qué hacer.

–¿Han cerrado la puerta? ¿Han cerrado la puerta? –preguntó Minami, con una voz tan estentórea que todo el mundo se despertó–. ¡Pues la voy a derribar!

Fue dando saltos al pequeño vestíbulo y se lanzó violentamente contra la puerta, pero defraudó las esperanzas que habíamos puesto en él y sólo consiguió proferir un montón de palabrotas. Escuchamos el ruido de su cuerpo al lanzarse contra la puerta una y otra vez y ser despedido violentamente. También se quedó con un palmo de narices.

–¡Qué cabrones! –exclamó, malhumorado, mientras volvía la mar de mohíno y se tumbaba de nuevo en el tatami con sus camaradas–. ¡Nos encierran, no nos dejan beber y, encima, nos dan de comer las patatas más malas, como a los cerdos!

La sed se extendió entonces como una epidemia y atenazó nuestras gargantas. La saliva empezó a espesarse en nuestras bocas, y el dolor paralizaba nuestras lenguas. Necesitábamos dormir. Pero hacía frío, un frío terrible. Y, lo que era aún peor, la sed se había apoderado de nosotros. Teníamos que recurrir a todas las fuerzas que quedaban en nuestros cuerpos agotados para evitar que nuestras gargantas, entumecidas por aquella terrible sed, estallaran en sollozos convulsivos.

A la mañana siguiente, vigilados por los hombres del pueblo, que vinieron a abrir la puerta desde fuera, por las mujeres, que nos trajeron el desayuno envuelto en grandes pañuelos de hierbas, y por los niños, que se escondían detrás de los árboles y en las esquinas, nos comimos las duras bolas de arroz sin descascarillar, nos llevamos las verduras cocidas a la boca con las manos y nos bebimos el té directamente de los calderos de cobre. La comida era mala y escasa. Pero la comimos en silencio. Después de almorzar, el herrero subió la cuesta con una escopeta de caza al hombro y los demás se marcharon, a excepción de los chavales del pueblo, que no nos quitaban los ojos de encima. A pesar de que los saludamos agitando los brazos y gritándoles, guardaron un obstinado silencio y sus rostros de piel tersa y morena permanecieron inexpresivos.

El herrero nos miró de arriba abajo durante unos instantes, como si nos evaluara. Luego se fue a ver al chico enfermo, que durante la noche había empeorado hasta el punto de no tocar siquiera la bazofia que nos habían dado para desayunar y que varios compañeros le habían llevado hasta el tatami. Al notar nuestras silenciosas miradas clavadas en él mientras observaba en cuclillas a nuestro compañero enfermo y exhausto, el herrero volvió la cabeza por encima del ancho hombro y nos dirigió una media sonrisa de perplejidad.

–Aparte de éste, todos los demás vais a ir a trabajar.

–¿Trabajar? –pregunté.

–¿Ya nos van a hacer trabajar esta mañana? –dijo Minami, en tono de broma–. Deberían dejarnos descansar.

–Lo que tenéis que hacer no puede considerarse trabajo –dijo el herrero–. Sólo se trata de enterrar unas cosillas.

–¿Qué hay que enterrar? –preguntó mi hermano, intrigado.

–¡Dejad de hacer preguntas! –exclamó el herrero, airado–. Salid afuera y formad en fila de a dos.

Nos atamos los cordones de las botas a toda prisa y formamos en el jardín. El herrero habló unos instantes con nuestro compañero, y cuando salió nos guió con paso vivo por el camino que bajaba al fondo del valle. Un grupo de chavales del pueblo nos seguía a distancia. A veces nos volvíamos y los amenazábamos, y entonces reculaban. Pero en cuanto dábamos media vuelta volvían a seguirnos, procurando no acercársenos demasiado.

Hacía una soleada mañana de invierno, una mañana radiante. El camino por el que avanzábamos, de piedra machacada y levemente alomado para facilitar el desagüe, estaba seco y polvoriento, pero entre los hierbajos amarillentos de las cunetas aún había hielo, que se rompía con un crujido al pisarlo. Y el aire, que olía levemente a boñiga seca de caballo, era frío y cortante.

Al final de la cuesta, el camino desembocaba en otro algo más ancho y empedrado con adoquines de cantos redondeados del tamaño de ladrillos. Allí se levantaban varias casas bajas. Eran las que habíamos visto la noche anterior sumidas en la oscuridad. Pero ahora recibían de lleno la luz del sol, y los tejados de paja y las paredes de barro reflejaban su suave brillo dorado. Las montañas que tanto miedo nos había dado atravesar y el camino adoquinado y bordeado de grandes árboles que cruzaba el valle estaban inundados de luz, las empinadas laderas cubiertas de bosque que se alzaban por encima del pueblo despedían un brillo verdoso con reflejos castaños, y por todas partes cantaban los pájaros. Nuestros ánimos comenzaron a levantarse poco a poco, y, de repente, casi nos entraron ganas de cantar. Habíamos llegado al pueblo donde pasaríamos el resto del invierno y quizá varias estaciones más, y teníamos ganas de hacer algo. Trabajar nos sentaría bien. Hasta entonces, los únicos trabajos que nos habían encomendado eran fabricarnos toscos juguetes, plantar sin éxito patatas en tierras baldías o, el más útil de todos, hacer sandalias de suela de madera. El hecho de que el herrero caminara con paso vivo, y en silencio, parecía augurar que nos esperaba una tarea importante. La expectación hacía aletear las ventanas de nuestras narices, respirábamos con fruición aquel aire frío y todo nuestro cuerpo temblaba de emoción.

–¡Aquí hay un perro muerto! –gritó mi hermano–. ¡Mirad, es un cachorro!

Mi hermano se nos había adelantado y señalaba unos matorrales al pie de un albaricoquero, y al acercarnos también lo vimos.

–¡Debía de tener algo en la tripa! –gritó mi hermano, que volvía hacia nosotros su rostro ruborizado; dos chicos pequeños abandonaron la formación y se le acercaron corriendo–. ¡La tiene muy hinchada!

–¡Volved! –les ordenó el herrero, impasible, y les indicó con el brazo que se reincorporaran a sus puestos–. ¡No salgáis de la fila sin permiso!

Los tres volvieron a la formación a toda prisa, mohínos y corridos. Noté que mi hermano estaba resentido con el herrero, del que había intentado hacerse amigo, por su traición de la noche anterior al encerrarnos bajo llave.

–Coge al perro y carga con él –le dijo el herrero con voz meliflua, como si le hiciera un gran favor. Todos nos reímos al ver que mi hermano no sabía qué hacer–. Átalo con una cuerda y arrástralo hasta que lleguemos a nuestro destino.

Sin vacilar, mi hermano cogió una cuerda que estaba tirada en la hierba y se agachó junto al perro muerto. Dando gritos de alegría, los dos chavales pequeños fueron a echarle una mano.

–Son capaces de guisarlo y dárnoslo para comer –dijo Minami en voz baja, con fingido temor–. Me temo que no nos espera nada bueno.

–Tú comerías gatos –le dije–. O ratas. O lo que fuera.

–¡Aquí hay un gato muerto! –exclamó Minami, que por una vez había perdido su aplomo habitual. Entre la hierba, a sus pies, se veían, en efecto, las peludas patitas traseras de un gato–. Es un gato pinto.

–Atadlo también con la cuerda y arrastradlo junto con el perro –dijo el herrero, sin inmutarse–. Daos prisa.

Aunque empezábamos a sentir una vaga aprensión, atamos con la cuerda los cadáveres del perro y el gato, que tenían las tripas hinchadas y las fauces apretadas, y los arrastramos a lo largo del camino.

A un lado del sencillo edificio de la escuela tomamos un estrecho camino cubierto de hierba bastante crecida, en la que aún había restos de nieve sucia, que descendía en pronunciada pendiente hasta lo más hondo del valle, estrecho allí como el fondo de una bolsa. En la ladera opuesta vimos un túnel que parecía la entrada de una mina abandonada y un grupo de casuchas.

Bajamos a paso vivo por el estrecho camino hasta que se perdió en una pradera fangosa a causa de la escarcha derretida. Allí se levantaban un cobertizo y una vaqueriza. El herrero metió los hombros por la puerta del cobertizo, hecho de troncos sin desbastar, y gritó:

–¿Has visto alguno por aquí?

–Ninguno –respondió una voz baja y apagada. Se oyó el ruido de alguien que se levantaba en la oscuridad del cobertizo–. Hasta ahora, no ha aparecido ni uno.

–Te cojo las azadas –dijo el herrero.

–De acuerdo.

El herrero entró entonces en el cobertizo y salió con varias azadas que dejó en la tierra húmeda. Eran azadas para trabajar el monte, de hoja corta y gruesa y mango también corto y grueso, las más fuertes que hay. Nos disputamos el privilegio de cogerlas y echárnoslas al hombro. El hecho de que nos dieran herramientas, y además varoniles y fuertes, de que nos dieran útiles de hombre, nos llenaba de orgullo y resolución.

Sin embargo, el herrero no parecía comprender nuestros sentimientos. Mientras cogíamos las azadas y nos las poníamos al hombro, nos apuntaba con su escopeta, dispuesto a disparar. Entonces salió el vaquero del cobertizo y nos miró de arriba abajo; luego contempló los cadáveres que arrastrábamos, pero su rostro no se inmutó. Tanta impasibilidad nos sorprendió un poco, aunque, a decir verdad, sus ojos, bajo los cuales había grandes bolsas llenas de un líquido semejante al moco, parecían a punto de cerrarse y sumirlo en un profundo sueño.

–¿Eso es todo lo que hay esta mañana? –dijo pausadamente, como si se muriese de aburrimiento.

–Cualquier día le tocará a tu vaca –dijo el herrero.

–¡Qué le ha de tocar a mi vaca! –El vaquero estaba indignado–. ¡Qué le ha de tocar a mi vaca!

El herrero no dijo nada, meneó la cabeza y nos indicó que descendiéramos por la inclinada pradera. Puso cuidado en no ponerse delante de nosotros y no dar la espalda a los que llevábamos las azadas, que podían utilizarse como armas. Bajamos corriendo hasta el fondo del valle, por donde corría un arroyuelo que reflejaba la luz del sol. El viento que soplaba allí era un poco más cálido, pesado y denso que en el pueblo.

Volvimos las cabezas y levantamos la vista hacia la ladera del valle por la que acabábamos de descender. Detrás del herrero bajaba corriendo un grupo de niños del pueblo, y en lo alto las casas se recortaban como una bandada de pájaros contra el gélido cielo azul. El herrero nos indicó que giráramos a la derecha gesticulando vivamente con el brazo. Avanzábamos entre hierbas de duro tallo que nos arañaban la piel, y el barro y las semillas peludas de las plantas leguminosas se enganchaban en el pelaje de las patas, tías como ramas, de los dos animales muertos.

De repente, las botas, pesadas a causa del barro que se les había adherido, se nos pararon en seco, y nos quedamos boquiabiertos ante la insólita escena que veían nuestros ojos.

Había perros, gatos, ratas de campo, cabras, hasta potrillos; el número de cadáveres de animales era tan grande, que formaban un montículo; un montículo de cuerpos muertos que se pudrían lentamente. Los animales tenían los dientes apretados, las pupilas acuosas, las patas tías. Su carne muerta y su sangre se habían convertido en una especie de moco espeso y pegajoso que resbalaba del montículo y se extendía por la hierba marchita y la tierra a su alrededor. Resultaba curioso que las orejas de aquellos animales muertos seguían erguidas y parecían aún llenas de vida, como si se resistieran a pudrirse y desaparecer.

Gordas moscas de invierno caían sobre los animales como nieve negra, y su zumbido resonaba en nuestras cabezas, atontadas a causa de la impresión, como una música silenciosa y grave.

–¡Uf! –suspiró mi hermano. Delante de aquel montón de cadáveres de animales, el perrito colorado y el gato que había arrastrado tirando de la cuerda resultaban tan poco impresionantes como la hierba o la tierra.

–¡Cavad una fosa y enterradlos! –nos ordenó el herrero–. ¡No os quedéis mirando como bobos! ¡A trabajar!

Pero el asombro nos tenía paralizados. El montón de cadáveres desprendía un hedor casi líquido que impregnaba no sólo nuestras narices, sino todos los poros de la piel de nuestras caras. Aquel hedor, que parecía formar volutas que se enlazaban y se entrelazaban, ejercía una extraña fascinación sobre nosotros. Éramos chavales que habían pegado sus narices a los genitales de una perra en celo para aspirar su olor, que habían tenido el valor y la irresponsabilidad de gozar del peligroso placer de pasarle la mano por el lomo a un perro a punto de atacar, para los cuales el hedor de los cuerpos en descomposición tenía un atractivo sutil e indefinible, muy humano, de

riesgo y aventura. Con los ojos muy abiertos, como si fueran a salirse de las órbitas, respiramos voluptuosamente aquellos efluvios.

—¡Aquí hay otro! —gritó a nuestras espaldas, en el gutural dialecto local, una voz imperiosa que, sin embargo, dejaba traslucir cierta reticencia y un poco de temor.

Nos volvimos y vimos que uno de los chavales del pueblo, que se habían agrupado en una elevación del terreno a poca distancia de nosotros, sostenía por la cola, con la punta de los dedos, a una rata muy hinchada.

—¡Tírala, imbécil! ¡No la toques! ¿Es que se te ha olvidado? —le gritó el herrero con tanta energía que se le destacaron las venas del cuello—. ¡Corre a casa y lávate bien las manos!

El muchacho soltó la rata y echó a correr, tembloroso, ladera arriba, camino del pueblo. Contemplamos perplejos la cara del herrero, roja de ira, que seguía al chaval con la mirada.

—¡Traed eso! —nos dijo procurando refrenar su ira.

Pero ninguno de nosotros hizo ademán de ir por la rata. Intuíamos que allí había gato encerrado.

—¿Queréis traerla, por favor? —insistió el herrero, con falsa amabilidad.

Eché a correr. Los chavales del pueblo huyeron espantados dando gritos, y yo me agaché, cogí la hinchada rata por el rabo con la punta de los dedos y me dirigí al montículo. Sin hacer caso de la mirada de reproche en los ojos de mi hermano, la tiré sobre el montón de animales, que seguían gritando su muda llamada. La rata rebotó en el lomo de un gato blancuzco al que los elementos habían pelado totalmente, resbaló por encima de otros animales y se metió bajo los cuartos traseros de una cabra. Estalló una ola general de risotadas que disipó al punto la tensión.

—¡Venga, adelante! —dijo el herrero, más animado.

Atacamos con las azadas aquel suelo pardo, lleno de hierba marchita y cubierto de hojas muertas. La superficie estaba blanda y resultaba fácil cavar. A veces sacábamos larvas gordas y blancuzcas, ranas que hibernaban o musarañas, y las matábamos inmediatamente con certeros golpes de azada. La neblina que cubría el valle se levantó con rapidez, pero el hedor que despedía el montón de animales muertos no se desvaneció, e incluso pareció llenar el espacio vacío con otra niebla.

Cavamos una fosa rectangular de unos tres metros de largo por dos de ancho. Después de la tierra blanda afloró una capa más dura, que tenía piedras cristalinas blancas. Cada vez que golpeábamos el suelo con las azadas, manaba agua fría. El débil sol del invierno empapaba de sudor nuestros rostros. A medida que profundizábamos la fosa, menos gente había en ella. Retiré la azada y me sequé el sudor. Los niños del pueblo se habían vuelto a acercar subrepticamente. Pero cuando vieron que dejaba de trabajar se pusieron en guardia, por si tenían que volver a huir. Me fijé en una chica que tenía el cuello negro de mugre, pero sus labios gruesos, su naricilla puntiaguda y sus ojos acuosos y que parecían enfermos me quitaron las ganas de divertirme asustándola. En los pueblos que habíamos visitado durante nuestro viaje había asustado a niñas hasta cansarme. Cuando se ponían en cuclillas para orinar y enseñaban las delgadas nalgas, las asustábamos abalanzándonos gritando contra ellas. Pero aquel juego, de tanto repetirlo, había perdido interés. Odiaba y despreciaba, a partes iguales, a los niños de los pueblos.

—¡Venga, no te hagas el remolón! —me dijo el herrero, y se me acercó.

—Ya va —dije, e hice ademán de ponerme a trabajar—. Esa escopeta es de mucho calibre, ¿eh?

—Es para cazar osos, pero también mataría a un hombre —dijo para asustarme, y apartó la escopeta cuando alargué el brazo para tocarla—. Si causáis el menor problema, dispararé. Aquí vuestra vida no vale nada.

—Ya lo veo —dije, indignado—. Si un chaval del pueblo toca una rata, podría contagiarse, pero si la toca cualquiera de nosotros, no tiene la menor importancia. ¿Me equivoco?

—¿Co... co... cómo? —tartamudeó, nervioso, el herrero.

—¿Verdad que una epidemia ha matado a todos esos animales? —le pregunté, indicando el montón con la barbilla, mientras mis compañeros empezaban a tirar los cadáveres a la fosa—. ¿Qué enfermedad es?

—¡Ojalá lo supiera! —replicó, haciéndose el inocente—. No lo sabe ni el médico.

–Si mueren perros y gatos no pasa nada. Sería peor que murieran caballos, ¿no? –pregunté, haciéndome también el inocente, y mordió el anzuelo.

–También han muerto personas –dijo, y suspiró.

–¡Se murió un coreano! –gritó un niño del pueblo, cuya curiosidad había podido más que su temor, sacando la cabeza por detrás de un árbol a espaldas del herrero–. ¿No veis la bandera?

Volvimos la mirada hacia unas miserables casuchas agrupadas en la falda de la montaña, al otro lado del valle y bastante lejos del pueblo. En una de las más alejadas una bandera roja de papel ondeaba al viento. En el fondo del valle ya no hacía viento, pero a media ladera del monte soplabla la brisa. Seguramente olía a hojas de árbol nuevas y a tierra. Allí no debía de apestar a perro podrido...

–¿Allí? –Al oír mi pregunta, el chiquillo apretó los labios, asustado–. ¿Allí ha muerto un coreano?

–Es la colonia coreana, pero sólo ha muerto uno –contestó el herrero en lugar del niño–. No se sabe si de la misma enfermedad que los animales.

Mis compañeros trataban de arrastrar una pesada ternera a la que se le habían reventado las tripas y dejaba escapar una mezcla de carne, sangre y líquidos corporales. Pensé que la virulenta enfermedad que había acabado con aquella robusta ternera fácilmente podía atacar a los hombres.

–En el almacén se está muriendo una evacuada –dijo otro niño, con voz turbada por la emoción–, porque se comió unas verduras podridas que encontró. Eso dice la gente.

–Si es una epidemia, habría que llevar a los enfermos al hospital y aislarlos –dije–. Como empiece a propagarse, será horrible; moriremos todos.

–No podemos aislarla –dijo el herrero, deprimido–. Aquí no tenemos hospital.

–Si la epidemia se extiende por el pueblo, ¿qué harán? –le pregunté.

–Huiremos todos. Dejaremos a los enfermos y nos marcharemos. Ésa es la costumbre. Si una epidemia azota nuestro pueblo, nos refugiamos en los pueblos vecinos. Y si ocurre al revés y son ellos los afectados, los acogemos en el nuestro. Hace veinte años, cuando se declaró una epidemia de cólera, nos pasamos tres meses en el pueblo de al lado.

Veinte años atrás: aquello tenía la solemne simplicidad de una leyenda, e hizo que mi imaginación se desbocara. Veinte años antes, en la oscuridad de los tiempos, las gentes de aquel pueblo huyeron y dejaron abandonados a los enfermos, que gemían y sufrían. Un superviviente, que estaba tan cerca de mí que percibía el olor de su cuerpo, me lo contaba.

–¿Por qué no huyen esta vez? –pregunté, con voz entrecortada por el temor.

–¿Eh? –dijo el herrero–. ¿Esta vez? No puede decirse que se haya declarado una epidemia. Han muerto animales, y han enfermado dos personas y una ha muerto. Eso es todo.

El herrero calló y me volvió la espalda. Regresé junto a mis compañeros a la carrera. Arrastramos a muchos animales, entre ellos al cachorro de perro, y los tiramos a la fosa encima de los otros. Casi todos estaban medio podridos, y a veces su piel se me quedaba en las manos; entonces tenía la sensación de que enjambres de gérmenes me atacaban en masa, y un sudor frío me corría por la espalda. No obstante, cuando mis narices se habituaron al hedor de la putrefacción, aquella sensación desapareció. Cuando terminamos de arrastrar a los animales y cubrimos la fosa con tierra, el sol brillaba en la estrecha franja de cielo aprisionada entre las montañas, y la luz del mediodía lo inundaba todo.

–Después de almorzar, volveremos a apisonar la tierra –nos dijo el herrero–. Lavaos las manos en el río.

Gritando y agitando los brazos, cubiertos de fango maloliente y pegajoso, bajamos corriendo al arroyo que corría por el fondo del valle. Había numerosas piedras, cubiertas de una suave capa de musgo marchito, por entre las que corría el agua, fría y clara. Al meter las manos en ella, su frialdad hizo que un dolor agudo nos recorriera todo el cuerpo. Pero al frotarnos los dedos, enrojecidos, hinchados y entumecidos por el frío, aparecieron entre ellos unos arcos iris diminutos y efímeros, y los destellos del sol en el agua nos hicieron prorrumpir en alegres risas.

–¡Lavaos bien! –grité–. ¡Si os toca alguien que no se haya lavado bien, os pondréis enfermos!

–¡Enfermedad de perros, enfermedad de ratas! –canturreaba Minami, en tono de broma, mientras chapoteaba en el agua para salpicarnos–. ¡Enfermedad de gatos, enfermedad de escarabajos!

Todos nos reímos y gritamos con ganas, pero uno de los muchachos calló de repente y se puso a mirar la superficie del agua con la cara tensa. Su silencio pronto se nos contagió, y nos apiñamos tras él para contemplar lo que nos señalaba con un dedo tembloroso.

–¡Es un cangrejo! –exclamó mi hermano, asombrado.

Era un cangrejo. A través del agua, que reflejaba el azul del cielo, sobre la arena amarillenta, entre las piedras, se veían las patas acorazadas de un cangrejo del tamaño de la mano de un niño. Los pelos color tierra de sus patas se mecían agitados por la corriente. Mi hermano, temblando de miedo, metió la mano en el agua y la acercó a las patas del cangrejo. Cuando parecía que iba a tocarlas, el agua se enturbió de arena y barro, y al posarse, ya no había nada. Nos reímos de buena gana. En aquellos momentos nuestras narices volvían a aspirar olores normales, los refrescantes olores del río y la arena.

–¡A formar, a formar! ¿Qué estáis haciendo? –gritó el herrero, enfadado.

Subimos por la empinada ladera, pisando la hierba marchita, de vuelta al templo. Cuando avanzábamos por el camino adoquinado, nuestra marcha se vio interrumpida por una multitud de campesinos apiñada ante el edificio que parecía un almacén. Estaban tan concentrados tratando de ver lo que pasaba en su interior a través de las puertas abiertas, que no prestaron atención a nuestra llegada. Los chavales del pueblo pasaron tímidamente a nuestro lado y corrieron a mezclarse con los adultos. Del interior del almacén nos llegó el lloriqueo de una niña pequeña, y se nos encogió el corazón.

Por la puerta del almacén salió un hombre barrigudo, extraordinariamente calvo y con las orejas muy abiertas, que llevaba una vieja cartera de cuero muy abultada. Meneó la cabeza con énfasis, y entre la gente corrió un murmullo tenso. Varios campesinos entraron en el edificio.

–¿Cómo está, señor? –le preguntó el herrero, cuya voz sonó de modo poco natural en medio del pesado silencio de la gente del pueblo.

–Bueno... –empezó a decir el hombre, pero, al vernos, en vez de responder directamente al herrero, apartó a los campesinos y se nos acercó.

Nos miró de arriba abajo con detenimiento. No nos resultó agradable que nos escudriñase con sus ojos pardos, que parecían cansados, y la incertidumbre acerca de lo que pudiera ocurrir en el granero no podía menos que aumentar nuestra desazón.

–¿Quién es el jefe de grupo? –preguntó en voz baja y ronca–. Vuestro jefe.

Lleno de desconcierto, pero, animado y presionado por las miradas de mis compañeros, balbucí:

–Soy yo, pero da igual quien sea.

–Bien –dijo el hombre–. He visitado a vuestro compañero enfermo. Mañana, sin falta, venid al pueblo de al lado por medicinas. Te haré un mapa.

Sacó un cuaderno de la abultada cartera, dibujó un mapa detallado con el lapicero, arrancó la hoja y la puso en la mano que le tendía. Antes de metérmelo en el bolsillo, lo miré, pero no entendí nada.

Cuando iba a preguntarle por el estado de nuestro compañero a aquel hombre que parecía ser médico, salió el alcalde con la niña lloriqueante en brazos y se la llevó cuesta arriba. Los gemidos de la criatura, que se quejaba como si le ardiese la piel de todo el cuerpo, nos afectaron tanto, que callamos como animales asustados.

LA AMENAZA DE EPIDEMIA Y LA HUIDA DE LOS CAMPESINOS

Por la tarde hubiéramos debido volver al trabajo, a apisonar la tierra de la fosa en que habíamos enterrado a los animales. Sin embargo, terminada nuestra frugal comida, nos tumbamos en el estrecho jardín del templo y dejamos que nuestros cuerpos cansados recibieran los débiles rayos del sol invernal. Pasaba el tiempo, pero el herrero, que debía dirigir nuestro trabajo, no subió por la cuesta que había al otro lado del muro del jardín. Quienes sí hicieron su aparición fueron los chiquillos del pueblo, sucios e inexpresivos como siempre, que nos observaban atentamente, de pie y con los brazos cruzados. Cuando los amenazábamos, huían espantados, pero pronto volvían a reunirse. Al final, nos hartamos de jugar a aquella especie de escondite unilateral, hicimos caso omiso de ellos, como si fueran árboles o plantas, y nos dedicamos a nuestros propios juegos. Fue el primer descanso verdadero que tuvimos desde que llegamos al pueblo.

Algunos se pusieron a ordenar sus morrales; sacaron al sol sus más preciadas pertenencias – misteriosos tubos, asas de bronce, cadenas manchadas de sangre, por haber servido como armas, pedazos de cristal a prueba de balas– y las limpiaron con trapos. Otros se dedicaron con entusiasmo a terminar un avión en miniatura tallado en un bloque de madera blanda. Minami tenía que curarse el ano, ya que padecía una inflamación crónica como consecuencia de aquella generosidad que lo llevaba a sacrificarse por los demás. Para ello tenía que introducirse profundamente un dedo untado con una pequeña porción del ungüento contenido en una cajita de plástico que sacaba de su morral. Para tratarse la parte afectada, tenía que adoptar una humillante postura que recordaba la de un animal que estuviera defecando, pero si alguien se burlaba de él, se levantaba al instante y, con los pantalones bajados, la emprendía a golpes con el insolente. Estábamos a nuestras anchas, y por primera vez en varios días holgazaneamos toda la tarde. La única excepción era el chaval que había sufrido los retortijones de vientre durante el viaje, ya sin fuerzas para quejarse, que yacía postrado boca arriba, cada vez más pálido. Pero ¿qué podíamos hacer por él?

El aire se tornó frío súbitamente, se levantó viento, y el crepúsculo fue subiendo por las copas de los árboles hasta que sólo el cielo quedó iluminado. Entonces las calladas mujeres del pueblo nos trajeron la cena. Tras ingerirla rápidamente, volvieron a atrancar las puertas y echaron el cerrojo por fuera. El herrero, que había estado presente durante nuestra cena, permaneció en silencio. Parecía preocupado, y no contestó a las preguntas que le hicimos.

Cuando nos quedamos solos y a oscuras en el santuario del templo, un olor muy peculiar, que, como consecuencia del trabajo de la mañana, impregnaba nuestros cuerpos, nuestras ropas y, sobre todo, nuestras almas, se fue mezclando lentamente con el aire viciado de la sala. A pesar de ello, nos esforzamos por conciliar el sueño cerrando los ojos tanto a lo que ocurría fuera de nuestros cuerpos como en su interior, e intentamos olvidar el cansancio que sentíamos y el ambiente cargado y opresivo que nos rodeaba.

Sin embargo, la respiración débil y trabajosa de nuestro compañero enfermo, los gritos de las bestias nocturnas que llegaban del bosque y el crujido de la corteza de los árboles al rajarse nos sobresaltaban y no nos dejaban dormir. Además, de vez en cuando, leves signos de movimiento y jadeos contenidos indicaban que algunos de mis compañeros buscaban un placer furtivo, pero estaba demasiado cansado para imitarlos.

Pasada la medianoche, nuestro compañero, el que tanto tiempo llevaba sufriendo, murió. Cuando ocurrió, nos despertamos de golpe. No fue consecuencia de que oyéramos un ruido extraño o sintiéramos entre nosotros una presencia sobrenatural, sino más bien de todo lo contrario. Nuestro sueño ligero fue interrumpido por el cese de la débil respiración del enfermo, y eso mismo nos hizo comprender, sin lugar a dudas, que un ser humano había desaparecido. Esa extraña sensación fue compartida por todos los presentes. Levantamos los torsos en la oscuridad. De pronto, el débil lloriqueo de uno de los chicos pequeños resonó en las tinieblas. Entre sollozos, nos comunicó lo sucedido. De hecho, ya lo sabíamos. Tanteando en la oscuridad, nos reunimos en torno a quien había sido nuestro compañero hasta la caída de la noche, y que ahora no era más que un cadáver que

se enfriaba y se ponía rígido rápidamente. Abriéndonos paso entre los cuerpos calientes de nuestros compañeros, tocábamos aquella piel que había perdido el calor y retirábamos las manos como si nos hubiéramos quemado.

De repente, varios de nuestros compañeros corrieron a la puerta y se pusieron a dar voces. Pronto nos contagiamos todos y, presos de un ataque de histeria colectiva, nos apelotonamos junto a la puerta, como si quisiéramos alejarnos cuanto fuera posible del cadáver, y la aporreamos y gritamos sin poder parar.

—¡Oigan, oigan! ¡Vengan, abran! ¡Oigan, el chico enfermo se ha muerto!

Gritamos hasta desgañitarnos, pero nuestras voces no transmitían ningún mensaje claro, eran como los gritos de los animales del bosque. Entonces nos invadió la sensación de que aquel griterío y aquel golpear y aporrear la puerta sólo servían para manifestar nuestro pesar y hacer que llegara hasta el cielo y hasta el último rincón de aquel valle.

Mucho tiempo después, cuando nuestros gritos ya se habían debilitado hasta apagarse a causa del cansancio y la ronquera, en el camino que conducía al jardín sonó el ruido de multitud de pasos, y el cerrojo de la puerta corrió pesadamente. Aguardamos en silencio. Pero, antes de entrar, los campesinos titubearon y alumbraron el interior con faroles. Delante de mí vi la cara llena de lágrimas de mi hermano. El alcalde y el herrero iban en cabeza, cautos, con las escopetas a punto, a la altura de la cintura. Guardábamos silencio. Y jadeábamos. El alcalde y los demás se mordían los labios y abrían las aletas de las narices, tensos como carceleros a los que se les hubieran amotinado los presos.

—¿Qué os pasa, parásitos, qué os pasa? —preguntó el alcalde a gritos—. ¿A qué viene este escándalo?

Tragué saliva para aclararme la garganta y tratar de explicarle lo ocurrido, pero no hizo falta. El farol que sostenía el herrero con la mano izquierda iluminó al muerto y quedó clavado en él. Acompañados por nuestras silenciosas y atentas miradas, entraron en el santuario sin descalzarse¹ y se acercaron al cadáver con cautela y frunciendo el ceño. Se agacharon sosteniendo los faroles a la altura de sus cabezas y examinaron el cadáver. Los círculos confluyentes de luz amarillenta mostraron una cabecita pálida, sucia y desgredada, con la piel tersa como la corteza de una naranja, y un poco de sangre seca bajo la naricilla. Y unos párpados cerrados que fueron abiertos sin piedad por dedos bastos, y unos brazos que fueron cruzados el uno sobre el otro encima de su estómago.

Fue desagradable. Y entre nosotros empezó a crecer una sorda ira hacia los dos hombres que alumbraban aquel cadáver para examinarlo sin el menor respeto. De haber seguido haciéndolo, creo que nos habríamos lanzado sobre ellos, gritando furiosos. Pero se levantaron de repente, dejando al muerto como estaba, y salieron al jardín.

La luna acababa de aparecer en el estrecho cielo del valle. Por la rendija de la puerta, que habían dejado entreabierta, contemplamos al numeroso grupo de campesinos, que hablaban en voz baja rodeando al alcalde y el herrero. Como la acalorada conversación se desarrollaba en el dialecto local, no entendíamos casi nada, y lo único que podíamos hacer era observar sus actitudes, como si fueran un grupo de perros que se comunicaran mediante ladridos.

El alcalde gritó algo en tono tajante, como si diera órdenes, y se hizo un largo silencio. Al cabo, volvió a gritar, y el grupo de campesinos salió del jardín y empezó a dispersarse. El herrero se acercó a la puerta, y cuando iba a cerrarla traté de preguntarle. Su silueta, recortada contra la luz de la luna, era negra y maciza. Cerró la puerta sin hacerme ni caso. Pero, quizá por las prisas, no echó el cerrojo antes de marcharse. Apelotonados en una esquina, lo más lejos posible del muerto, abrazándonos las rodillas, oímos alejarse los pasos de los aldeanos, y paralelamente se desvaneció nuestra excitación y recuperamos la calma. No comprendíamos por qué habíamos aporreado la puerta dando gritos. Los niños no pueden hacer nada por los muertos.

¹ Al entrar en las casas japonesas, la educación exige descalzarse y ponerse una especie de calcetines, para no ensuciar los tatamis. (*N. del T.*)

La luz que entraba por un agujero de la puerta iluminó el rostro gris de mi hermano, sucio de grasa y de cenizas. Me miró. Sus ojos pardos, lustrosos como grosellas, aún tenían trazas de las lágrimas y el miedo.

–¿Cómo te sientes? –dije.

Se relamió los labios, que inmediatamente recuperaron el color y la tersura habituales.

–Tengo frío.

–¿Por qué no te pones el capote? –le pregunté, y rodeé con mi brazo sus hombros temblorosos.

–Se lo dejé a ese chaval, porque tenía frío –dijo, y volvió la cabeza para señalar al muerto.

–¿Todo el día?

–Sí.

–Ahora ya no le sirve para nada –le dije, enfadado–. Ve a buscarlo.

–Bueno –respondió, pero no se movió y bajó la vista.

–Voy por él –dije, y me levanté. Mi hermano me siguió, como si temiera que lo dejara atrás.

Para quitarle el capote verde de mi hermano, tuve que mover sin contemplaciones el pesado cuerpo del muerto. Cuando se lo quité por fin, el cadáver estaba boca abajo, y sentí clavarse en mí los ojos de mis compañeros. Pero no tenía otra opción.

El capote olía a fruta podrida rápidamente por la actividad de productos químicos, no por la prolongada acción de las bacterias; olía a putrefacción inorgánica.

Con el capote sobre los hombros, pero sin arrebujarse en él, como si temiera que contaminara su cuerpo desmembrado, mi hermano se inclinó a contemplar la cara del difunto, blanca como la cera, y se echó a llorar.

–¡Éramos amigos, éramos amigos! –repetía con voz entrecortada por los sollozos.

De pie detrás de él, contemplé la cara de piel tersa como la corteza de una naranja, con los ojos oscuros y sin vida, ahora abiertos de par en par, del camarada que había realizado aquel largo viaje con nosotros. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y cayeron sobre los hombros de mi hermano.

Lo cogí por los sobacos, lo levanté y, arrancándolo de la contemplación del rostro pálido, con los ojos muy abiertos, de nuestro camarada muerto, lo hice volver al rincón situado al otro lado de la estancia. Incluso después de sentarnos allí, entre nuestros compañeros, mi hermano seguía sollozando entrecortadamente, lo que reavivaba la pena de nuestros corazones.

Permanecimos inmóviles y silenciosos durante mucho tiempo. De repente, sonó la campana de alarma contra incendios. Nos enderezamos y aguzamos el oído, pero dejó de sonar enseguida. Poco después nos llegó un insólito estruendo que pareció iniciarse al pie de la cuesta, en el lugar donde empezaba el camino adoquinado, y desde esa zona se fue extendiendo hasta el último rincón de la aldea. Era una mezcla de innumerables pisadas, el ruido seco de los muebles al ser trasladados de sitio, relinchos y lloros infantiles. A ello había que añadir los incesantes ladridos de todos los perros que quedaban en el pueblo.

Finalmente, el estruendo se congregó al pie de la cuesta y pareció empezar a desplazarse lentamente. Busqué los ojos de Minami en la penumbra, y nuestras miradas se cruzaron. Estábamos tan cerca, que nuestras caras se rozaron.

–Escucha –dijo Minami en voz baja.

–Vamos a ver.

Nos levantamos de un salto y aunamos fuerzas para empujar la puerta, a la que el herrero se había olvidado de echar el cerrojo. La pesada puerta se abrió con gran estruendo, y, sin perder el tiempo en calzarnos, salimos al frío jardín; una vez allí, vi que mi hermano nos seguía. Minami se volvió y les gritó a nuestros compañeros, que se levantaban apresuradamente:

–¡Quedaos aquí, quedaos a vigilar al muerto! ¡Los perros cimarrones podrían venir a comérselo!

–¡No os mováis de aquí hasta que volvamos! –grité a mi vez–. ¡Si alguien sale, tendrá que vérselas conmigo!

Nuestros compañeros pusieron mala cara, pero no trataron de seguirnos. Minami, mi hermano y yo cruzamos el estrecho jardín a la carrera pisando las frías piedras con nuestros pies descalzos.

Nos dirigimos hacia un rincón del jardín donde una brecha en el muro que lo rodeaba permitía dominar el camino adoquinado, y, una vez allí, el aire neblinoso de la noche nos trajo el rumor de conversaciones en voz baja y de pisadas. De pronto, vimos a una muchedumbre que avanzaba por el camino, y la impresión nos dejó boquiabiertos.

Bajo la luz gris azulada de la luna, infinidad de figuras sombrías caminaban despacio llevando a la espalda pesados bultos. Hombres y mujeres, niños y ancianos, avanzaban lentamente cargados con grandes fardos sujetos a la espalda y paquetes en las manos. Las ruedas de las carretas resonaban en los adoquines, y las cabras balaban y las vacas mugían, azuzadas por las mujeres. El tieso pelaje blanco del lomo de las cabras y el cabello de los niños despedían un pálido brillo al recibir la luz de la luna.

Subían en grupo por el camino adoquinado, y dos hombres con las escopetas en la mano cerraban la marcha, como medida de protección, sin duda, pero daba la impresión de que los campesinos eran un grupo de prisioneros o un rebaño de reses que llevaban al matadero. Caminaban con decisión y en silencio, doblados hacia adelante. A medida que se alejaban, el camino y las miserables casuchas que lo flanqueaban parecían cada vez más tristes y desolados bajo la luz de la luna.

–¡Oh! –suspiró mi hermano débilmente, como si estuviera a punto de desmayarse de la sorpresa.

–¡Vaya! –gruñó Minami–. ¡Qué cabrones!

–Se llevan hasta las cabras y las vacas –dijo mi hermano.

–¡Huyen! ¡Qué cabrones! –exclamó Minami, enfadado, al darse cuenta–. Han esperado a que se hiciera de noche para escapar.

–Sí –asentí–. Se largan.

Callamos, saltamos al otro lado del muro, cruzamos un campo a la carrera y llegamos al camino adoquinado. El aire helado de la madrugada nos rascaba los párpados y las mejillas como si llevara polvo en suspensión, pero nuestra sangre ardía igual que si estuviéramos borrachos. El resplandor de la luna hacía brillar los granos de cereal que se les caían a los campesinos durante la marcha. De pronto, perdimos de vista a la columna en un recodo del camino. Al verla aparecer de nuevo, nos ocultamos apresuradamente entre las ramas bajas de un viejo albaricoquero y seguimos con la mirada su marcha ascendente. Cuando volvió a desaparecer, avanzamos furtivamente, como animales que huyen de los cazadores, hasta situarnos en un lugar desde donde podíamos ver a los dos hombres que formaban la retaguardia.

–¡Huyen! ¡Qué cabrones! –exclamó mi hermano. Trataba de imitar, sin conseguirlo, el tono de Minami, y su voz de niño hacía que aquellas palabras sonaran ridículamente infantiles–. Se llevan hasta las cabras.

–Se largan –dijo Minami–. ¿Por qué?

Nos miramos. Tenía los labios entreabiertos, por los que caía un hilillo de saliva, y en sus ojos no había más que sincero asombro.

–No lo sé. No tengo ni idea –mentí, cauteloso.

Se mordió las uñas, irritado. De la columna de campesinos, que seguía ascendiendo en la lejanía, nos llegó el llanto de un niño, reprimido inmediatamente por lo que debía de ser una mano adulta. Un perro ladró tristemente, y los hombros de mi hermano temblaron.

–¿No deberíamos ir a buscar a nuestros compañeros y unirnos a los campesinos? –dijo Minami.

–El celador está en camino con el siguiente grupo –respondí.

–¡Y qué más da! –insistió–. Si los del pueblo se van, deberíamos acompañarlos.

Pero los dos comprendíamos que si los campesinos hubieran querido llevarnos consigo, no nos habrían dejado encerrados en el oscuro santuario del templo. Era evidente que aquella huida bajo la luz de la luna tenía por objeto, precisamente, que no los acompañáramos. Por tanto, en vez de irnos a buscar a nuestros compañeros, seguimos a la columna de fugitivos escondiéndonos en las sombras que había a ambos lados del camino. ¿Qué otra cosa podíamos hacer?

De pronto, oímos ruido de pasos que venían apresuradamente hacia nosotros y, nada más escondernos entre unos arbustos llenos de gotas de rocío, vimos pasar el herrero a la carrera. Corría cuesta abajo, y para evitar que la escopeta que llevaba en bandolera lo golpeará, sujetaba con fuerza

la culata contra su cadera. La esperanza llenó de un suave calorillo todos los poros de nuestra piel. El grueso de los aldeanos parecía esperar donde el camino entraba en el bosque. Han esperado hasta el último momento, me dije, pero no van a dejarnos a merced de la temible epidemia que azota el valle.

Sin embargo, mis esperanzas resultaron infundadas. Casi inmediatamente, el herrero volvió a pasar corriendo con una especie de jaula en la mano derecha. Resoplaba con fuerza, y su aliento, al condensarse, dejaba un rastro de vapor blanco en la noche. Y al ver que en aquella especie de jaula llevaba un gordo conejo blanco que daba brincos de pánico, nos quedamos estupefactos. Se oyó el rumor de la masa de campesinos al volver a ponerse en marcha, pero nosotros nos quedamos sentados donde estábamos. Nuestros pies estaban hinchados y entumecidos. Y el frío, un frío terrible, se apoderó de nuestros cuerpos y nos arrebató hasta la última gota de esperanza. Minami se volvió hacia mí. Contemplé aquel rostro, en el que se mezclaban de manera sorprendente una vulgaridad mórbida y sensual y una inocencia infantil, y que le daba el aspecto de un joven animal. Hacía unas muecas muy raras, y abrió la boca, pero fue incapaz de proferir ningún sonido. De repente, se echó a llorar.

–Voy... –empezó a decir al fin, pero las palabras se resistían a salir de su garganta–. Voy a decírselo. Voy a decirles que nos han abandonado a nuestra suerte.

Acto seguido hizo un gesto grosero y salió corriendo de los arbustos. Cogí a mi hermano por los hombros, lo levanté y nos fuimos de allí. Aunque la luz de la luna nos iluminaba de lleno, los campesinos ya habían desaparecido en el interior del bosque. El profundo silencio sólo era roto por el ruido de las pisadas de Minami mientras bajaba corriendo por el camino adoquinado y el ladrido ocasional de algún perro en la lejanía.

Caminamos sin rumbo fijo, y así llegamos al borde del bosque; nos sentamos en un montón de tierra. La luna ya estaba casi oculta por los árboles del bosque, y las primeras luces del alba comenzaban a teñir el cielo de gris perla. Hacía un frío terrible, y la niebla, que empezaba a espesarse, reducía la visibilidad. Ni mi hermano ni yo sabíamos qué hacer. Volver al templo y participar de la acalorada discusión que seguramente se desarrollaba allí no tenía ninguna utilidad. Y yo estaba tan cansado que no podía dar un paso.

–Duerme un rato –le dije con la voz entrecortada por las lágrimas.

–Mi capote apesta –me dijo mi hermano mientras apoyaba la cabeza en mi hombro y se arrebujaba contra mí–. No me lo quiero poner más.

–En cuanto salga el sol, lo lavaremos en el río –le dije para darle ánimos, aunque en mi fuero interno dudaba de que en aquel curso de agua tan escaso pudiera lavarse nada.

–Sí –contestó, y se arrebujó aún más contra mí–. Lo lavaremos.

–Si sopla el viento se secará enseguida –añadí, al tiempo que le acariciaba suavemente la espalda con la mano–. El mejor es el del sur.

–Si lo lavamos por la mañana, pronto se secará –dijo con voz débil y soñolienta, bostezó levemente y se quedó dormido en aquella postura incómoda.

Me sentía derrotado, exhausto y solo. Quitó la mano de la espalda de mi hermano, me rodeé las rodillas con los brazos y dejé caer la cabeza sobre ellos. El capote que cubría a mi hermano olía realmente a muerto: era un olor vago e impreciso, pero inconfundible. Me concentré en la idea de que a la mañana siguiente lo lavaríamos a fondo y lo tenderíamos al viento del sur para que se secara. Necesitaba pensar en algo que mantuviera mi mente ocupada, porque no quería recordar que nos habían abandonado.

EL BLOQUEO

Al amanecer, en el pueblo no se oía una mosca; ni cantaron los gallos ni resonó la voz de ningún animal doméstico. La primera luz del sol, suave y blanca como la harina, bañaba las casas, ahora tristes y abandonadas, los árboles, los caminos y el fondo del valle. Lo inundaba todo. Lo inundaba todo como si fuera agua clara, y nuestros cuerpos, los cuerpos de los pobres muchachos abandonados, no proyectaban ninguna sombra mientras paseábamos arriba y abajo por el camino adoquinado o íbamos de un lado para otro.

No teníamos nada que hacer, pero no podíamos quedarnos dentro del templo; necesitábamos alejarnos de nuestro compañero muerto, que desprendía un olor húmedo y permanecía inerte y silencioso como un árbol o una casa. Por tanto, recorríamos lentamente arriba y abajo el camino adoquinado, desierto como una playa en un día de mar embravecido, con las manos en los bolsillos, el torso inclinado hacia delante y los ojos inyectados en sangre por el insomnio. A pesar de la ansiedad que nos dominaba, paseábamos lentamente y en silencio por el camino cubierto de escarcha de dos en dos o de tres en tres, pues aunque no teníamos ganas de hablar necesitábamos compañía, y cuando nos cruzábamos con otro grupo de muchachos cabizbajos que venía en sentido contrario intercambiábamos sonrisas y nos saludábamos silbando, sin saber qué nos llevaba a obrar de aquel modo tan incongruente. Nos abrumaba aquel pueblo sin habitantes, aquel pueblo que parecía haber sido desechado como un trasto viejo, y nos sentíamos igual de nerviosos que cuando, de niños, habíamos representado funciones teatrales en el colegio. Ya se había calmado la excitación provocada por la marcha de los campesinos, que había durado horas, y empezábamos a tener la sensación de que, de no mantener la boca firmemente cerrada, aquella especie de representación teatral que era el silencio con que manifestábamos nuestro respeto por el extraño aspecto que ofrecía el pueblo vacío acabaría con todos los actores riéndose a carcajadas. Por otra parte, nadie nos mandaba ni nos decía qué debíamos hacer, y a nosotros no se nos ocurría nada. De modo que paseábamos arriba y abajo por el camino adoquinado, despacio y con una especie de obstinación.

El cielo que cubría el silencioso pueblo se había ido tornando de un azul cada vez más vivido, y las ráfagas de viento, al agitar las hojas de los arbustos que cubrían la ladera donde se encontraba la mina abandonada, enfrente de la nuestra, parecían llenarla de infinidad de pececillos que nadaban vertiginosamente. Pasado un rato, las copas de los árboles se agitaron por encima del camino adoquinado por el que paseábamos, lo que indicaba que había cambiado el viento. Pero no llegaba hasta nuestras cabezas ni nuestros hombros, y los rayos de sol nos calentaban. Las casas, cerradas con gruesos candados de hierro o con cadenas pasadas por armellas, estaban sumidas en el silencio. Paseábamos despacio ante ellas.

De repente, el sol apareció a nuestro lado de la cordillera. Era mediodía. Mientras paseábamos por el camino oímos dar la hora en los relojes de pared de las casas cerradas. Y, automáticamente, el hambre se apoderó de nosotros. Volvimos, no sin una íntima reticencia, a la habitación donde estaba el cadáver maloliente de nuestro compañero y, conteniendo la respiración, cogimos los morrales, en los que teníamos algo de comida, y nos dirigimos a la plaza de la escuela para almorzar. Si elegimos aquel lugar con unanimidad, fue porque había una bomba manual de la que manaba un chorrito de agua un tanto turbia al accionar el manubrio con energía, no porque nos hubiéramos puesto de acuerdo. Y tampoco nos habíamos puesto de acuerdo para seguir manteniendo aquel silencio tan extraño y ridículo, tan falto de naturalidad. Seguramente, éramos los únicos seres vivos en el silencioso pueblo, y compartíamos un sentimiento común de abrumadora sorpresa. Dado que compartíamos la misma situación y el mismo sentimiento, ¿por qué tenía que haber discrepancias entre nosotros?

Sin embargo, al terminar de comer, el estómago lleno hizo que algunos sintieran pesar y una irritante fatiga, mientras que otros estaban llenos de una absurda satisfacción. En consecuencia, se nos soltó la lengua y empezaron las discrepancias entre nosotros.

–¿Por qué se habrán largado esos cabrones? –me preguntó uno de mis compañeros–. ¿Tienes idea?

–Sí, ¿por qué se habrán largado? –repitió mi hermano, que estaba sentado a mi lado con las manos en las rodillas y la cabeza gacha, pensativo.

–No lo sé –dije.

De nuevo un lánguido silencio nos rodeó como un anillo y se extendió por la aldea y luego por todo el valle, hasta que sus ecos parecieron reverberar. Estábamos tumbados en los adoquines o apoyados en los troncos de los árboles y contemplábamos el luminoso cielo, que parecía inundarnos de un modo misterioso, pensando en las musarañas.

–¡Oye! –exclamó Minami, que se había levantado de pronto y me miraba–. ¡Tú no has bebido agua del pozo!

–No –respondí, confuso.

–¿Por qué? –El tono de Minami era serio–. ¡Ya lo entiendo! ¡Tienes miedo de la epidemia! ¡Los del pueblo se han largado por eso, por miedo, y nos han dejado en medio de millones de bacterias!

Su agitación contagió a todo el mundo. Comprendí que debía tranquilizarlos. Si no, se desespararían y, seguramente, se pondrían violentos. Y lo más probable era que la tomaran conmigo.

–¿Una epidemia? –Hice una mueca, como burlándome de Minami–. No se me había ocurrido, la verdad.

–¿No se murió una mujer en el almacén? Y nuestro compañero también ha muerto –dijo Minami.

–Nuestro compañero ya estaba enfermo antes de llegar aquí –repliqué–. Todos lo sabemos, ¿no?

–¿Y qué me dices de los animales? –añadió Minami, tras pensar un momento–. Todos aquellos animales que enterramos.

El recuerdo del montículo de cadáveres de animales que habíamos enterrado el día anterior me dio escalofríos. ¿De qué habrían muerto...?

–¡Enfermedad de ratas, enfermedad de conejos cachondos! –dije, exagerando el tono burlón–. ¡El que le tenga miedo a eso, que se marche con los campesinos!

–¡Claro que me largo! –Minami se colgó el morral del hombro y echó a andar con aire decidido–. No tengo ganas de morirme, ¿sabes? Tú espera si quieres a que venga el celador con el segundo grupo, pero para entonces a lo mejor ya te has muerto de la epidemia.

Uno tras otro, nuestros compañeros se fueron levantando, y al final sólo quedamos mi hermano y yo. Nos miramos a los ojos. Las suaves comisuras de sus labios temblaban de ansiedad. Cuando Minami y los demás se alejaban por el camino adoquinado, los seguimos, pero deliberadamente no cogimos nuestros morrales, para demostrar que no estábamos de acuerdo.

Subimos cogidos de los hombros por el camino adoquinado y la senda, cubierta de hojas húmedas, que cruzaba el bosque, manteniéndonos a cierta distancia del grupo. Al oponernos a Minami y los demás, habíamos hecho ostentación de la fuerza que nos daba nuestra unión fraterna, pero, en el fondo, desconfiaba de que pudiéramos vivir solos en el pueblo si nuestros compañeros se marchaban. Por consiguiente, cuando mi hermano apretó con fuerza mi hombro con su brazo y me miró con ojos febriles, me faltó valor para contestar a su muda pregunta y aparté la vista, con lo que traicioné cruelmente la confianza que depositaba en mí. Aquella muda pregunta era: ¿Y si hay una epidemia? ¿Y si es ésa la causa de la muerte de las musarañas y los demás animales? Pero repetía para mí: ¿Qué puedo decirte, si no lo sé? ¿Qué puedo decirte, si no lo sé?

Al llegar al comienzo de la estrecha vía que cruzaba el valle, Minami y los demás se pararon, desconcertados, y mi hermano y yo nos unimos a ellos corriendo, olvidado todo desacuerdo. Nuestras diferencias se habían borrado de golpe, y formábamos de nuevo un grupo compacto que miraba sorprendido el otro extremo de la vía. Y todos suspiramos, descorazonados.

Al otro lado del valle habían levantado sobre la vía, poco antes de que llegara el rellano de piedra, una barrera hecha de tocones, haces de ramas, tablones, traviesas y piedras, con ánimo de cortarnos el paso. Si avanzábamos por la estrecha vía e intentábamos trepar por la barrera, los materiales que la formaban se desprenderían, y nos caeríamos al profundo valle. Aquella barrera, además de constituir de por sí un obstáculo formidable, era de una fragilidad traicionera. Y del

fondo del valle llegaba el fragor de las aguas, cuyo caudal había aumentado considerablemente a causa de la lluvia. La perplejidad al ver aquella barrera que nos cortaba el paso, y la sorpresa al comprobar que los campesinos no querían saber nada de nosotros y nos abandonaban a nuestra suerte, dejaron a mis compañeros mudos y paralizados. Aunque mi intención no era cruzar el valle para unirme a los campesinos, su estado de ánimo se me contagió, y también me quedé mudo y paralizado.

Entonces, a través de las ramas peladas de los árboles, vimos salir a un hombre del cobertizo de la vagoneta, en la ladera opuesta. El primero en gritar fue Minami, y después todos le hicimos coro.

–¡Oiga, oiga! –chillamos hasta desgañitarnos. Nuestros gritos se extendieron por todos los rincones del valle, donde rebotaban como los ecos de un coro melancólico–. ¡Oiga, oiga, estamos aquí, oiga!

Era indudable que la cara pequeña y curtida que había al otro lado nos había visto. Descolgó la escopeta de caza que llevaba al hombro, se la terció sobre el pecho y subió ágilmente a una elevación del terreno a la izquierda del cobertizo. Dejamos caer los brazos, abatidos, y nuestras gargantas, que ya empezaban a dolernos, callaron en seco. El mensaje era claro. Aquel hombre se había apostado en un sitio desde donde podía abatir a quien estuviera lo bastante desesperado para intentar llegar al lado opuesto caminando por la vía y escalando la barrera. Estábamos atrapados.

Un súbito acceso de ira nos encendió la sangre. Ciegos de rabia, lanzamos toda clase de improperios contra el hombre que, agazapado entre los robles desnudos de la otra ladera, apuntaba a la vía su escopeta. Pero nuestros insultos no llegaron hasta él, pues se mezclaron con el fragor del río y se perdieron en el valle. Nos habían dejado a solas con nuestra rabia.

–¡Esos cabrones sólo piensan en hacernos putadas! –dijo Minami con la voz iracunda–. ¡Está al acecho con la escopeta a punto, para cargarse al primero que intente pasar! ¡Qué hijos de puta!

–¿Por qué? ¿Por qué está al acecho? –preguntó mi hermano, que tenía los ojos llenos de lágrimas y hablaba con voz trémula, infantil–. ¿Por qué se nos quiere cargar...?

–Y eso que no somos enemigos suyos –dijo otro compañero, al que parecía habersele contagiado la agitación de mi hermano–. No somos enemigos suyos.

–¡Para aislarnos! –gritó Minami–. Dejad de lloriquear. Lo que quieren es aislarnos, ¿está claro?

–¿Por qué quieren aislarnos? –preguntó tímidamente mi hermano, asustado por la vehemencia de Minami.

–Porque tú y yo, todos, estamos enfermos –dijo Minami–. Esa gentuza tiene miedo de que propaguemos la epidemia. Así que nos encierran para dejarnos morir como los perros o las musarañas.

–No estamos enfermos. –Miré desafiante a Minami, y alcé la voz para que me oyeran todos–. Lo que pasa es que esos desgraciados están asustados. ¿Alguno de vosotros ha vomitado esta mañana? ¿A alguno le han salido manchas rojas por todo el cuerpo? ¿Alguno de vosotros está lleno de piojos?

Todos callaron. Me mordí los labios con fuerza mientras resonaban los ecos de mi voz.

–Volvamos –dijo Minami al cabo–. Prefiero morir de esa enfermedad que de un tiro.

Soltó un grito muy raro, le dio una patada en el trasero al chaval que tenía delante y echó a correr por el camino que bajaba a través del bosque. Salí en su persecución. Corríamos los dos a toda velocidad, echando los bofes, y no lo alcancé hasta la salida del bosque, cuando, agotado, se paró a recobrar el aliento. Permanecimos un rato sin poder decir ni una palabra, jadeando. Nuestros compañeros, que nos seguían a cierta distancia, llenaban el bosque de gritos que resonaban como la repentina ráfaga de viento que anunciaba la tormenta. Aquel griterío sólo era consecuencia del miedo, y sonaba igual que un prolongado lamento.

–No vuelvas a hablar de la epidemia, ¿oyes? –le dije con voz ronca–. Como se asusten y se pasen la vida lloriqueando, te acordarás de mí.

Al oír mis amenazas, levantó la barbilla, retador, pero no hizo ademán de atacarme. A pesar de su evidente enfado, permaneció callado.

–Yo tampoco hablaré de la epidemia, ¿de acuerdo? –dije al fin.

–De acuerdo –dijo Minami. Pero me di cuenta de que lo había dicho por decir algo, ya que su mente pensaba en otras cosas y no había prestado atención a mis palabras. Y, de pronto, exclamó, en tono arrogante–: Si quisiera escaparme de aquí, me sería fácil; que vigilen la vía no significa que estemos atrapados en una ratonera.

Para demostrarle que aquella fanfarronada sólo merecía mi desprecio, callé, y, al mirarlo de reojo, vi que estaba muy indignado. Las palabras de los campesinos que habían perseguido al desertor, lo escarpado del valle y la fuerza de la corriente que corría por él, y que habíamos visto con nuestros propios ojos, eran otras tantas pruebas irrefutables de que era imposible escapar de aquel pueblo perdido entre las montañas.

–No tengo más que huir a través del bosque y pasar al otro lado –dijo riendo, perdida ya toda arrogancia, ante mi desdeñoso silencio.

–Sólo conseguirías que los campesinos que viven al otro lado del monte te atizaran de lo lindo –dije–. ¿No recuerdas que te dejaron medio muerto cuando te escapaste?

El bloqueo de la vía no era más que un «símbolo». Simbolizaba el muro grueso, sólido e infranqueable dentro del cual nos había encerrado la hostilidad hacia nosotros de los campesinos de los pueblos que rodeaban aquella aldea perdida entre las montañas. Era claramente imposible enfrentarse a él y atravesarlo.

–Conque medio muerto, ¿eh? –farfulló Minami–. He escapado tres veces, y las tres me han dejado medio muerto. Pero ahora hay un tío que nos apunta con una escopeta de caza, ya lo sé. Trabajé como ayudante de un hombre que mataba vacas y perros enfermos, ¿sabes? Terneras que mugían de dolor de tan enfermas que estaban, con un mazo grande como sus cabezas.

–¡Calla, si no quieres que te pegue! –le grité, furioso–. No se lo expliques a nadie.

–Era algo muy sencillo, como verás –dijo, alerta por si lo atacaba–. Para no errar el golpe del mazo, sostenían a la ternera entre tres hombres. Y yo tenía que distraerla dándole agua o hierba.

Hice ademán de abalanzarme contra su garganta. Pero los ojos de Minami se habían llenado de lágrimas. Me quedé quieto, jadeando.

–Lo hice, ¿comprendes? –Se secó las lágrimas con el dorso de la mano–. De verdad.

–¿Y eso qué tiene que ver con que nos hayan dejado aislados? Ninguno de nosotros está enfermo –repliqué.

–No sé cómo decirlo. –Minami estaba nervioso–. Me acordé de cuando matábamos a las terneras. Me acordé de repente.

Yo también estaba a punto de caer en la triste exasperación que lo embargaba. Ya no podía contener el temblor de mis labios, y no me temblaban sólo de rabia.

–Pero ¿qué podemos hacer? –dije–. ¡Deja de lloriquear! Estamos atrapados. ¿Qué podemos hacer?

Mi hermano y los demás nos alcanzaron. Minami y yo nos miramos a los ojos como si nunca hubiéramos discutido.

No tengo intención de justificar lo que hicimos aquella tarde. Ninguno de nosotros lo decidió ni se paró a considerarlo. Aunque era algo fuera de lo normal se inició del modo más natural, de la misma manera que los muslos de los niños se alargan de repente a causa de un inesperado estirón.

Lo primero que hicimos fue elegir una casa cada uno, o por parejas, y forzar las puertas. Luego, tranquilamente, sin que se aceleraran los latidos de nuestros corazones a causa de la excitación de invadir la propiedad ajena, las registramos en busca de comida escondida.

Mi hermano y yo elegimos la última casa del camino adoquinado, de paredes entramadas. Rompimos el candado con una piedra que trajo mi hermano, e inmediatamente se metió corriendo en su oscuro interior, temeroso, pero rápido como un delgado pez.

El oscuro interior de la casa me recordó un rincón de bosque al que nunca acudiera nadie. Sin embargo, aún flotaba en el ambiente el olor de sus habitantes, aunque empezaba a volverse rancio, falto de la encantadora renovación que da la vida. No había ojos extraños que nos observasen desde las paredes, las rejas o los pesados muebles colocados sobre los tatamis cuando irrumpimos en aquella casa desconocida. No había nadie allí. La habían abandonado.

Mi hermano y yo nos paseamos por la casa pisando sin contemplaciones las prendas de ropa que habían quedado esparcidas sobre los tatamis a causa de la precipitada huida, y encontramos latas de conservas, sacos de arroz, algo de pescado seco y un poco de salsa de soja en una botella con el cuello roto, y lo depositamos todo sobre los adoquines, frente a la casa. La escudriñábamos metódicamente y en silencio. Cuando salí por enésima vez de ella, cargado con unas latas de puré de soja, Minami me llamó, con el ceño fruncido, mientras arrastraba un saco lleno de comida que había sacado de una casucha con el techo de paja, al otro lado de la calle.

–Nunca había hecho un robo tan miserable –dijo, apesadumbrado.

–¿Se te ha puesto dura? –le pregunté, pues presumía de las tremendas erecciones que tenía cuando robaba.

–¡Qué va! La tengo lacia como una muñeca de trapo.

El eco de su voz no tardó en perderse, y volví a mi «miserable robo». Mi hermano y yo seguimos escudriñando casas porque no teníamos nada mejor que hacer. No obstante, aquella tarea, despreciable y que, en el fondo, nos dejaba mal sabor de boca, cada vez nos atraía menos. Las casuchas eran pobres, y lo que encontrábamos en ellas por fuerza había de ser mísero. Y no hallábamos nada sorprendente que avivara nuestro interés. Mi hermano y yo decidimos no registrar más casas y empezar a trasladar lo pillado a la plaza de la escuela. Nuestros compañeros ya habían llevado allí sus respectivos botines. Como el nuestro, no eran más que unos pocos sacos de comida. Nos garantizarían la subsistencia durante bastantes días, pero eso era todo. Nuestros compañeros estaban cansados y un tanto avergonzados de lo poco que habían conseguido reunir. Tras comentar nuestras experiencias como expoliadores, regresamos al lugar donde habíamos dejado el resto de lo conseguido con nuestros saqueos. Estábamos cansados y caminábamos sin prisas.

–¡Eh! –gritó mi hermano–. ¡Mira!

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, mi cansancio se desvaneció y la sangre se me subió a la cabeza. Delante de la parte de nuestro botín que no nos habíamos llevado estaba de pie un chico coreano que se había echado un saco de arroz al hombro y nos miraba. El silencio que invadía la aldea, los gritos lejanos de mis compañeros y los rayos del sol poniente me envolvieron, sentí que mi piel ardía y avancé despacio mirando desafiante a mi adversario. Dejó caer el saco de arroz, y, cuando inclinaba la cabeza para recibir mi embestida, me abalancé sobre él. Inmediatamente nos enzarzamos en una violenta pelea: nos clavábamos mutuamente las uñas, nuestros cuerpos chocaban, nuestras piernas se enlazaban. Caímos sobre los adoquines y rodamos en silencio, pataleando y tratando de hacer presa en el contrario con los codos. Peleábamos con todas nuestras fuerzas, sin emitir el menor sonido. El cuerpo del chico coreano despedía un olor penetrante y era increíblemente pesado. Al final logró aprisionarme con su mole; el brazo izquierdo me quedó bajo la espalda, y el derecho me lo inmovilizaba con el codo. Entonces me metió los gruesos dedos en la nariz, y la sangre empezó a manar y a correrme por la mejilla, pero no podía sacar la cabeza de debajo del pecho de mi adversario, que jadeaba con fuerza y no se movía, a fin de que no pudiera defenderme. Conseguí liberar mi brazo izquierdo, estiré los dedos y arañé el suelo en busca de un punto de apoyo. Oí los pasos de mi hermano al acercarse corriendo y los gruñidos amenazadores del joven coreano; entonces mi hermano me puso un pedrusco en la mano izquierda. La levanté con fuerza, y la piedra golpeó a mi adversario en la nuca.

El chico coreano soltó un alarido, me dejó libre y se desplomó. Me levanté y me apreté la nariz con la mano. Mi adversario, caído en el suelo, me miraba; tenía ojos estrechos, de mirada plácida, labios bien formados y carnosos y una cara redonda, gorda e infantil. Bajé el pie, que había levantado para darle una patada en el estómago, al ver que no podía defenderse, y me volví hacia mi hermano. Se había retirado a los árboles de la orilla del camino y me contemplaba con las manos en la cintura y los ojos llenos de lágrimas.

Lo invité a acercarse con un gesto de la barbilla, y recogimos el resto del botín. Cuando iba a coger el saco de arroz que el coreano trataba de llevarse, lo detuve. Ya no lo quería. Sin hacer caso de mi adversario, que seguía tumbado en el suelo y vigilaba nuestros movimientos, nos fuimos camino arriba.

–¡Qué fuerte eres! –exclamó mi hermano con la voz ahogada por las lágrimas.

–Ese chico también es muy fuerte –dije, y me volví para ver qué hacía el coreano. La sangre que manaba de mi nariz cayó sobre los bultos que acarreaba.

Mi adversario se había cargado el saco al hombro y, cojeando visiblemente, cruzaba el puentecillo que salvaba el estrecho río. Así pues, regresaba a la colonia coreana, situada en la ladera opuesta del valle. Al pensar que no éramos los únicos abandonados, sentí una extraña emoción. Entonces advertí que me seguía sangrando la nariz y, si no echaba la cabeza hacia atrás, llenaría de sangre mi pecho, mis manos y la comida. Mi hermano, incapaz de aguantar mi paso lento y cansino, me dejó y se fue corriendo para contarles a nuestros compañeros la pelea que acababa de tener con un coreano que parecía haber surgido de la nada.

El hecho de que no fuéramos los únicos que se habían quedado en la aldea desconcertó a mis camaradas. Y al atardecer descubrimos que teníamos otro «vecino» al que habían dejado abandonado.

En aquellos momentos preparábamos la cena, después de haber elegido alojamiento. Cada uno ocupó la casa de la aldea que le dio la gana. Mi hermano y yo nos decidimos por un edificio con aspecto de almacén, que debía de servir de granero en la época de la cosecha, situado al final de la cuesta que salía de la plaza. Nos gustó porque en el amplio zaguán había un hogar¹ y, además, la sala adyacente, en la que había unos cuantos sacos vacíos y algunos granos de maíz, estaba entarimada, por lo que podríamos poner en ella los tatamis y las mantas de los que nos habíamos apoderado. Mientras yo acarreaba leña y la apilaba junto al hogar, mi hermano fue a coger verduras a un huertecillo que había detrás del almacén y a buscar utensilios de cocina en las casuchas vecinas. Pusimos las verduras cortadas finas, el pescado seco y algunos puñados de arroz en una cazuela y fuimos por agua a la bomba de la plaza.

Nuestros camaradas se habían reunido delante del almacén y miraban su interior por la puerta abierta. El sol poniente iluminaba con sus rayos dorados sus cuerpos inmaduros pero avezados a todo, apiñados unos contra otros. Estaban asombrados. Mi hermano y yo nos acercamos corriendo y vimos a una chica, sentada al lado de un cadáver envuelto en una manta, que nos miraba desconcertada y hostil. Al verla, me dio un vuelco el corazón y no pude reprimir un suspiro de sorpresa.

–¡La han dejado en mitad del entierro! –Minami, que se había abierto paso entre los muchachos, me habló en voz baja y vehemente, excitado–. ¡Se han marchado sin enterrar a su madre! ¡Son unos desgraciados!

–¡Vaya! –dije, y contemplé la cabecita inmóvil de la niña, cuyos ojos asustados estaban vueltos hacia nosotros, y bajo su mano, levantada en un gesto grácil, la frente pálida e inanimada como una planta del cadáver. El aire del exterior, teñido de tonos dorados, empezaba a filtrarse en el interior.

–¡Oled, oled bien todos! –Minami aspiró ruidosamente–. Huele igual que los perros muertos.

–¿Quién la ha encontrado?

–Uno que quería dormir aquí. –Minami dejó escapar una risita burlona–. ¡Una mujer muerta y una niña loca! ¡Bonita compañía para dormir!

–¡Dejad de mirar, venga! –dije, porque me deprimían los labios entreabiertos de pánico de la niña, sus encías rosadas, su cara tensa, sucia y nada bonita. Y no era agradable ver el cadáver.

–¡El que abrió la puerta, que la cierre! –ordenó Minami.

Al acercarse a la puerta uno de nuestros compañeros, con gesto temeroso, la cara de la niña manifestó que estaba a punto de echarse a llorar. Mientras la puerta se iba cerrando, del otro lado nos llegaron sus sollozos. La niña se convirtió inmediatamente en un misterio, que creció y se extendió. La puerta se trabó y quedó entreabierta, pero el chaval que la cerraba no intentó ajustarla y se alejó corriendo, muerto de miedo. Durante un rato nos quedamos allí de pie, indecisos. Pero aquella escena nos ponía la carne de gallina. Al final, con el corazón en un puño, cada cual volvió a su alojamiento y nos dedicamos a preparar la cena.

¹ En las casas tradicionales japonesas, el hogar es un hoyo cuadrado excavado en el suelo y revestido de obra. (N. del T.)

Encendí la leña que dejé dispuesta en el hogar, puse la cazuela encima de la débil llama y mientras esperábamos, presas de un hambre terrible, hablamos de nuestra nueva e incómoda vecina.

–Esa niña –dijo mi hermano, pensativo– debe de haberse vuelto loca porque se murió su madre.

–¿Cómo sabes que está loca?

–Es una guarra, ¿verdad? –añadió, sin venir a cuento.

–Sí –gruñí–. Estaba muy sucia.

El guisado de arroz y verduras estuvo listo antes de lo que creíamos, y nos supo a gloria.

Sacamos nuestros cubiertos del morral y nos comimos la rica cena en silencio y con apetito. El fuego del hogar calentaba el aire del interior del almacén, que se fue impregnando de un misterioso olor a humedad. Ahítos, calientes y con nuestros cuerpos blandos como si fuéramos moluscos, nos echamos en los tatamis y nos tapamos con las mantas. Era de noche, y en aquel pueblo éramos libres, de modo que podíamos irnos a dormir cuando nos diera la gana. Mi hermano cerró los ojos, se subió la burda manta, que olía a sudor y grasa, hasta la barbilla y se puso a respirar acompasadamente. Pensé en llevarle la comida que había sobrado a la niña del almacén. Pero me daba pereza levantarme y no quería volver a ver el cadáver, rígido y voluminoso, de su madre. Aquella imagen que había visto a la luz del crepúsculo empezaba a obsesionarme. Y también la de nuestro compañero que yacía de espaldas en el edificio del templo, ahora vacío. Pensé en la muerte y como siempre me invadió una desagradable mezcla de sensaciones: opresión en el pecho, sequedad de garganta y violentos movimientos intestinales. Era como si sufriera una especie de enfermedad crónica. Una vez que se habían apoderado de mí aquellas sensaciones y aquella agitación, no era capaz de quitármelas de encima hasta que me dormía. Y durante el día no era capaz de recordar con precisión lo que había sentido. Tenía la espalda y los muslos empapados en un sudor frío, y me tapé la cara con la manta. La «muerte», para mí, era mi falta de existencia dentro de cien años y dentro de varios siglos, mi falta de existencia en un futuro que se alargaría infinitamente. En aquellas lejanas eras también habría guerras, encerrarían a los niños en reformatorios, habría chicos que ofrecerían sus servicios a homosexuales y habría personas que llevarían una vida sexual completamente normal. Pero yo no lo vería. Me mordí los labios, con el pecho oprimido por el miedo, y reflexioné. De aquellos dos muertos debían de estar saliendo infinidad de bacterias, que acabarían por llenar el aire del valle y convertirlo en una especie de masa viscosa. Y no podíamos hacer nada. El terror me hacía temblar como una hoja sacudida por un tifón.

–¿Qué te pasa? –me preguntó mi hermano.

–Nada –le contesté con voz ronca–. Duérmete, venga.

–¿Tienes frío? –me preguntó, preocupado, al cabo de un rato–. Hay corriente de aire.

Me levanté de un salto y fui a tapar las rendijas de la puerta de la calle con un tatami. A través de ellas pude ver resplandor de llamas cerca de la colonia coreana, en la otra ladera de la montaña, que se agitaban como una señal. Pensé que aquel chaval había encendido una hoguera, y mi cuerpo fue invadido por un cálido sentimiento de amistad hacia él. El dolor de las magulladuras que tenía en todo el cuerpo y de mi lacerada nariz se tornó en un agradable cosquilleo. Aquel tío era realmente fuerte; muchos coreanos lo son, y por eso las peleas con ellos eran largas y duras.

–Enséñame el abrelatas del camello –me pidió mi hermano, zalamero–. ¡Venga, sólo un rato!

Saqué del morral el abrelatas con forma de cabeza de camello y lo puse en su mano extendida.

Aunque ya no servía para abrir, a los dos nos gustaba mucho, y mi hermano quería que se lo diera. Cuando volví a meterme bajo la manta, apretó su espalda caliente y entrañable contra la mía.

–Oye –le dije, procurando no asustarlo–, ¿no tienes miedo?

–¿Qué? –me respondió adormilado, tras bostezar débilmente–. ¿Me dejas el abrelatas del camello? ¿Me dejas que lo guarde en mi morral?

–Sí, ya me lo devolverás –le respondí, magnánimo.

El fuego del hogar estaba casi apagado, y resonaban a nuestro alrededor los gritos de las bestias del bosque, el aleteo repentino de los pájaros y el crujido de la corteza de los árboles al quebrarse por el frío. Abrumado por la imagen provocativa, opresiva y desesperanzadora de la muerte, hacía heroicos esfuerzos por dormirme, y cuando oí la respiración tranquila de mi hermano, que se había

Arrancad las semillas, fusilad a los niños: ¡Error! Utilice la ficha Inicio para aplicar Título 1;Título JCRF al texto que desea que aparezca aquí. **Kenzaburo Oé**

quedado roque, sentí unos celos tan grandes que mis sentimientos fraternales casi se esfumaron. Dentro de la aldea, los abandonados y los muertos sin enterrar dormían o sufrían de insomnio; fuera de la aldea, todos los malvados dormían como troncos.

LA SOLIDARIDAD DE LOS ABANDONADOS

A la mañana siguiente, mi hermano y yo volvimos a guisar verduras con arroz, casi en silencio, y desayunamos sentados frente al hogar. Ninguno de los dos tenía demasiado apetito. El pueblo estaba en calma.

Fuera, los débiles rayos de sol invernal llenaban el aire. A ambos lados del camino adoquinado la escarcha se fundía. Mi hermano y yo bajamos a la plaza de la escuela arrebujados en nuestros capotes. Al llegar, vimos que nuestros compañeros ya estaban allí, en cuclillas o yendo de un lado para otro sin saber qué hacer, y el espíritu de holgazanería y apatía que se había apoderado de ellos me hizo sentir tan mal como si hubiera ingerido un veneno.

Nos sentamos sobre los adoquines en una esquina de la plaza y nos abrazamos las rodillas. El grupo en torno a Minami se puso a jugar al salto, pero como lo hacían con desgana, sólo para matar el rato, los mirones empezaron a irritarse. Aunque exigía un vigoroso ejercicio físico, al final no resultaba más divertido que quedarse sentado abrazándose las rodillas. Hartos de jugar al salto, Minami y los demás formaron un corro, se bajaron los pantalones y dejaron que el sol y el viento acariciaran sus genitales. Sonaron risas obscenas y alaridos escandalizados. Sus penes se ponían lentamente en erección iluminados por el sol, volvían a ponerse flácidos y se empinaban de nuevo. Aquel movimiento autónomo de sus genitales, que carecía de la vehemencia del deseo o de la lasitud del placer satisfecho, duró largo rato y fue contemplado por todos. Pero tampoco era divertido.

Durante aquel juego sin gracia, miramos un viejo reloj de pared que había sacado de una casa uno de nuestros camaradas o tratamos de calcular la hora por la posición del sol. Pero el tiempo transcurría tan despacio que parecía eterno. Pensé, irritado, que el tiempo había dejado de pasar, que, como los animales domésticos, no se movía sin la supervisión humana. Que, como los caballos o las ovejas, no daba un paso si no se lo ordenaba un adulto. Cuando el tiempo se estanca, nuestro cuerpo y nuestra mente quedan como en suspenso. No tenemos nada que hacer. Sin embargo, no hay sensación más dura, irritante y ponzoñosamente fatigante que sentir en lo más íntimo de tu ser que estás encerrado y no tienes nada que hacer. Empezaron a sacudirme violentos temblores, y me puse en pie.

—¿Qué te pasa? —dijo mi hermano, que había levantado hacia mí sus ojos, perdidos, evidentemente, en los espacios imaginarios.

—Voy a darle a la niña las sobras del almuerzo —dije. Era una idea que acababa de ocurrírseme.

—Muy bien —dijo mi hermano dócilmente, y bajó la cabeza, lo que dejó al descubierto su delgada nuca, llena de mugre, pero de una belleza conmovedora—. Voy a buscar verduras.

—A ver si encuentras colinabos —le dije, y eché a correr cuesta arriba camino del granero sin esperarlo.

Los restos de nuestro almuerzo se habían helado y estaban pegados al fondo de la cazuela. Al verlo, vacilé, pero no abandoné mi plan. No tenía otra cosa que hacer. Y para nosotros, encerrados dentro del pueblo, todo estaba helado y pegado, y se resistía a ablandarse y recobrar el calor. Mientras regresaba corriendo, pensaba en lo lejos que estaban realmente de la blandura y el calor el camino adoquinado, los árboles sin hojas, el edificio de la escuela y mis compañeros, que se contoneaban enseñando las vergüenzas, como los animales.

La pesada puerta del almacén estaba entreabierta, y por ella entraba la luz en su interior. Me acerqué para echar un vistazo, y me quedé cortado al ver que, justamente al otro lado, la cara de la niña se destacaba iluminada por aquella luz blanca y polvorienta, de un modo poco natural. Me miraba fijamente con sus ojos hinchados por la falta de sueño. Y, más allá de sus estrechos hombros, el inefable cadáver seguía boca arriba. Pensé que se había alejado de la difunta porque empezaba a pudrirse y olía mal, en busca del aire puro que entraba por la abertura, y este pensamiento me revolvió las tripas. Empujé la puerta y, cuando estuvo lo suficientemente abierta, metí la cazuela por ella.

La niña, asustada, se levantó de un salto. Le hablé con una voz que sonó extrañamente ronca y tímida a causa de los nervios.

–Toma, cómete esto.

Pero ella inclinó la cabeza en silencio, asustada como un pajarillo. Insistí, y al notar que mi voz sonaba fatua y poco convincente, me invadió una sorda irritación.

–Tu madre ha muerto, ¿no? Venga, cómetelo.

Se tapó las orejas y mantuvo un obstinado silencio. Le volví la espalda abruptamente y me marché corriendo camino arriba al tiempo que me mordía los labios, enojado. «¡Qué tonta es, qué tonta es!», murmuré para mí, pero, en parte, despotricaba contra la chica porque, si hubiera parado de hacerlo, me habría echado a llorar. Sin duda, los últimos acontecimientos me habían trastornado.

De regreso en la plaza de la escuela vi que mis compañeros rodeaban a mi hermano, quien, en vez de ir cargado de colinabos, estaba en cuclillas y acariciaba lleno de entusiasmo a un perro de talla mediana, sucio y de aspecto más bien enfermizo, que tenía entre las piernas. El chucho apretaba el hocico contra su pecho con familiaridad y gimoteaba como si estuviera hambriento.

–¿Oye, de dónde lo has sacado? –La sorpresa me había dejado pasmado–. ¿Dónde estaba ese perro?

Tartamudeó algo ininteligible como respuesta. Su rostro oliváceo mostraba cierto asombro, pero también un orgullo y una alegría incontenibles.

–¡Está tan contento de haber encontrado al perro, que se ha quedado sin habla! –dijo Minami en tono burlón, aunque no podía ocultar una buena dosis de envidia–. Podríamos matarlo a palos y comérmolo.

Mi hermano irguió los hombros y abrazó al chucho. Levantó la cabeza y miró a Minami desafiante, con los ojos llenos de rabia y tensión.

–¡Mirad, mirad! –gritó Minami, que, ofendido por la hostilidad de mi hermano, exageraba su desprecio–. ¡Se ha pegado al perro y no lo quiere soltar! ¡Se le está poniendo dura la cosita de mear y se la va a meter al perro!

Mi hermano soportó las risas de nuestros compañeros, pero temblaba de ira y se mordía los labios.

–Llévatelo y dale pescado seco –dije, imperativo, con lo que les paré los pies a Minami y los demás–. No les hagas caso.

Reanimado, mi hermano guió al perro hacia el granero dirigiéndole cortos silbidos, y unos cuantos muchachos los siguieron. Minami me miró, esbozó una sonrisilla malévola y le dio una patada a una piedra con la punta de la bota. Los dos nos aburríamos y deseábamos que ocurriera algo, pero no teníamos energías para pelearnos.

El paso lento del tiempo y la tranquilidad que envolvía el valle nos ponían furiosos y empezaba a cansarnos. Necesitábamos que pasara algo. Lo que fuera, pero que nos devolviera nuestro verdadero ser y nos permitiera vivir intensamente, incluso el regreso de los campesinos. Habíamos forzado sus casas, las habíamos saqueado y vivíamos en ellas, pero ya no sabíamos si odiábamos o no a quienes nos habían abandonado.

A primera hora de la tarde, me dirigí al almacén para recoger la cazuela, pues la necesitaba para preparar la comida, a pesar de lo poco que me entusiasmaba hacerlo. La cazuela estaba vacía delante de la puerta. Miré al interior, y crucé brevemente la mirada con la de la niña, todavía cauta, pero menos temerosa. No nos dijimos ni una palabra. Después de almorzar, dividí las sobras en dos partes, le di una al perro, que restregaba la cabeza contra el muslo de mi hermano y no parecía tener ninguna gana de marcharse, y le llevé la otra a la niña del almacén. Desde la penumbra que había detrás de la puerta clavó los ojos en la cazuela. Pero no sacó la mano para cogerla. La dejé en el suelo y, como me pareció que debía de necesitar agua, me fui a llenar un cubo viejo a la fuente de la plaza.

Cuando volví, la niña rebañaba la cazuela. Le alargué el cubo, y aunque lo cogió sin decir palabra, todavía distante y recelosa, me fui de allí la mar de contento. En cuanto al perro de mi hermano, tras devorar las sobras de nuestro guisado, se lo estaba pasando en grande con los restos de comida que nuestros compañeros le habían guardado.

A la caída de la tarde, después que el tiempo pasara lentamente como una masa espesa por un colador, vimos a un niño que bajaba despacio por el estrecho camino que iba de la colonia coreana al fondo del valle y llevaba a la espalda un bulto envuelto en tela blanca. Era evidente que se trataba de mi adversario y que cargaba con un cadáver. Nos quedamos pasmados.

Observamos al muchacho coreano, cuyos fuertes músculos se tensaban a causa de la pesada carga. Al perder de vista su cabeza y el bulto blanco tras el edificio de la escuela, atravesamos un callejón húmedo, que apestaba a orines a causa de los tejados de paja de las casas que tenía a ambos lados, y salimos a la ladera cubierta de hierba que descendía al valle. Luego bajamos despacio al tiempo que el coreano lo hacía por el otro lado. Resultaba patente que había notado nuestra presencia, pero miraba al suelo con tozudez y nos ignoró hasta que llegó al prado llano, al lado del río, donde habíamos realizado el primer trabajo que nos encargaron en el pueblo.

Dejó entonces el bulto en la hierba, nos echó una rápida ojeada con aire molesto, salió disparado camino arriba y volvió a una velocidad impresionante con una azada al hombro como si fuera una escopeta. Antes de que empezara a cavar en la tierra al lado del bulto blanco, al comprender sus intenciones, nos sentimos galvanizados. Enterraríamos a nuestro muerto como aquel muchacho hacía con el suyo. Intercambiamos febrilmente mudas miradas de interrogación.

–¡Oye! –dijo Minami–. ¡Vamos a enterrarlo nosotros también!

–Sí –dije, cada vez más decidido.

–Nosotros lo traeremos –dijo Minami, y añadió dirigiéndose a mí–: vosotros podéis ir cavando la fosa.

Asentí y nos fuimos corriendo a la casucha del vaquero, donde habíamos guardado las azadas. Mi hermano estaba en lo alto de un pequeño montículo, en cuclillas, y acariciaba el lomo del perro, que parecía asustado y desde que había visto al muchacho coreano no paraba de ladrar con el rabo entre las patas. Pusimos manos a la obra. Sabía que mi hermano se moría de ganas de ayudarnos, pero cuando ya habíamos cavado una buena porción de la fosa llegaron Minami y los demás trayendo a nuestro pobre compañero envuelto en una manta, y entonces el perro aulló como si lo estuvieran estrangulando y metió la cabeza entre las piernas de mi hermano, así que no pude llamarlo para que nos ayudara.

Por nuestra anterior experiencia como enterradores, sabíamos que hacía falta cavar una fosa ancha y profunda para sepultar un cuerpo humano. Minami y los demás dejaron en el suelo el cadáver, envuelto en la manta, cerca de la extensión de tierra removida que delataba el lugar donde habíamos enterrado a los animales, y vinieron a ayudarnos a cavar. Al otro lado del valle, levantando la azada con los brazos estirados hasta ponerla vertical, el chaval coreano cavaba la fosa para su cadáver.

Sudorosos a causa de nuestra gruesa ropa interior, y malolientes por la mugre rancia que se nos acumulaba en la piel, introdujimos el cadáver en la fosa, pero todavía no era lo suficientemente profunda. Lo sacamos de ella, con la manta sucia de tierra, y volvimos a darle a las azadas para agrandarla.

A este lado del valle, el trabajo tampoco parecía ir muy bien. Del fondo de la fosa que cavábamos empezó a brotar agua en abundancia. Pusimos el tieso cadáver en vuelto en la manta sobre el charco pardo rojizo, que crecía con rapidez. Dejé a Minami y los demás, que después de colocar al difunto en la fosa con el mismo cuidado que si plantaran bulbos se afanaban a cubrirlo de tierra, y fui a sentarme al lado de mi hermano, que estaba en cuclillas con el perro pegado a las rodillas. Desde el pequeño montículo donde estaba sentado, la tumba en que sepultamos a nuestro compañero y la fosa común que contenía los cuerpos de los animales muertos parecían el principio de una sucesión regular de sepulturas. Se me ocurrió que, a partir de allí, vendría una infinidad de sencillas tumbas colocadas a intervalos regulares para innumerables muertos. Con tantos campos de batalla por todo el mundo, moriría un número incalculable de soldados. Y aún sería mayor el de los hombres que tendrían que cavar las fosas para enterrarlos. En mi imaginación, la tumba que habíamos cavado se multiplicaba hasta cubrir el mundo.

Mi compañero yacía ahora en la tierra y el agua subterránea le empapaba la piel, las suaves membranas del ano y el pelo. Esa agua, después de empapar infinidad de cadáveres de animales, corría bajo la tierra y era absorbida finalmente por las raíces de las plantas...

Estaba agotado, y no quise pensar en ello. Me levanté y miré al otro lado del río. El chico coreano también había acabado su entierro. Se afanaba en levantar una piedra próxima a la fosa, que apenas podía rodear con los brazos. Comprendí su loable intención. O bien quería ponerla como losa, a modo de recuerdo de su difunto, o bien quería tapar con ella la tumba, por miedo a que el cadáver se levantara en mitad de la noche. En cualquier caso, se comportaba heroicamente, y mi corazón entristecido se conmovió. Bajé la ladera corriendo y le di unas palmadas en el hombro a Minami, que estaba tapando la tumba.

—¿Qué pasa? —dijo él, con la cara enrojecida por el esfuerzo.

—¡Mira! —Le señalé la ladera opuesta, pero la piedra y la hierba tapaban al chico coreano—. Las está pasando canutas. Vamos a echarle una mano.

Minami me miró atónito, pero me siguió cuando eché a correr sin darle más explicaciones. Salvé el arroyo de un salto y seguí corriendo por la pradera de la otra orilla. El muchacho coreano levantó su corpachón al vernos, se puso en guardia para repeler lo que suponía un ataque y nos miró desafiante mientras nos aproximábamos.

—¡Venimos a ayudarte! —grité, agitando los brazos—. Esa piedra pesa mucho, ¿no? Te echaremos una mano.

—¡No podrás moverla tú solo! —añadió Minami.

Los ojos profundos del coreano nos miraron suspicaces, y sus gruesos labios esbozaron un gesto de desconcierto. Nos acercamos a él con los brazos caídos, en señal de que no íbamos a atacarlo a traición. Se puso colorado, seguramente de vergüenza y excitación. Lo ayudamos a trasladar la piedra. Cuando quedó bien asentada sobre la tumba, los tres nos erguimos jadeantes y nos miramos. Nos sentíamos torpes e incómodos porque ya no teníamos nada que hacer y no sabíamos qué decir.

—¿Era tu casa la que tenía la bandera roja? —le preguntó Minami, con voz ronca por el esfuerzo y la turbación—. ¿Se había muerto tu madre?

—Mi padre —dijo el coreano con voz lenta y precisa—. Había muerto mi padre. Mi madre se escapó con la gentuza del pueblo.

—¿Por qué no escapaste con ella? —le preguntó Minami.

—Como mi padre estaba de cuerpo presente, no me marché —contestó.

—Claro, por tu padre —dijo Minami, como si no acabara de entenderlo, pero no hizo ningún comentario. El muchacho coreano apartó los ojos de él y los entornó para contemplar mi nariz enrojecida e hinchada. A mi vez, miré complacido los distintos moratones de su cara ancha y plana. Los labios de mi adversario de la otra mañana esbozaron una sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté atropelladamente.

—I.

Agachó la cabeza para ocultar la amplia sonrisa que afloraba a sus labios. Calzaba sandalias de paja trenzada, sin calcetines, y con la punta de la del pie derecho trazó el ideograma de su nombre, para enseñarnos cómo se escribía, sobre la tierra todavía blanda de la tumba.¹

—¡Ah! —exclamé, sin comprometerme, aunque la verdad es que me hubiera gustado decirle que estaba admirado por la belleza de los trazos del sencillo ideograma que había escrito—. ¿I se escribe así?

—Lo de la otra mañana por mí está olvidado —dijo, sin atreverse a mirarme a los ojos.

—Por mí también —dije.

Nos miramos francamente y nos reímos sin saber por qué. Me di cuenta de que I me caía bien.

—Vosotros también habéis enterrado a alguien, ¿verdad? —le preguntó I a Minami sin más preámbulos, con la familiaridad que da el hecho de formar parte de la especie humana—. ¿Quién era el muerto?

¹ En japonés es muy elevado el número de voces homófonas, que en la escritura se distinguen por un ideograma o grupo de ideogramas propio de cada una de ellas. Por eso es costumbre escribir el ideograma de aquellas que pueden inducir a confusión: I, además de ser un nombre, puede significar «estómago» o «voluntad». (N. del T.)

–Un compañero.

–¡También ha muerto una mujer, en el almacén! –exclamé, al recordarlo de pronto–. Total, que han muerto tres personas en este pueblo.

–¡La refugiada del almacén! –exclamó I, evidentemente interesado–. ¿La habéis enterrado ya?

–Todavía no –dije.

–Los que mueren de una epidemia, si no los entierran enseguida, pueden contagiar a los vivos –dijo Minami, autoritario–. Se lo oí decir a un celador.

–Es que su hija no se aparta de su lado –comenté–. ¿Cómo vamos a convencerla de que nos deje enterrarla?

–¡Conozco a esa niña! –gritó I, mostrando su blanca dentadura, al tiempo que sus ojos brillaban de orgullo–. ¡Voy a hablar con ella!

–¡Entonces, vamos a enterrarla! –dijo Minami tratando de imitar la voz de I–. ¡Nosotros enterramos lo que sea!

Con I entre Minami y yo salvamos el arroyo y regresamos donde estaban nuestros compañeros, que no ocultaban su sorpresa. Me encargué de que cavaran una fosa adecuada para el cadáver de la refugiada. I y Minami fueron a buscarlo acompañados por la mitad de los muchachos. Subieron corriendo por la empinada pendiente, dando alaridos como los indígenas de una tribu salvaje, y su ascenso estuvo jalonado por innumerables caídas y traspies a causa de lo resbaladizo de la hierba, sembrada de hojas muertas y ramas secas.

Como ya nos habíamos acostumbrado a cavar tumbas, la tarea se hizo con facilidad. Trabajamos divididos en dos grupos: los que manejaban la azada y los que sacaban la tierra. Si salían bichos de la tierra, los aplastábamos inmediatamente de un pisotón. I y los demás debían de tener dificultades para convencer a la niña sentada junto al cadáver tendido en el almacén, porque tardaban en volver. Pasado un buen rato, se oyeron gritos procedentes del camino adoquinado. Dejé los últimos toques del trabajo a mis compañeros y subí por el sendero, donde empezaba a secarse el barro que se había formado al deshelarse la escarcha.

Al cabo, mis compañeros aparecieron por el camino adoquinado. Minami y unos cuantos más llevaban a hombros el cadáver envuelto en una manta y una tela blanca, como si trasladaran a una ternera que se hubiera roto una pata y no pudiera moverse. Los que no soportaban directamente su peso ayudaban a los demás estirando los brazos cuanto podían. A cierta distancia los seguían la niña, que no apartaba los ojos de los restos mortales de su madre, e I, que se inclinaba hacia ella y le hablaba. El cortejo pasó ante mí. Y llegó la niña, pálida, con los labios cortados y los ojos anegados en lágrimas. Pasó sin prestarme atención, con la vista fija en el cadáver de su madre y los hombros temblorosos a causa de los sollozos.

–Mira, no hay más remedio, está muerta –le decía I en tono afectuoso y consolador–. Tu madre ha muerto, ¿no? Huele mal, hay que enterrarla.

Bajé por la ladera detrás de la comitiva. Nuestros compañeros cavaban en silencio con todas sus fuerzas. Tal vez por respeto a la niña, Minami y los demás se detuvieron a cierta distancia y siguieron sosteniendo el cadáver sobre sus hombros. La niña se detuvo en lo alto de la ladera, sin hacer caso de las llamadas de I para que se acercara a la tumba, y se sentó. Desde allí siguió los trabajos llorando y gimiendo temblorosa. Con la pericia de expertos enterradores, mis compañeros depositaron el cadáver en la fosa y lo cubrieron con tierra. La niña lloraba con la cabeza entre las rodillas. I y yo nos acercamos a ella, pero, como no sabíamos qué hacer, al final bajamos a ayudar a los demás.

–¿Ponemos piedras encima? –le preguntó Minami a I cuando nos acercamos–. No sé qué se hace después de enterrar a los muertos, ¿sabes?

–Apisonad la tierra –dijo I–. Apretadla a pisotones.

Titubeamos. Pero al final nos dividimos en tres cuadrillas, nos subimos, un tanto vacilantes, a los blandos montones de tierra y empezamos a pisotearlos con los brazos cruzados. Mi hermano también participó, incapaz de quedarse al margen, y se unió a los que pisoteaban la fosa de los animales.

Cuando empezamos a pisotear los montones de tierra como nos había dicho I, en los cuatro puntos cardinales del valle las montañas se tiñeron de un intenso color rojo oscuro; sólo el cielo del atardecer seguía iluminado por el sol sobre el silencioso pueblo. El súbito crepúsculo confirió una especie de solemnidad al trabajo de apisonar las fosas. Era algo similar a la insoportable imagen de la «muerte» que venía a visitarme sólo de noche, me hacía respirar angustiosamente y me empapaba la piel de sudor. Proseguimos nuestra tarea con renovado entusiasmo.

Por miedo a la resurrección de los muertos, los primitivos japoneses les doblaban las piernas bajo el tronco y cubrían las tumbas con pesadísimas losas de piedra. Y nosotros, temerosos de que nuestro difunto compañero surgiera de la tierra y campara a sus anchas por el pueblo donde nos habían dejado abandonados y bloqueados, pisábamos la tierra con toda la fuerza de nuestras piernas.

Y de repente, sin saber cómo ni por qué, formamos un estrecho anillo apretando nuestros cuerpos y enlazando nuestros brazos, y pisoteamos en silencio la tierra, envueltos primero por el aire fresco de la noche cada vez más cerrada, luego por las ráfagas de fría niebla que trajo consigo y, por fin, por el gélido viento invernal que la disipó. Empezaba a formarse entre nosotros, un grupo de niños perplejos, un firme lazo de unión. Bajo la delgada capa de tierra, que conservaba mejor el escaso calor del día que la niebla o nuestra piel de gallina, yacían los muertos, con las piernas muy juntas y los brazos pegados al cuerpo, con sus fríos ojos ocultos bajo sus párpados muertos, con reptantes larvas mordisqueando ya la carne entre sus muslos.

Nos asustaban igual que si fueran pájaros que echaran a volar a nuestros pies, pero estábamos más cerca de ellos que de los adultos que nos apuntaban con sus armas desde la otra ladera del valle, parapetados tras la barrera, de aquellos cobardes adultos del «exterior» que nos privaban de nuestra libertad. La noche había caído, y como no había nadie que saliera corriendo de aquellas hileras de casas muertas para llamarnos con voces cariñosas, seguimos pisoteando la tierra durante largo rato con los brazos estrechamente entrelazados.

Al día siguiente, cuando le llevé las sobras del desayuno, la niña estaba tomando el sol en los escalones de piedra delante del almacén. Por primera vez, cogió la cazuela cuando se la ofrecí, y un agradable calorcillo inundó todo mi cuerpo. Pensaba quedarme a su lado mientras desayunaba, pero pasaba el tiempo y no probaba bocado.

–Puedes venir al granero a comer, si quieres –le dije al fin con rudeza, y me marché sin esperar respuesta.

Llegó la hora de la comida, pero la chica no se presentó. Le llevé las sobras, acompañado por mi hermano y el perro. Mientras estuvimos a su lado, permaneció con la cabeza gacha y acarició el lomo del perro con sus dedos finos y cortos. Volví al granero muy contento de que la niña se fuera acostumbrando a mi presencia.

Como hacía bastante frío, a primera hora de la tarde encendí el hogar y me tumbé al lado. Mi hermano vino a despertarme, muy agitado. Acuciado por su voz, casi incoherente por la emoción, salí corriendo al camino adoquinado. El sol todavía estaba alto.

–¡Nos llama I! –gritaba mi hermano, y con cada grito soltaba una rociada de perdigones por las comisuras de los labios–. ¡Dice que nos va a enseñar el soldado!

–¿Qué soldado? –le respondí también a gritos, contagiado de su frenesí.

–¡El soldado, el soldado que se fugó!

Bajé corriendo por el camino en pos de mi hermano. I estaba en la plaza de la escuela, y su cara sanguínea, redonda como un caqui maduro, enrojecía cada vez más de excitación. Y Minami y los demás estaban incluso más excitados que él.

–¿De verdad es el soldado? –le pregunté a I, jadeando, cuando llegué.

–Juradme que no se lo diréis a los del pueblo –dijo I. Su voz sonaba temerosa y llena de suspicacia–. No romperéis vuestra palabra ni me traicionaréis, ¿verdad?

–¿De verdad es el soldado? –repetí, enfadado porque no me había contestado.

–Juradme que no se lo diréis a nadie –repetió I.

–No somos chivatos, y si alguien se chivara, se arrepentiría –dije, y paseé la mirada por los rostros de mis compañeros. Luego añadí, con voz tonante–: ¡Venga, juremos todos que no nos chivaremos!

Todos juramos al unísono guardar silencio. Minami, con voz aguda a causa de la ansiedad y la irritación, le dijo en tono amenazador a I, que seguía desconfiando:

–¡No sigas tratándonos como a perros, o te arrepentirás!

I asintió, como si hubiera tomado una decisión irrevocable, y nos fuimos en grupo camino del río. Tenso, como si empezara a arrepentirse de habernos revelado su secreto, I no respondía a nuestras preguntas. Sin embargo, no paramos de interrogarlo mientras descendíamos hasta el río, cruzábamos el puentecillo y subíamos el sendero que llevaba a la colonia coreana. Me acordé de los cadetes formados al lado del camión que habían venido a buscar al desertor, y las aviesas intenciones de los campesinos armados con lanzas de bambú que habían batido el bosque. Debía de haberle sido muy difícil escapar de ellos y llegar hasta el valle en su huida.

–¿Dónde encontrasteis al soldado? –le pregunté a I, a quien acompañaba pasándole un brazo por el hombro, en voz alta, para dominar las de mis compañeros que le hacían la misma pregunta–. ¡Dímelo, venga!

–No lo sé, de veras –me respondió con voz entrecortada–. Ya hace tiempo que se refugió en nuestra colonia. Durante el día duerme en la mina, y por la noche sale a comer.

–¿Así que ahora está en la mina? –le preguntó Minami.

–No, como se ha ido todo el mundo, se vino a vivir a mi casa.

–¿Qué hace? –le preguntó mi hermano, lleno de excitación–. Dime, ¿qué hace?

–¡Ahora lo veréis! –dijo I, irritado, y se calló.

La colonia coreana era aún más mísera que la aldea, y sus bajas casuchas parecían chozas. Allí el camino no estaba adoquinado, y el polvo se levantaba del seco suelo. Y como el bosque crecía inmediatamente detrás de las casas, algunas ramas muy largas de los abetos llegaban hasta la calle. Con la garganta seca a causa de la expectación, caminábamos obedientes en pos de I levantando nubes de polvo.

Al final de la hilera de casas, I se detuvo delante de aquella en que habíamos visto la bandera roja, frente a una puerta baja de doble hoja deformada y carcomida, y nosotros lo imitamos. Entonces I hizo una señal casi imperceptible para indicarnos que no lo siguiéramos y se fue por un estrecho callejón hacia la parte trasera de la casa. Esperamos. De pronto, se abrió una hoja de la puerta e I asomó la cabeza y nos dijo, con voz solemne y grave:

–Pasad.

Entramos en el zaguán y, al acostumbrarse nuestros ojos a la penumbra, vimos a un hombre acostado sobre un tatami que se incorporaba lentamente. Lo contemplamos conteniendo la respiración. Como no cabíamos todos en el zaguán, algunos se agolpaban a la puerta para mirar. El hombre volvió la cabeza hacia I, que estaba a su espalda. Teníamos los ojos clavados en su garganta, lívida y sin afeitado, que se movía en la semioscuridad.

–No temas –dijo I para disipar su recelo–. Son amigos, no te delatarán. Han jurado que no dirán nada.

La masa de ardiente ansiedad que llenaba mi pecho se derritió, y sentí una amarga decepción. Aquel hombre carecía del romántico encanto de los cadetes. No se insinuaba un trasero duro y sensual bajo su pantalón, ni tenía cuello de toro, ni sus mejillas eran azuladas y estaban bien afeitadas. Al contrario, el rostro de aquel hombre hoscamente silencioso y de edad incierta estaba macilento y mostraba claras señales de agotamiento. Y, encima, en lugar de aquel uniforme rutilante, rebosante de sensualidad, llevaba un vulgar chaquetón de faena.

–Miradlo un poco y salid para que puedan entrar los otros –dijo I, como si enseñara un conejo domesticado a sus amigos y quisiera volverlo a meter en su jaula enseguida–. Está hecho polvo, y no quiere que os paséis toda la tarde mirándolo.

Sin hacer caso de nuestras miradas, el silencioso soldado volvió a tumbarse en el tatami. Salimos sin decir palabra para dejar sitio a nuestros compañeros que pugnaban por entrar. Fuera soplaba un vientecillo fresco, que contrastaba agradablemente con la atmósfera cargada del interior de la casa,

que olía a animales domésticos. Decepcionado, me llené los pulmones de los efluvios de bosque que traía el viento.

Sin embargo, mis compañeros más jóvenes estaban emocionados y contentos de poder ver al desertor. En cuanto salían, volvían a ponerse en la cola, detrás de sus no menos excitados compañeros, para contemplarlo de nuevo. Me indignaba oír sus tontos comentarios acerca de su fuga, llenos de entusiasmo e interrumpidos por profundos suspiros de admiración. El frío insidioso del desencanto se filtraba por todos los poros de mi piel.

Le hice una seña a mi hermano para que volviéramos a la aldea, pero estaba hablando del soldado con nuestros compañeros. Todos tenían los ojos brillantes. Estaban fuera de sí por la emoción.

–Lo atraparon los coreanos –explicaba uno de ellos con voz entrecortada por la emoción–. Se pusieron de acuerdo para hablar en coreano, y la policía no se enteró.

–¡Hay que ver cómo se escapó de los que lo buscaban! –añadió otro–. ¡Y eso que son expertos en la caza del jabalí!

–¡Se escapó! –gritaba mi hermano con voz aguda–. ¡Se escapó...!

Minami salió de la casucha rascándose la culera de los pantalones con gesto de desagrado. Emprendimos juntos el camino de vuelta al pueblo. Mientras bajábamos de la colonia coreana al río, Minami torcía los labios, como indignado.

–¡Qué putada! ¡Vaya tío desgraciado! ¡Qué desilusión!

–Aunque sea cadete –dije–, tiene pinta de cobarde, ¿no?

–Sí –asintió Minami–. No había visto nunca un cadete así.

–¿Te acostarías con él?

–¡Ése me daría menos gusto que una gallina!

Tenía el ceño fruncido, y sus ojos mostraban desprecio y asco. Luego se rió sin ganas. Esperamos en el puente que bajaran mi hermano y el resto de nuestros compañeros, pero pasaba el tiempo y no venían.

–Voy a volver, a ver qué pasa –dijo de pronto–. Me intriga su tardanza.

Indignado por su actitud, lo seguí con la mirada mientras corría cuesta arriba, camino de la colonia coreana. Luego me encogí de hombros y subí por la otra ladera hasta llegar a la plaza.

La niña estaba sentada delante del almacén con las manos en las rodillas. Me acerqué para aliviar mi soledad. Callada como siempre, levantó hacia mí sus ojos tristes, de color pardo grisáceo. Me arrimé a la pared del almacén y nos miramos durante un rato sin decir nada.

–Oye –dije al fin, después de tragar saliva–. ¿Sabes lo del soldado desertor?

La niña siguió callada, como si no me hubiera oído.

–Bueno, a lo mejor eres sordomuda –le dije, y me encogí de hombros.

Bajó la vista. Las sombras de sus espesas pestañas se alargaron y cayeron sobre sus ojos. Eran unas sombras azuladas, como las de las hojas y la hierba.

–Te invito a cenar en el granero –le dije–. Venga, vamos.

Me miró, pero no hizo ademán de seguirme. Me incliné y la cogí de un brazo para levantarla, y al punto me arañó con una fuerza increíble. Contrariado, me enderecé y me marché sin insistir.

Al llegar a la plaza de la escuela miré atrás, y vi que me seguía como un perrillo faldero. Estaba completamente desconcertado, y un poco hartado. Pero me alegraba que viniera conmigo. Fingí que no la había visto, volví al granero y esperé su llegada.

Cuando empezaba a cansarme de esperarla, entró en el granero detrás de mi hermano, que estaba muy agitado. Repetía una y otra vez, entusiasmado, que el desertor había salido finalmente de casa de I y había cambiado con ellos unas cuantas palabras. La niña se sentó al lado del hogar y no se ofreció a ayudarnos a preparar la cena. Con gusto le hubiera echado una buena bronca a los dos.

Sin embargo, durante la cena empezamos a intimar los tres. La niña comía con apetito, y al masticar movía graciosamente el cuello negro de mugre. Y miraba asombrada a mi hermano, que le daba de comer al perro de su boca.

–Oye –me dijo de repente mi hermano, al ocurrírsele la idea–, hay que ponerle nombre al perro.

–Se llama Oso –dijo la niña.

La miré, sorprendido. Ella también parecía sorprendida y excitada. Al llamarlo mi hermano por aquel nombre, el perro empezó a menear el rabo con todas sus fuerzas. Mi hermano y yo nos reímos, y la niña soltó a su vez una tímida risita. Aquello me había levantado el ánimo, y me reí durante un buen rato.

—¿Es tuyo este perro? —le preguntó mi hermano, preocupado. Ella negó con la cabeza. Aliviado, añadió—: Es manso, ¿verdad?

Me habría gustado decirle algo a la niña, pero no se me ocurría nada interesante que contarle. Y, además, me picaba la garganta y me costaba pronunciar las palabras. Así que renuncié a la conversación y me limité a procurar que ardiera un buen fuego delante de ella. Teníamos el estómago lleno, el fuego ardía alegremente en el hogar y calentaba nuestras mejillas, y tanto nosotros como el perro nos sentíamos la mar de felices. Lo único que empañaba mi felicidad era que mi hermano no paraba de hablar del desierto.

A partir de la mañana siguiente, nos acostumbramos a ir a buscar a la niña al almacén antes de cada comida. Después nos íbamos juntos a la plaza de la escuela. Ella se sentaba silenciosa, un poco apartada, a la sombra de los árboles, pero nunca dio muestras de querer volver al almacén.

AMOR

Al día siguiente, por la tarde, se levantó viento, y aunque el cielo estaba despejado, el frío se intensificó. Los arbustos de las laderas del valle, que ya empezaban a tener brotes, y la maleza al pie de los desnudos árboles brillaban al ser agitados por el viento. Encendimos una hoguera en la plaza de la escuela; el humo azulado del fuego no llegaba al cielo, pues era dispersado enseguida por el viento; mientras unos hacían corro a su alrededor, abrazándose las rodillas, otros daban vueltas a la plaza con los hombros caídos y la cabeza gacha. Habíamos contemplado tanto tiempo el paisaje que rodeaba el pueblo, centrado por la torre de vigilancia contra incendios, que lo teníamos grabado en nuestra mente y nos aburría incluso mirarlo sin prestarle atención, sólo por hacer algo; por eso procurábamos pasar el rato sin fijar la vista en nada, sentados inmóviles o paseando de un lado para otro. Todos nos dábamos cuenta de que nos consumíamos y nos reconcomíamos por estar encerrados en aquel pueblo. El cansancio, la indiferencia y la falta de energía moral para soportar aquella situación eran las principales manifestaciones del estado de ánimo que se había apoderado de nosotros.

Por eso, cuando llegó I, acompañado por el soldado, mis compañeros salieron de su marasmo y los rodearon llenos de excitación. También me acerqué, a regañadientes. El soldado tenía mejor aspecto que el día anterior, cuando lo vimos en la penumbra. Sin embargo, después de dejarse caer junto a la hoguera recorrió nuestras caras inquisitivas con unos ojos débiles e inyectados en sangre como los de una liebre.

–Fuimos a ver la vía de la vagoneta –explicó I–. Tal como está ahora, nadie puede venir al pueblo a buscarlo. Lo hemos comprobado.

Nos dimos cuenta de que el soldado había sacado provecho del bloqueo del pueblo. Bajó la cabeza, incapaz de soportar nuestras miradas.

–Si te cogen... –empezó a decirle mi hermano, tímidamente, pero el soldado permaneció en silencio.

–... te harán un consejo de guerra –dijo I, para animarlo.

–... te pegarán un tiro –dijo Minami, cáustico–. Te dejarán seco donde estés.

Minami estaba terriblemente enfadado. El soldado levantó hacia él los ojos, cargados de tensión. Esperábamos que se levantara y la emprendiera a golpes con él, pero se limitó a mirarlo, desconcertado como un chiquillo.

–¡Uf! –gruñó Minami, y se encogió de hombros.

–Este tío sabe escaparse. No lo cogerán nunca –dijo I.

–No lo cogerán nunca –repitió mi hermano–. ¿Verdad que no dejarás que te cojan?

El soldado se quedó mirando a mi hermano. Evidentemente, aquellas palabras lo habían reconfortado. Pero me repatea que los adultos se dejen consolar por los niños, así que lo miré con rabia, como Minami.

–¿Mataste a alguien durante tu fuga? –le preguntó otro compañero.

–No ha matado a nadie ni ha disparado contra nadie, ¿verdad? –respondió I, que, evidentemente, conocía los pormenores de la fuga del soldado.

–No –contestó el interpelado, que hasta entonces no había abierto la boca.

–Lo único que hizo fue salir de paseo y no volver –dijo I.

–¿No tenías ganas de volver? –dijo un compañero, y se ruborizó al punto ante la estupidez de su pregunta.

El soldado callaba.

–Pues me gustaría ser cadete –dijo el que había hablado antes, y todos callamos. Un melancólico deseo de lucir el uniforme de cadete se había apoderado de nosotros.

–Yo no quería ir a la guerra, ni matar a nadie –dijo de pronto el soldado, como si se liberara de un gran peso.

Esta vez estuvimos más tiempo callados, pues aquellas palabras nos incomodaban terriblemente y nos causaban un sentimiento de rechazo. Hubimos de reprimir unas risitas burlonas que nos hacían cosquillas en la piel del estómago y los costados.

–¡Pues yo quiero ir a la guerra y matar! –exclamó Minami.

–A vuestra edad no podéis comprenderlo –dijo el soldado–, pero algún día lo entenderéis.

Callamos, pues sus palabras no nos convencían. Además, aquel tema de conversación no nos interesaba. El perro, que estaba sentado entre las rodillas de mi hermano, se levantó de repente y fue a olerle las flacas rodillas al soldado. Éste le acarició la cabeza, distraído.

–¡Qué manso es!, ¿verdad? –dijo mi hermano, rebosante de alegría–. Se llama Oso.

–Leo me gusta más –dijo el soldado.

–¿Leo? –dijo mi hermano, dudó un momento, añadió–: Sí, le pondré Leo, porque es mi perro –y bajó la cabeza para evitar nuestras miradas de reproche.

Me habría gustado saber si la niña, apoyada contra un ciruelo en un rincón de la plaza, se había enterado del cambio de nombre del perro, pero no tenía manera de comprobarlo. Personalmente, me disgustó que mi hermano renunciara tan fácilmente al nombre que ella le había dicho.

–¡Leo, Leo! –repetía mi hermano, fascinado.

–Eres estudiante, ¿verdad? –le preguntó Minami al soldado.

–Sí –respondió–. Estudio humanidades.

–¡Me lo imaginaba! –dijo Minami, despectivo–. Un estudiante que vivía cerca de mi casa llamaba a su gato con un nombre así.

El soldado, aunque estaba claramente ofendido, ignoró aquella nueva muestra de desprecio por parte de Minami. Me alejé de ellos y me acerqué a la niña, que seguía sentada al pie del ciruelo.

–Tenía tanto miedo de la guerra, que se escapó –le dije. Permaneció en silencio–. No me gustan los cobardes. Cuando estás a su lado, apesta. A ti tampoco te gusta, ¿verdad?

Me miró confusa, y sonrió débilmente. Desconcertado, me fui silbando al granero.

Aquella noche, la luna brillaba intensamente. Como mi hermano se fue a cenar con I y el soldado al poblado coreano y se llevó al perro, la niña y yo cenamos solos. Después nos calentamos al amor de la lumbre, en silencio, mientras nuestros estómagos hacían tranquilamente la digestión. De vez en cuando, del bosque llegaba el chillido de un pájaro. Estaba malhumorado por la admiración que mostraba mi hermano hacia el desertor. Bostecé y solté algunas lagrimitas, y eso pareció contagiar a la chica, que estiró los brazos hacia adelante, cerró los puños con fuerza y bostezó a su vez. Parecía muerta de sueño.

–Tienes sueño, ¿eh? –le pregunté.

–Sí –respondió con voz débil.

–Yo no.

El oscuro cabello de la niña se curvaba hacia arriba alrededor de su fino cuello. Su cuerpo olía a paja rancia. Pensé que debía de tener la piel tan sucia como yo. Volvimos a pasar largo rato en silencio. Empezaba a preocuparme que mi hermano no regresara.

–Oye –dijo la niña de repente, y volvió su carita morena hacia mí.

–¿Qué?

–Tengo miedo.

–Claro, no me extraña.

–Tengo miedo –repetió, y torció los labios, a punto de echarse a llorar.

–¿Tienes miedo porque te han dejado sola en el pueblo con nosotros?

–Tengo miedo –repetió.

–Todos tenemos miedo –dije, irritado–. Estamos asustados, pero no podemos hacer nada. Nos han bloqueado.

–Ve a buscar a la gente del pueblo, por favor –me pidió, implorante.

Confuso, no supe qué decirle.

–Ve a buscar a la gente del pueblo, por favor –repetió.

–No puedo –le dije secamente–. No quieren saber nada de nosotros.

–Tengo miedo –repetió, y, tras hundir la cara entre las rodillas, se echó a llorar.

Permanecí callado, sin hacer caso de sus lloros, pero sus persistentes sollozos me incomodaban y me irritaban cada vez más.

–Aunque fuera a buscar a los del pueblo, no vendrían –le dije al fin–. Además, si volvieran, matarían al soldado.

La niña siguió sollozando. Una idea descabellada empezó a crecer dentro de mi mente. Me mordí los labios. De repente, me levanté y saqué del morral el mapa que me había dado el médico. La vía que cruzaba el valle y el camino que llevaba a su casa estaban dibujados someramente.

–Voy a pedirles que dejen que te vayas con ellos –le dije a la niña, que me miraba con la cara llena de lágrimas–. Voy a pasar al otro lado del valle para pedirselo. –Y añadí, con brutalidad–: ¡Deja de lloriquear!

Salí al camino adoquinado, iluminado por la luna. Jirones de niebla helada bailaban impulsados por el viento. La niña me siguió, pero no volví la cabeza para mirarla. No sabía si podría alcanzar la otra ladera del valle, pero quería que aquel hatajo de desgraciados que nos habían abandonado acogieran a aquella niña maloliente y llorona. No podía soportar verla llorar.

Cuando salimos del bosque, la vía, húmeda por la niebla, brillaba a la luz de la luna. A lo lejos se divisaba la masa oscura de la barrera. No había luz en el cobertizo desde donde vigilaban la vía el día en que descubrimos que estábamos bloqueados. Me volví y le dije a la niña, que se mordía los labios, azules a causa del frío:

–Espérame aquí. Voy a explicarles lo que te ha pasado.

Cuando empecé a avanzar por las traviesas, procurando no resbalar, un viento gélido que arrastraba jirones de niebla, procedente de las profundidades del valle, azotó mis mejillas y me cortó la respiración. Muy abajo, el río, que brillaba débilmente y producía un sordo rumor al chocar contra las rocas, parecía querer tragarme como un remolino. Avancé encorvado, para ofrecer menos resistencia al viento, de traviesa en traviesa. El súbito impulso que me había llevado a dar aquel paso se desvaneció, y comprendí que cometía una estupidez, pero ni por un momento pensé en volver atrás. Con los párpados entrecerrados, para que el viento no me hiciera llorar, concentraba toda mi atención en pisar exactamente en el centro de las traviesas.

La vía me pareció larguísima y el viento era muy fuerte. Cuando llegué delante de la barrera de tocones, haces de ramas, tablones, traviesas y piedras estaba tan cansado, que no me habría costado nada echarme a dormir, y tenía sed. Comprobé que la barrera era muy larga y tardaría una eternidad en deshacerla, y que si me encaramaba a ella podía desmoronarse. Miré debajo de las traviesas. No había otra manera. Me puse derecho y metí mis manos heladas en el pantalón, para calentármelas en las ingles. A medida que recuperaban el tacto, mis dedos iban notando la presencia de mi pene, encogido y arrugado de frío y miedo.

Me puse de rodillas en una traviesa, arqueé la espalda hasta agarrarla con las manos, solté las piernas y me dejé caer. Al instante siguiente, mi cuerpo colgaba en el gélido vacío del valle, sostenido sólo por las manos. El viento helado me azotó, el frío me dejó aterido, y sentí una terrible sensación de soledad. Pero no podía dejarme vencer por ellos. Pasé de una traviesa a otra contoneándome como una gamba que empezara a cocerse en un puchero.

Exhausto, puse las manos en la última traviesa y, con un jadeo que parecía un chillido, me icé hasta poner los codos en la escarcha cristalizada que la cubría y me dejé caer, derrengado y jadeante, sobre ella. Pero no podía quedarme a descansar allí, a plena luz de la luna. Si había alguien en el cobertizo y me veía, me volaría la cabeza de un tiro. Recorrí encorvado y jadeante la corta distancia que me separaba de la estrecha plataforma de piedra y, una vez allí, corrí a ocultarme entre los oscuros arbustos, lejos de la luz de la luna. Avancé lo más rápidamente que pude por un bosque bastante claro de robles y castaños, y, cuando me disponía a sacar el plano, que llevaba en el bolsillo de la camisa, apareció ante mí una aldea silenciosa, iluminada por la luz de la luna. Surgió de repente, como todas las aldeas que habíamos encontrado a lo largo de nuestro peregrinar.

Bajé por un camino empedrado con cantos rodados y llegué a la aldea. Todo recordaba en ella el pueblo en que nos habían abandonado: las mismas casuchas miserables, el mismo camino bordeado de árboles, las mismas callejuelas adyacentes. Sin embargo, había una sutil diferencia en el

ambiente que me asustaba. Allí vivía gente. Allí vivían extraños. La aldea estaba silenciosa, y llegaba hasta mí el rumor de los animales domésticos al agitarse en el interior frío y oscuro de los corrales, al fondo de las casas. Caminaba bajo la luz de la luna, y dejaba una corta sombra a mi paso. En aquellas casas dormían quienes nos habían encerrado y habían puesto gente a vigilarnos. El miedo y una violenta agitación recorrían todas las fibras de mi cuerpo aterido. Me mordí los labios y me puse a buscar la casa del médico con toda mi alma, para evitar salir huyendo a la carrera.

Encontré la casa del médico, que era de estilo occidental, y llamé a la puerta, que tenía paredes de cristal opaco y lleno de bultitos, como si hubiera tenido la viruela. Retrocedí un paso y, a la luz de la luna, contemplé aquella puerta, tan insólita en una aldea remota, perdida entre las montañas. Al otro lado se encendió una luz, y una figura se acercó rezongando. Entreabrió la puerta, y por la rendija apareció la cabeza calva y orejuda del médico que había visto salir del almacén. El miedo que mostró al verme no era menor que el que yo sentía. Pensé que debía decir algo, pero se me hizo un nudo en la garganta y casi me puse a llorar.

–Bien –dijo el médico con un tono de voz que trocó inmediatamente mi timidez en una rabia que me costaba contener–, ¿a qué has venido?

Lo miré en silencio, con los ojos muy abiertos. La cara redonda y gorda del médico tenía una expresión de horror que me enfureció aún más.

–¿A qué has venido? Como te pongas violento, gritaré pidiendo auxilio.

–No voy a ponerme violento –dije con voz ronca por el esfuerzo de contener la ira–. No he venido a discutir.

–¿A qué has venido? –repitió.

–Dejaron abandonada a la hija de la mujer que murió en el almacén. Quiere marcharse, vaya por ella.

El médico me miraba como si me auscultase. Su expresión de horror se fue convirtiendo en otra de profunda sorpresa, y se quedó boquiabierto, mostrándome sus encías rosadas y brillantes por la saliva.

–Vaya a buscarla, por favor –le pedí de nuevo, implorante.

–¿Cuántos enfermos hay? ¿Cuántos han muerto? –me preguntó.

–¿Qué? –exclamé, sorprendido–. No hay ningún enfermo. No ha muerto nadie. La niña también está bien. No hay ninguna epidemia.

El médico me miró con más atención.

–Si cree que miento, auscúlteme. Voy a desnudarme, para que pueda comprobarlo.

–No hables tan alto –dijo el médico–. ¿Quién te ha dicho que voy a auscultarte?

Quitó el dedo del botón de la camisa que iba a desabrocharme para desnudarme. Al médico no le importaba que estuviera sano o enfermo.

–¿No es médico? ¿No es su trabajo ver si la gente está enferma?

–¡No seas descarado! –exclamó, airado–. ¡Lárgate y no vuelvas por aquí!

–¡Creí que les diría a todos que no nos hemos puesto enfermos! ¡Usted es médico! –El rostro me ardía de indignación–. ¿Sólo se le ocurre echarme?

–¡Largo! –insistió el médico–. ¡Como se enteren los del pueblo, te arrepentirás! ¡Deja de molestarme! ¡Lárgate!

Alcé los hombros, desafiante. El médico abrió la puerta y salió. Llevaba una gruesa pelliza.

–¡Márchate y no vuelvas! –dijo con voz irritada, y me retorció el brazo izquierdo.

Solté un gritito de dolor y traté de liberarme de su presa, pero la mantuvo, firme como una roca.

–Si se enteran los del pueblo de que rondas por aquí –me amenazó–, te matarán. Así que voy a hacer que vuelvas al otro lado.

Con la mano izquierda me agarró por el cogote, y de esta guisa me arrastró sin contemplaciones. No podía defenderme, y el cuerpo me ardía de ira. Aquella situación era humillante, pero no podía hacer nada por evitarla. Si intentaba resistirme, el médico me hacía avanzar a patadas.

–¡Me da asco! ¡Es médico, pero no hace nada por ayudarnos! –le dije con la poca voz que podía emitir mi aprisionada garganta.

La mano del médico apretó más todavía, y sentí una dolorosa sensación de ahogo. Me arrastró largo rato hasta que, por fin, me arrojó al suelo de un empujón delante de la vía. A gatas sobre la fría piedra, levanté la vista hacia el corpachón del médico, cuya silueta se destacaba contra el bosque, iluminado por la luna. Era la encarnación de la fuerza y el poder.

–¡A usted y a los del pueblo les gustaría que nos muriésemos todos! –le dije. Me sentí humillado, porque mi voz me sonó débil y acobardada, pero si me hubiera quedado callado en el suelo, todavía me habría sentido más humillado–. ¡Son despreciables!

El médico se inclinó hacia delante y sentí un golpe tremendo en un costado, como si me hubieran dado una coz. Grité y rodé para evitar la siguiente patada, que preparaba echando la pierna atrás. Trató de perseguirme, vengativo. Dando gritos de pánico, bajé gateando hasta la vía y anduve como pude por ella.

Estaba exhausto. Pero al ver que el médico se agachaba a coger piedras para tirármelas, comprendí que no podía detenerme. Me arrastré por la vía, asiéndome a las traviesas con los dedos temblorosos por el pánico y lleno de ira por verme en una posición tan humillante, hasta llegar a la barrera; una vez allí, volví a colgarme de las traviesas.

Al llegar al otro lado, después de tan tremendo esfuerzo, apenas tuve fuerzas para izar me; cuando lo conseguí, me quedé sentado jadeando violentamente; el corazón parecía ir a salirse del pecho. Y entonces me invadió un violento acceso de ira. Me había cortado los dedos y la sangre goteaba. Aunque tuve la impresión de que oía pasos a mis espaldas, no volví la cabeza y contemplé el otro extremo de la larga vía, alumbrado por la luna. En las oscuras sombras del cobertizo vi la carita blanca de la niña, que me miraba.

Me puse en pie y caminé por las traviesas forzando a mis doloridas rodillas, que se resistían a obedecerme. Cuando puse el pie en el estrecho rellano de piedra del lado donde estábamos irremediamente atrapados, la niña salió del cobertizo de un salto y me miró con unos ojos muy brillantes, como si tuviera fiebre. Nos contemplamos mutuamente, sin decir nada, durante largo rato. La ira hacía estremecer todo mi cuerpo. Jadeando con fuerza, me liberé de la intensa mirada de la niña, que parecía envolverme como una red, y eché a andar. Me siguió, pero le costaba mantenerse a mi altura, porque su paso no era tan vivo como el mío.

¡Qué hijos de puta, qué hijos de puta!, repetía mentalmente mientras andaba. El cuello todavía me dolía donde lo había oprimido la garra del médico. ¡Qué humillante había sido comprobar mi impotencia ante su mezquindad y su fuerza bestial! No podía hacer nada contra aquella gentuza. Aceleré el paso más y más. La niña me seguía ahora corriendo, jadeante. Con voz entrecortada por el esfuerzo, musitaba algo una y otra vez, pero no presté atención.

Salimos del bosque, descendimos por el camino adoquinado, iluminado por la luz de la luna, y pasamos ante las casas donde dormían mis compañeros hasta llegar al almacén. Los dos nos quedamos parados y volvimos a mirarnos fijamente. Sus ojos hinchados e inyectados en sangre estaban llenos de lágrimas, que reflejaban el brillo de la luna. Sus finos labios se movían ahora casi en silencio. De pronto, comprendí el significado de las palabras que musitaba.

–¡Creí que no volverías! –repetía sin cesar con voz entrecortada y jadeante–. ¡Creí que no volverías!

Aparté la vista de sus labios y me miré los dedos. La sangre goteaba en los adoquines. De pronto, las manos de la niña cogieron las mías, se llevó mis dedos a los labios y me lamió una y otra vez las heridas con su lengua pequeña y dura, hasta dejarlas cubiertas de una capa de pegajosa saliva. Su nuca, redonda y flexible como el dorso de una paloma, se movía despacio bajo mi cabeza gacha.

Dentro de mí nació un sentimiento nuevo, que de repente se extendió por todo mi ser y provocó una especie de impacto en mi cabeza. Cogí a la niña bruscamente por los sobacos y la levanté. No me fijé en la expresión de su cara, vuelta hacia mí. La abracé como una gallina acorralada y muerta de miedo y la llevé corriendo al interior del oscuro almacén.

Entramos sin descalzarnos en el almacén, sumido en la penumbra, y, en silencio, me bajé los pantalones a toda prisa, le subí la falda y me tumbé sobre ella. El pene, erecto como un grueso

espárrago, se me enredó en los calzoncillos y se torció violentamente, por lo que solté un chillido de dolor. Después lo introduje en su sexo, frío, seco y áspero como el papel, sentí unas cuantas sacudidas espasmódicas y lo retiré. Suspiré profundamente.

Eso fue todo. Me puse en pie, me ajusté los pantalones como pude, a tientas, y salí sin decirle nada a la niña, que respiraba entrecortadamente. Fuera, el frío era intenso, y la luz de la luna caía sobre los árboles y los adoquines con dureza mineral. Todavía estaba locamente furioso y tenía la boca llena de murmullos violentos, pero una intensa sensación, llena de dulzura, iba creciendo en lo más hondo de mi ser. Subí la cuesta corriendo con los ojos llenos de lágrimas y haciendo visajes para que no me corrieran por las mejillas.

LA NEVADA Y LA FIESTA DE LA CAZA

Al amanecer me despertó un frío lacerante, pero cerré los párpados con firmeza. Una inefable sensación de contento agitaba mi pecho, llenaba todo mi ser de una especie de ardiente pasión y me mantenía volcado sobre mí y aislado del exterior. Me preguntaba qué podía ocasionar aquella insólita situación. Pero la somnolencia que obnubilaba mi cabeza y permeaba hasta el último rincón de mi cuerpo me impedía pensar con claridad. Abrí los ojos un poco y me miré los dedos en aquel aire helado, que brillaba con un resplandor que no había tenido ningún amanecer hasta entonces. Las heridas estaban abiertas, suaves y sonrosadas. Recordé que la punta de la lengua de la niña, aguda como la de una paloma, había pasado una y otra vez sobre ellas y las había cubierto de saliva pegajosa. Como una inundación de agua hirviendo, el amor llenó de repente todo mi cuerpo y llegó hasta las yemas de mis dedos. Tras un estremecimiento de satisfacción, volví a doblar los dedos y traté de sumergirme en los restos del sueño. Sin embargo, la exaltación que me había invadido se negaba a calmarse. Desde el exterior me llegó, como el rumor de una tormenta lejana, el griterío de infinidad de pájaros, algo en lo que hasta entonces no había reparado ninguna mañana. Con todo, parecía que un profundo silencio formaba una especie de telón de fondo de todo lo que me rodeaba. Me levanté, quité el tatami que impedía el paso del viento y miré por la rendija.

Fuera el amanecer era de una blancura y una pureza insólitas. La nieve, que brillaba intensamente, cubría la tierra y daba a los árboles el perfil redondeado del lomo de un gran animal. ¡Nieve!, pensé, y solté un profundo suspiro, ¡nieve! En mi vida había visto tanta. Los pájaros cantaban con furia. Pero los demás sonidos quedaban absorbidos por la espesa capa de nieve. Allí sólo se oía el canto de los pájaros y un silencio profundo. Estaba solo en un mundo inmenso, y el amor acababa de nacer en mí. Solté una exclamación de placer y me balanceé adelante y atrás. Luego, como un gigante alegre, hincó una rodilla en tierra, me mordí los labios y, con lágrimas en los ojos, contemplé el paisaje nevado. No podía permanecer callado, así que me levanté, me volví y llamé excitado a mi hermano, que dormía profundamente.

—¡Venga, despierta, despierta!

Se encogió de hombros, soltó un bufido y abrió lentamente los ojos. Eran de un pardo brillante, y tardaron unos instantes en enfocarme y reconocermé. Pensé que quizá tenía una pesadilla cuando lo desperté, y se sintió reconfortado cuando vio que era yo quien lo llamaba.

—¡Venga, levántate!

—Ya va —dijo, y al incorporarse mostró la suciedad de sus rodillas por los rotos del pantalón.

—¡Mira! —grité, y abrí la puerta de par en par—. ¡Mira qué nevada!

La inmensidad maravillosa del exterior penetró en el granero. Mientras mi hermano gritaba de entusiasmo, saqué la cabeza por la puerta. Gruesos copos de nieve cayeron sobre mi piel, en la que dejaron una sensación templada. Giré los hombros y levanté los ojos al cielo; la nieve grisácea caía en silencio y era cada vez más abundante.

—¡Oh! —exclamó mi hermano, que temblaba con los hombros apoyados contra mi cintura—. ¡Cómo ha nevado mientras dormía!

—Sí. Es que has dormido mucho —dije, y le di unas palmaditas en la espalda—. Yo también he dormido mucho.

—¿Cien años? —dijo riéndose—. ¡Tengo unas ganas de mear como si hubiera dormido cien años!

—¡Y yo! —grité, y los dos salimos del granero corriendo.

La nieve se había amontonado justo delante de la puerta. Orinamos en aquel montón de nieve pura, el uno al lado del otro, con nuestros sexos contraídos por el frío, y las manchas de color miel que formaban nuestros chorros se fueron hundiendo al fundirla. Bajé la vista para contemplar mi pene, y al recordar el tacto frío, seco y áspero como el papel del sexo de la niña tuve una gozosa erección. Una sensación de alegre bienestar recorrió mi piel haciéndole cosquillas. Mi erecto pene y yo rebosábamos de juvenil vitalidad.

Una ágil figura se acercaba a nosotros levantando la nieve a medida que avanzaba. Era Leo. Mi hermano lo llamó a gritos, y casi inmediatamente el perro le saltó encima y lo tiró de espaldas al suelo.

Al tiempo que se sacudía la nieve que llevaba en el pelo, Leo le lamía la cara y el cuello y le mordía juguetonamente los hombros y los brazos. Mi hermano se reía, la mar de contento, y chillaba de gozo mientras luchaba con el perro, hasta que lo inmovilizó. Leo gruñó débilmente, mimoso, y mi hermano levantó la vista hacia mí; tenía los ojos húmedos y alegres. Nos miramos un buen rato a los ojos, sonrientes, mientras su pecho volvía lentamente a la normalidad.

Arrojé su delgado cuello con un trozo de tela, para abrigo, y, siempre con el perro en brazos, se tumbó en el tatami y se arrebujó entre las mantas. Encendí un fuego en el hogar y pasé por la sartén unos trozos de pescado seco. Teníamos comida en abundancia, y, además, en los huertos del pueblo, enterrados ahora bajo la nieve, había infinidad de gordos y succulentos colinabos. Puse la cazuela del arroz hervido, que se había helado, al fuego, y salí a buscar un puñado de nieve, para ablandarlo. El puñado de nieve, que tenía mis dedos marcados, se deshizo instantáneamente en cuanto lo eché soltando una nube de vapor. Al volverme para coger un tronco, a fin de avivar el fuego, vi que mi hermano, al que creía dormido, estaba detrás de mí y me miraba.

—¿No estabais acostados Leo y tú? —le pregunté, un tanto confundido.

—Leo ha salido —me respondió, sonriente—. No te has dado cuenta, ¿verdad?

—No.

—Le he enseñado a hacerlo sin ser visto.

—Levántate y ven a almorzar.

—Primero voy a lavarme la cara con nieve —dijo, mientras se ataba la cuerda que le servía de cinturón.

—Lávate después de almorzar.

Mientras sacaba su cubierto del morral dijo inocentemente, con su voz infantil:

—¡Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre, tal como estamos ahora!

—Nos convertiríamos en unos campesinos tontos e ignorantes —le dije.

Sin embargo, al igual que a mi hermano, me habría gustado vivir largos años en aquel lugar cubierto por la nieve. Por otra parte, teníamos cerradas todas las salidas. ¿Qué más podíamos pedir que lo que teníamos en aquellos momentos? Rechazaba con todas mis fuerzas volver a pasar por la humillación de la noche anterior.

Después de desayunar, cuando mi hermano y yo salimos del granero con el olor del pescado frito todavía pegado a nuestras narices, el viento y la nieve habían cesado, y el cielo era de un azul deslumbrante. La nieve cubría, reluciente, el suelo, los árboles y las casas. El canto de los pájaros flotaba sobre nosotros como una fresca brisa o como copos de nieve. Hombro con hombro, avanzamos por el camino adoquinado hundiendo nuestras botas en la nieve, que nos llegaba por encima de los talones.

Nuestros compañeros se habían reunido en la plaza de la escuela, como de costumbre. Vi a la niña, que estaba un poco alejada de ellos, apoyada en el tronco negro y húmedo de un viejo castaño cuya copa redonda, cubierta de nieve, parecía un gorro. Mi hermano y yo bajamos corriendo por la cuesta, dando patadas en la nieve y gritando. Nuestros compañeros contestaron a nuestros gritos con alaridos aún más estentóreos. Cuando llegamos a su altura, sentí de repente una intensa emoción que me hizo dejar para más tarde saludar a la figura apoyada en el viejo castaño.

—Hoy sólo se os han pegado las sábanas a vosotros y al soldado —dijo Minami con los ojos brillantes de excitación—. Los demás estamos aquí, trabajando, desde antes del amanecer.

—¿Trabajando, tú? —grité, en tono irónico, en parte para quitarme el mal sabor de boca que me había dejado mi actitud displicente hacia la figura apoyada en el viejo castaño.

—Queremos patinar, y hacemos una pista de hielo.

Las palabras «pista de hielo», cargadas de nostálgicos recuerdos, penetraron en nuestros corazones como llamaradas, y todos nos echamos a reír como locos. La nieve se había endurecido en la parte baja del camino, y en el centro estaba helada y tenía el color y la dureza del celuloide.

Algunos de los chicos patinaban inestablemente por allí, y otros golpeaban la nieve con palos envueltos en trapos, para endurecerla y ensanchar la pista. Todos teníamos las mejillas rojas y despedíamos nubecillas de vapor al respirar. Tras una carrerilla, me lancé pendiente abajo por la nieve, que brillaba al sol, y casi inmediatamente me caí de espaldas y así me deslicé. Mi hermano, a mi lado, gateaba como un oseño torpón. Me levanté, me sacudí la nieve del trasero y la espalda entre las risas y las sonrisas de mis compañeros y, mordéndome los labios, me encaminé al viejo castaño.

La niña me sonrió mientras me acercaba, y su rostro enrojeció. Bajo su piel fina, que tenía un pálido brillo color huevo, diminutos puntitos de sangre brotaban y desaparecían siguiendo el ritmo de la lucha entre su sonrisa y el frío.

—¿Te ha sorprendido ver tanta nieve? —dije, tras mojarme rápidamente los labios.

—No, estoy acostumbrada a las nevadas —me contestó, muy seria, con un encogimiento de hombros.

—¿Sí? —dije tontamente, y nos reímos al unísono.

Recobré por completo mi compostura y volví a dejarme embargar por el amor, mi primer amor, ahora ya convencido y satisfecho. Cuando apoyé la espalda en el tronco del viejo castaño, al lado de la niña, vi que mis compañeros nos miraban atónitos. Les sonreí, lleno de indulgencia. Ardí de alegría al notar que la mano derecha de la niña acariciaba tímidamente mi mano izquierda.

Minami silbó para tomarnos el pelo. Le respondí con una sonrisa amistosa, que se contagió a todos mis compañeros, incluido él. En cuanto comprendieron claramente que había unos lazos íntimos entre la niña y yo, dejaron de interesarse por nosotros y se dedicaron a sus juegos con entusiasmo. Se caían entre gritos y risotadas. A mi hermano lo excluyeron de aquella diversión, alegando que las uñas de Leo, que lo seguía a todas partes, arañaban la pista de patinaje, de modo que se sentó a nuestro lado, abrazado al perro, y contemplaba a los patinadores con aire contento y feliz.

—¿Te duelen los dedos? —me preguntó la niña, que se había puesto de puntillas para arrimar su cabecita a mi oído.

—¡Qué va! —respondí, muy digno.

—Eres muy valiente —dijo entonces—. Para tu edad, eres muy valiente.

—¿Para mi edad? —exclamé, sin poder aguantarme la risa, y al instante temí que mi hilaridad la hubiera ofendido—. ¿Quién te ha dicho los años que tengo?

—Hay grupos de edad muy amplios —dijo inocentemente—. Niños y mayores, y bebés, ¿no? Esos son los grupos de edad.

Un tanto desdeñoso por la inocencia de la niña, me reí más fuerte a propósito y me agaché para acariciarle el cuello al perro. Mi hermano lo sujetaba con un brazo pasado alrededor de sus patas traseras, pero miraba absorto a nuestros compañeros que patinaban.

—Me has entendido, ¿no? —dijo mi amante, un poco avergonzada.

Sacó un envoltorio de papel de un bolsillo de su grueso tabardo y partió en dos su contenido, cuidadosamente envuelto; era una galleta de trigo dura como una piedra. Sin decir palabra, me alargó la mitad más grande y oprimió el trozo restante con los pulgares para partirlo a su vez en dos. Me disponía a levantar la mano derecha, que tenía apoyada en el cuello de Leo, para partir mi pedazo de galleta y compartirla con mi hermano, cuando el perro dio un brinco y mordió la muñeca de la niña, que tenía el brazo extendido sobre la cabeza del can, para apoderarse del pedazo de galleta que sostenía en la mano. La niña chilló, y Leo se marchó corriendo camino arriba llevándose la sabrosa presa, que había caído en la nieve. La niña se llevó la herida a la boca. Me acordé del tacto de su lengua cuando me lamió las heridas al verla repetir aquel gesto con la suya, y mi amor y mi pasión se reavivaron. Oía un silbido en la cabeza, como si me hirviera la sangre.

—¿Te duele? —le pregunté, y le puse una mano en el hombro—. Déjame ver.

Pero no me hizo caso y siguió lamiéndose la herida. Sus mejillas perdieron de golpe el color rosado que tenían; en su lugar aparecieron unas manchas lívidas que, unidas a su expresión de animal asustado, la afeaban bastante. Mis compañeros se apiñaron a nuestro alrededor. Una ira

extrema se apoderó de mí. Mi hermano se puso pálido y, tras titubear, se marchó cuesta arriba siguiendo las huellas de Leo.

–¿Te duele? –le pregunté de nuevo–. ¿Cómo te sientes?

–Tengo frío. Quiero irme a casa –contestó con voz infantil–. Quiero irme a casa.

Dejamos allí a mis compañeros y la acompañé en silencio, con el brazo derecho pasado por encima de los hombros para darle calor. Delante del almacén, se soltó bruscamente de mi brazo y echó a correr hacia la oscura entrada. Di media vuelta sin decir palabra. Estaba enfadado y desesperado. No tenía ganas de hacer nada. Sin embargo, me uní a los patinadores y grité con ellos. La verdad es que patinar era divertidísimo. Cerca del mediodía, cuando empecé a sentir hambre, mi piel estaba empapada de sudor bajo la sucia ropa interior, y me divertía tanto, que la niña, el enfado y la desesperación se habían borrado por completo de mi mente.

El hambre empezó a apretarme, y subí por el camino, cubierto de nieve, hasta el granero, para comer. Mi hermano estaba sentado en el oscuro zaguán, desconsolado, y abrazaba al perro contra sus rodillas. Al ver su aspecto apenado, me conmoví.

–He reñido a Leo –dijo mi hermano, con la cabeza gacha–. Le he reñido de lo lindo.

–No te preocupes, seguro que esa chica exageraba –le contesté, magnánimo, al ver lo compungido que estaba.

Tras decirle estas palabras, pensé que, realmente, el incidente carecía de importancia. Ni el perro ni su joven amo habían cometido una falta cuya gravedad exigiera que permanecieran encerrados y con la cabeza gacha en el oscuro interior del almacén mientras en el exterior la tarde nevada ofrecía maravillosas posibilidades de diversión.

Nos comimos las sobras del desayuno de pie en el zaguán, y también le dimos su parte a Leo. Mientras comíamos, nos consumía el deseo de volver al camino, a patinar.

Pero ninguno de nosotros se pasó la tarde patinando, pues I bajó del bosque acunando en sus robustos brazos dos palomas, un alcaudón, dos pajaritos preciosos de plumaje pardo claro con las puntas de las alas de un tono más oscuro y una trampa. Los pájaros que llevaba I entre sus brazos musculosos eran elegantes y parecían muy graciosos con sus ojitos cerrados.

Seguimos con frenética excitación las explicaciones que nos dio I acerca de cómo fabricar y tender las trampas, y a primera hora de la tarde penetramos en el bosque como un ejército invasor. Una vez en su intrincado interior, siguiendo las instrucciones que I nos daba a voces, nos dispersamos, guiados por el canto de los pájaros, en busca del lugar que nos pareciera más idóneo para poner nuestras trampas.

Mi hermano y yo llevábamos unas trampas pequeñas, que habíamos hecho pacientemente con hilachas de cáñamo, y un cesto de bambú trenzado. Colocaríamos las trampas sobre la hierba nevada, esparciríamos un poco de grano y esperaríamos pacientemente a que las patas finas y duras de las aves quedaran atrapadas en alguna de ellas. Pusimos la primera en una pequeña hondonada donde las puntas de la hierba helada sobresalían de la nieve, y nos retiramos borrando nuestras huellas. La fina trama de la trampa quedó extendida sobre la nieve granulada, que empezaba a helarse, y al mirarla sentí en mi propia carne la angustiada sensación que experimentarían los pájaros al sentir atrapadas sus patas de agudas uñas, mientras chillaban desafortunadamente y en su esfuerzo por liberarse se arrancaban plumas y se hacían sangre, y se me hizo un nudo en la garganta. Estrujé con fuerza los hombros de mi hermano, que se rió mostrando sus encías coloradas entre sus labios secos.

Debíamos elegir cuidadosamente un sitio para colocar el cesto de bambú. Y, además, teníamos que quedarnos donde pudiéramos oír el batir de alas de los pájaros que cayeran en las trampas. Según I, si no cobrábamos inmediatamente las piezas, los demás pájaros se ponían sobre aviso y las alimañas hambrientas podían quitarnos las presas. I hizo hincapié en que, si eso ocurría, nos sería mucho más difícil cazar en el futuro.

¡Ah, las futuras cacerías! Mi hermano y yo trabajamos con diligencia y pusimos el cesto inclinado boca abajo entre unos robles, donde una gruesa capa de hojas muertas se hundía blandamente bajo la nieve a nuestro paso, y lo sostuvimos con una rama seca a la que habíamos

atado un cordel que llevamos hasta unos arbustos espinosos. Estaríamos alerta, y si alguna paloma bajaba a comerse el grano, que formaba un rastro que terminaba debajo del cesto, en cuanto metiera en él su cuello azul grisáceo tiraríamos con fuerza del cordel. La paloma se debatiría en nuestras manos, que meteríamos en el cesto a través de la nieve, y sangraría un poco al retorcerle el pescuezo.

Nos acurrucamos detrás de los arbustos espinosos, que apenas nos llegaban al pecho, y observamos la trampa. Los pajarillos piaban en las ramas, y al levantar la vista vi el cielo azul de invierno, que parecía increíblemente alto, por encima de las ramas entrelazadas de los árboles. Agucé el oído, pero aparte de la respiración de mi hermano, el canto de los pájaros y el ocasional ruido sordo de una masa de nieve acumulada al caer, reinaba un silencio pesado. No oía las voces de mis compañeros. En cuanto me daba cuenta de que iba a caer en pensamientos sombríos, meneaba la cabeza para desecharlos. No le había contado a nadie, ni siquiera a mi hermano, la humillación de la noche anterior. Los pájaros se resistían a venir.

–Se me está mojando el culo –dijo mi hermano–. La nieve me va calando poco a poco los pantalones y los calzoncillos.

Nos habíamos sentado a esperar a los pájaros encima de una capa de hojas secas que habíamos extendido sobre la nieve. Me levanté y fui a recoger más hojas al pie de los árboles. Al escarbar en el suelo, entre las hojas muertas corría agua, pura y cristalina, y había tiernos renuevos, de un color azulado desleído. Y también había larvas de insectos envueltas en sus capullos. Todo aquello me maravillaba.

Sentado encima de la nueva capa de hojas muertas, mi hermano miraba la trampa con entusiasmo. Leo, que tenía el lomo apretado contra su rodilla, y yo mirábamos la manita hinchada y colorada por los sabañones con que aferraba el cordel como si fuera un arma afilada y mortal.

Pasaba el tiempo, y los pájaros no venían. Los tres estábamos cada vez más atrapados en las lentas evoluciones del tiempo que giraba en torno a la trampa; mi hermano y yo bostezamos hasta que se nos saltaron las lágrimas, y el perro movió las orejas con nerviosismo. Poco a poco, en medio de la modorra, una creciente preocupación por la niña empezó a apoderarse de mí.

–¡Ay! –suspiró mi hermano.

–¿Qué te pasa? –le pregunté, y cerré los puños con fuerza.

–Creí que un pájaro grande había bajado de una rama.

–En su carita infantil, adormilada, había una simpática sonrisa–. Era una hoja, doblada como una cuña, que ha caído justo delante de mí.

–Voy a bajar un momento al pueblo –le dije en voz baja, y me puse de pie.

–¿A ver a esa niña que parece una paloma? –me preguntó, y se formaron arrugas en torno a sus ojos.

–Sí. Voy a disculparme por lo de Leo.

Corrí ladera abajo levantando la nieve a patadas. Las hojas muertas de los arbustos, una especie de rosales, saltaban al tocarlas, y Leo, que me había seguido un rato, cogió una con la boca y volvió junto a mi hermano.

Hacía frío en el almacén, y dentro había un ambiente pesado; olía a tierra, a musgo y a corteza de árbol. Abrí la puerta de un empujón y me quedé un rato de pie, esperando a que la vista se me acostumbrara a la penumbra. Como fuera todo brillaba intensamente, a causa del sol y la nieve, me pareció que tardaba mucho en habituarme. La carita de la niña, colorada por la fiebre y en la que se destacaba, con una tonalidad suavemente dorada, la pelusilla que cubría la parte de sus mejillas más próxima a las orejas, se fue haciendo cada vez más evidente. Estaba sentada en un tatami, cerca del hogar, y se envolvía en un delgado edredón que estrechaba contra su cuello. Con la mirada fija en sus ojos, que recordaban los de un pequeño animal, cerré la puerta despacio.

–¿Tienes frío? –le pregunté con voz ronca.

–Sí –dijo, y frunció el ceño.

Como había bajado corriendo, mi piel estaba empapada de sudor bajo la ropa interior. Y como mientras corría se me había olvidado lo que quería que ocurriera en el almacén, me sentía irritado.

–¿Estás enferma? –le pregunté, nervioso, y lo absurdo de aquella pregunta me desconcertó.

Debía de pensar que era tonto.

–No lo sé –respondió con frialdad, lo que me hizo sentir aún más avergonzado.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–Enciende el fuego.

Recuperé el valor, me moví con presteza, puse leña en el hogar y la encendí. El humo me hizo toser. A la luz de las llamas, la cara de la niña estaba demacrada y sin vida, lo que le daba el aspecto de ser un poco tonta. Además, tenía la piel de las comisuras de los labios reseca y llena de rayas blancuzcas.

Avivé las llamas, me senté en el suelo, al otro lado del hogar, y miré a la niña. Aunque encender el fuego me hacía sentirme algo mejor, si alguien hubiera entrado por la puerta, me habría largado corriendo, aturdido, para no tener que explicarle mi presencia allí. Y, pese a que necesitaba decirle algo muy importante, tenía la garganta tan seca que no me salían las palabras.

–Quiero hacer pis –dijo de pronto, autoritaria–, pero no puedo levantarme.

–Te ayudaré –le dije, y me puse colorado como un tomate–. Te cogeré por los sobacos.

Se quitó el edredón y pude ver su cuerpo, vestido con un camisón de franela roja. Me incliné hacia ella, cuyo pecho temblaba convulsivamente, y la ayudé a levantarse cogiéndola por los sobacos, que me parecieron sorprendentemente ardientes bajo la tela. Fuimos en silencio hasta el retrete, separado del resto del zaguán por mamparas de madera, la ayudé a ponerse en cuclillas, salí y esperé, conteniendo la respiración.

–Ya está –dijo, aún más autoritaria, así que entré, la ayudé a levantarse y la acompañé hasta el tatami.

Una vez que se acostó y se tapó con el edredón hasta el pecho, frunció el ceño, como si estuviera irritada, y cerró los ojos, lo que me preocupó. Pero creí mejor no decirle nada.

–Me duelen los pies del frío –dijo, con los ojos cerrados–. Me duelen mucho.

Metí las manos bajo el edredón, vacilante, y le froté las pantorrillas y los tobillos, duros como los nudos de un arbolillo.

–Quítame el edredón. Calientate las manos en el fuego y frótame –me ordenó.

El rojo camisón no estaba demasiado limpio. Era corto, y dejaba a la vista sus rodillas bien formadas, que no tenían ninguna cicatriz. Froté con energía y constancia. La sangre volvió a circular poco a poco por sus pantorrillas, e incluso creí percibir que emitía un débil silbido. Al pensar en mis rodillas, cubiertas de piel gruesa y basta y llena de cicatrices, y compararlas con las suyas, tan suaves como el interior de sus muslos, suspiré. La niña, inmóvil y silenciosa, me dejaba hacer, y froté sus pantorrillas durante largo rato. Al final empezaron a despedir un suave calorillo que me recordó el que conservaban todavía los pájaros que llevaba I entre sus brazos. Y entonces sentí que mi pene empezaba a endurecerse, lo que hizo nacer en mi pecho un punzante sentimiento de angustia.

–Si quieres, puedes levantarme el camisón y mirarme la tripita –dijo inocentemente con un hilillo de voz.

Le tapé las piernas con el edredón, bruscamente, y me puse de pie. Mi confusión era total.

–¡Me voy! –grité, enfadado conmigo y con ella, y salí corriendo del almacén.

Sin embargo, mientras corría hacia el bosque, donde mi hermano vigilaba entre los arbustos espinosos, bullían dentro de mí un orgullo y una alegría que me volvían loco. Nadie podía imaginarse que tuviera una amante tan dulce y maravillosa. Rodé varias veces por la nieve mientras corría sin aliento ladera arriba entre los árboles nevados, camino de mi viril cacería; de vez en cuando, oía tras de mí el ruido de las masas de nieve al desprenderse de los árboles y chocar contra el suelo.

Jadeante, soltando blancas nubecillas de vapor, metí la cabeza entre las ramas mojadas y observé la trampa. Pero no había plumas atrapadas en la trama de cáñamo, y el grano estaba como lo habíamos dejado. Solté un bufido, decepcionado, y me dispuse a cruzar los arbustos hasta donde estaba la trampa de mi hermano. Y entonces oí un débil batir de alas y los ladridos del perro, que venían de una mata de cedros que tenía a mi derecha. Eché a correr hacia allí.

En el interior de la mata de cedros reinaba una húmeda penumbra, y allí el aire era pesado y parecía resistirse a mi paso. Los ladridos del perro y el batir de alas se oían más fuertes y procedían de un lugar en que se filtraba una tenue claridad entre los árboles. Corrí hacia allí azotando los helechos a mi paso. Era un claro en que habían talado los cedros, y entre los tocones cubiertos de nieve, que formaban pequeños montículos, vi a mi hermano y al perro, que se revolcaban por el suelo. El batir de alas se intensificó, así como las evoluciones de mi hermano por la nieve. Me acerqué corriendo, y vi que tenía agarrado un magnífico faisán dorado.

–¡Mátalo, mátalo! –le grité.

El perro ladró, y se oyó un ruido seco cuando mi hermano le rompió el pescuezo al faisán, que se desplomó blandamente sobre su pecho.

–¡Oye! –grité, sorprendido–. ¡Oye! ¡Ese pájaro...!

Mi hermano se levantó de un salto con el faisán apretado contra el pecho; pálido y tembloroso, con los labios apretados, me miró fijamente, como si no acabara de reconocermelo, y se echó en mis brazos. Lo abracé y le palmeé la espalda. Temblaba, y de su boca sólo salían sonidos incongruentes, a causa de la emoción.

–¡Has conseguido cazarlo! –grité, lleno de alegría y a punto de llorar.

–Sí –dijo al fin, con voz baja y ronca, y apoyó la cabeza en mi pecho.

Nos quedamos así un rato. Leo corría a nuestro alrededor ladrando sin cesar; de pronto, dio un salto para llamar la atención de mi hermano, que se separó de mí, dejó caer el faisán y se lanzó en persecución de Leo. Acabaron revolcándose por la nieve, y entonces me uní a sus juegos. Una especie de frenesí parecía haberse apoderado de todas las fibras de nuestros cuerpos.

De repente, mi hermano se sentó, exhausto, y yo, que tenía mi brazo derecho enlazado con su brazo izquierdo, me senté también sobre la nieve. Leo se abalanzó sobre el faisán y lo depositó en las rodillas de su amo. Lo contemplamos largo rato en silencio. Mi hermano acariciaba las duras plumas verdes con reflejos rojizos de su penacho, su cuello violeta oscuro, mojado por las babas del perro, y su dorso irisado con bellos reflejos dorados. Era un animal bellissimoo, de cuerpo compacto y que todavía despedía una intensa sensación de vida. Las lágrimas corrían por las mejillas de mi hermano, y observé que estaba lleno de arañazos.

–Se ha defendido, ¿eh? Te has portado como un hombre –le dije mientras le sacudía la nieve que se le había adherido a la ropa.

Levantó hacia mí sus ojos, brillantes por las lágrimas, y se rió entrecortadamente a causa del esfuerzo y la emoción. Nos levantamos, cruzamos la mata de cedros y bajamos lentamente por la ladera, entre los árboles. Durante todo el trayecto me habló de su brava cacería; a veces interrumpía su relato una súbita explosión de risa o un violento temblor, como si no pudiera dominar sus intensas emociones. Agarraba al faisán con fuerza y le clavaba las uñas en la carne.

Mientras mi hermano vigilaba la trampa desde los arbustos, Leo había descubierto al faisán, que se ocultaba entre las hierbas cubiertas de nieve, y durante la persecución le había mordido un ala. Mi hermano trató de capturarlo con ayuda del perro, pero lo perdió de vista entre los cedros. Me dijo, con énfasis, que sintió tanta vergüenza, que estuvo a punto de llorar. Cuando iba a regresar a vigilar la trampa, Leo volvió a descubrir al faisán, que no podía volar y se escondía entre los helechos, y lo persiguió. Mi hermano se lanzó sobre él y, a pesar de los picotazos, los arañazos de sus agudos espolones y los golpes de sus fuertes alas, lo venció.

–Mira –dijo, y volvió la cara hacia mí–. Me dio un golpe en el ojo, y todavía no veo bien.

Efectivamente, tenía el ojo inyectado en sangre, lo que le daba el aspecto de un albaricoque demasiado maduro. Le cogí la cabeza y se la sacudí, imitando sus risas.

Nuestros compañeros hacían corro en la plaza de la escuela, en torno a I y mostraban sus presas con orgullo. Echamos a correr dando gritos hacia ellos. El trofeo de mi hermano provocó inmediatamente exclamaciones de admiración y envidia por parte de los jóvenes cazadores. Los comentarios elogiosos de nuestros compañeros parecieron hinchar el faisán como si hubiera sido un globo, y sus reflejos dorados acabaron por llenar hasta el último rincón de aquel pueblo perdido en el remoto valle. Mi hermano repetía extasiado su aventura cinegética una y otra vez, y en ocasiones

su narración era interrumpida por bruscos accesos de risa o se convertía en un galimatías incomprensible porque trastocaba las palabras a causa de la emoción.

–¡Qué valiente eres! –exclamó I, que miraba a mi hermano con ojos llenos de amistad.

Al oír este tributo de admiración por parte de I, a mi hermano se le cayó el faisán al suelo de la emoción. Y cuando regresó Minami, que sólo había cazado un pájaro de anteojos, todos sonreímos burlones. Comparado con el faisán, que relucía iluminado por la luz dorada y naranja del crepúsculo, aquel pajarillo verde parecía un puñado de tierra mezclada con hierbas a punto de deshacerse, y el propio Minami tuvo que admitirlo.

Con un mohín de disgusto, Minami dejó su presa junto al faisán, y nuestros compañeros lo imitaron. De repente, todos nos sentimos invadidos por una oleada de excitación al contemplar el espectáculo que ofrecían los plumajes de color azul grisáceo, negro y amarillo, verde o pardo claro de los pájaros que se amontonaban sobre la nieve en torno al faisán.

–En este pueblo, el día que se caza el primer faisán se hace una gran fiesta –dijo I–. Así se asegura el éxito de las futuras cacerías. Como los campesinos se han marchado, no van a organizarla. Si no lo hacemos nosotros, las cacerías fracasarán y el pueblo se irá a la ruina.

–¡Organicemos nosotros la fiesta! –exclamé–. Así aseguraremos el éxito de nuestras futuras cacerías en este pueblo.

–¡Pero no es nuestro pueblo! –dijo Minami, con el ceño fruncido–. Nos han abandonado.

–¡Es nuestro pueblo! –le respondí, desafiante–. A mí no me ha abandonado nadie.

–No discutiré contigo –dijo Minami, con una sonrisa desdeñosa–. Me gustan las fiestas.

–¿Sabes cómo se hace? –le pregunté a I–. ¿En qué consiste la fiesta?

–Asaremos los pájaros y nos los comeremos –me respondió–. Luego cantaremos y bailaremos, para completar la fiesta. Siempre se ha hecho así.

–¡Venga! –dije–. ¡Vamos a celebrar nuestra fiesta!

Mis compañeros lanzaron vítores.

–¡Traed leña y comida mientras voy por una olla grande! –dijo I.

Todos se fueron corriendo a sus casas dando alaridos. Cogí a mi hermano del hombro y corrimos cuesta arriba a buscar leña.

–¡Os enseñaré la canción de la fiesta! –gritaba I agitando los brazos–. ¡Vamos a cantar hasta el amanecer!

EL INESPERADO REBROTE DE LA EPIDEMIA Y EL PÁNICO

En cuanto reunimos un buen montón de leña verde, que despedía un olor dulzón y sensual donde la habían cortado las afiladas hachas, lo llevamos al suelo de tierra del zaguán de la escuela. Hicimos dos aspas con ramas resistentes, apoyamos en ellas una gruesa rama verde de roble, colgamos de ella la gran olla encima del fuego, y tuvimos lista la columna vertebral de la fiesta. Apilamos leña, metimos ramas secas entre los troncos y encendimos un hermoso fuego. El agua grasienta de la olla, llena de gruesos pedazos de pescado seco, no tardó en empezar a hervir. El soldado, que aceptó participar en la fiesta tras rogárselo I con insistencia, se remangó y se puso a remover la olla con sus delgados brazos.

Desplumamos a los pájaros y los colocamos sobre la nieve; sus panzas, desnudas e hinchadas, resultaban un tanto repugnantes. Uno por uno, I los socarró en la hoguera, para eliminar el plumón, y nuestras narices se llenaron del olor acre de la carne y el plumón ligeramente quemados. Algunos pájaros resucitaban de repente al desplumarlos y empezaban a agitarse con violencia, lo que nos hacía reír. Les arrancábamos la cabeza, les metíamos un dedo en el ano y los balanceábamos dando gritos y diciendo tonterías.

I le abrió las entrañas a un tordo con un afilado cuchillo y vació sus intestinos usando las manos para que viéramos su contenido. Había oscuras cabezas de insecto, duras semillas, raíces, pedazos de corteza de árbol e incluso piedrecillas.

–¡Comen porquerías! –exclamó admirado Minami.

–Tienen hambre –dijo I.

–¡Fuera del pueblo, todo bicho viviente tiene hambre! ¡Los pájaros y las alimañas se mueren de hambre! –gritó Minami–. ¡A la gente le duele el estómago de hambre! ¡Sólo nosotros tenemos la tripa llena!

Estallamos en carcajadas, y Minami se puso a correr dando vueltas y blandiendo el tordo abierto en canal, con aire triunfal. Antes de llegar a aquel pueblo, durante nuestro largo peregrinar íbamos de templo en templo, de escuela en escuela y de establo en establo, por lo general habíamos pasado hambre. Guiados por los celadores, nuestros compañeros de reformatorio debían de avanzar a marchas forzadas para encontrarse con nosotros, que éramos la avanzadilla, tras subir por el mismo camino a través del bosque y montarse en la chirriante vagoneta, y, al igual que nosotros cuando estábamos en aquella situación, debían de desfallecer a causa del hambre y apretarse con las manos los vacíos estómagos. Teníamos que garantizar el éxito de la caza en el pueblo para poderles dar la bienvenida.

Cuando todos los pájaros estuvieron tendidos sobre la nieve con los cuellos cercenados, por los que salía sangre diluida con grasa, y su piel dura y cubierta de manchitas empezaba a tomar una coloración negruzca o azulada, nos dimos cuenta de que parecían sorprendentemente flacos y huesudos. Pero el faisán de mi hermano, con los muslos firmes y carnosos abiertos y las amarillas pechugas a la vista, tenía un aspecto estupendo. I atravesó las patas de los pájaros pequeños con un alambre, unió las puntas formando un círculo y lo colocó encima del fuego. Después atravesó con una rama puntiaguda el cuerpo del faisán, del cuello al ano, y varios compañeros lo sostuvieron por los extremos y lo asaron dándole vueltas lentamente sobre el fuego.

Nuestros camaradas más jóvenes, entre alegres chillidos, ayudaron al soldado a cortar verduras, que después echaron en la olla con abundante arroz, para hacer una espesa sopa. Mi hermano, que llevaba una larga pluma del faisán, la cual relucía iluminada por el fuego, atada al cuello, estaba encargado de pasarle al soldado las verduras recién lavadas, pero se escaqueaba de cuando en cuando y se acercaba corriendo al fuego para ver cómo asaban a su presa, de la que goteaba grasa amarillenta, y daba suspiros de admiración.

Cuando la moribunda luz del sol poniente dejó de iluminar la nieve y se inició la semioscuridad que antecede a la salida de la luna, comenzamos nuestro banquete. Hicimos corro alrededor del fuego, devoramos la carne y los huesos blandos de las aves y saboreamos la espesa y caliente sopa. Comimos ruidosamente, envueltos por una intensa energía que parecía emanar de nuestros cuerpos.

Le traje botellas de sake casero. Aquel líquido turbio era increíblemente fuerte y ácido, y lo escupimos soltando alaridos nada más probarlo. Pero no era necesario que el sake bajara por nuestras gargantas, pues la ebullición de la sangre en nuestras venas bastaba para emborracharnos.

Y se puso a cantar en su lengua materna. Era una canción de melodía sencilla y pegajoso estribillo, y pronto la cantamos todos a coro.

—¿Es ésta la canción de la fiesta? —le pregunté a gritos, para hacerme oír por encima de las voces que cantaban.

—No, es la que se canta en los entierros —dijo, también a gritos, y me sacó la lengua y se rió—. La aprendí porque se murió mi padre.

—Es una canción de fiesta —dije, satisfecho—. Cualquier canción puede ser una canción de fiesta.

Cantamos durante mucho tiempo. Y, de pronto, salió la luna, que iluminó la nieve con una luz suave. Todos nos estremecimos, y salimos corriendo y gritando y bailamos en la nieve como posesos. Al cabo volvimos a tener hambre, y nos reunimos de nuevo alrededor de la gran olla. El soldado estaba sentado junto al fuego y se abrazaba las rodillas; de vez en cuando, avivaba las llamas. Tenía la cabeza gacha, y todos pensábamos que era tonto, porque ni cantaba ni bailaba. Cuando tuvimos el estómago lleno, empezaron a vencernos el sueño y el cansancio. Mi hermano, siempre seguido por Leo, se fue con nuestros compañeros a jugar en la nieve, pero yo preferí quedarme junto al fuego y me senté abrazándome las rodillas, como el soldado. Y Minami también se quedaron. Eso me pareció una clara señal de que los tres estábamos empezando a dejar de ser críos.

—Parece increíble que fuera de este pueblo haya una guerra, ¿verdad? —dijo Minami, y añadió, en tono soñador—: De no ser por la guerra, hace mucho tiempo que estaría muy al sur, junto al mar.

—La guerra terminará pronto —dijo el soldado—. Y la victoria será del enemigo.

Guardamos silencio. A nosotros, aquello nos daba igual. Pero el soldado, irritado por nuestra indiferencia, insistió en su punto de vista:

—Bastará que me quede escondido lo poco que falta para el final de la guerra. —Su voz sonó apasionada, como si rezara una plegaria—. En cuanto Japón se rinda, seré libre.

—¿Es que no eres libre ahora? En este pueblo puedes hacer lo que te dé la gana. Vayas adonde vayas, nadie te detendrá —le dije—. ¿No eres la mar de libre?

—Ni vosotros ni yo somos libres todavía —me respondió—. Estamos bloqueados.

—¡No pienses en lo que pasa fuera del pueblo! ¡No digas esas cosas! —exclamé, enfadado—. ¡Aquí podemos hacer lo que queramos! ¡No mientes a esos cabrones que se marcharon!

El soldado calló, y nosotros también.

El fuego crujía suavemente. Oí la voz de mi hermano, que jugaba en la calle con nuestros compañeros. Y los ladridos del perro.

—La guerra está perdida —dijo tristemente el soldado, al cabo de un rato. Entonces levantó la cabeza, nos miró y nos preguntó—: ¿Y bien? Estáis muy callados. ¿No os sentís humillados por la derrota?

—Eso es algo que dejamos para los de fuera, para esos cabrones que llevan escopetas y nos han bloqueado aquí —dije con frialdad—. A nosotros no nos afecta.

—Permanecer indiferentes ante la derrota es de miserables —dijo el soldado.

—Desertaste porque te daba miedo morir, ¿y nos llamas miserables? —le repliqué.

—Nosotros no desertamos —añadió Minami, en cuyos labios apareció una sonrisa maliciosa—. No nos des lecciones.

El soldado, rojo de ira, nos miró desafiante, pero hundió la cara entre las rodillas, sin decir nada. Comprendí que se sentía derrotado y humillado, pero no me inspiraba compasión. Entre él y nosotros se levantaba un muro muy alto, infranqueable. A pesar de su deseo de liberarse de sus imposiciones, el soldado había traído el mundo exterior al pueblo, e incluso después de todo lo que había pasado seguía apegado a él. Los adultos, incluso los que aún no lo son del todo, siempre están juzgando a los demás, pensé, la mar de satisfecho de mí mismo.

—Ya lo sabéis, según él, somos unos miserables —dijo Minami, risueño, y nos miró. Los tres nos reímos a carcajadas. El soldado siguió inmóvil, con la cara entre las rodillas.

Cuando mi hermano y los demás entraron sacudiéndose la nieve, estábamos adormilados alrededor de los rescoldos. De pie ante nosotros, trataban de decirnos algo. Tenían los ojos brillantes y estaban muy excitados. Medio dormido, no pude comprender lo que decían porque hablaban todos a la vez.

–¿Qué? Hablad de uno en uno –dijo el soldado, que se había incorporado–. ¿Quién está enfermo?

–La chica. Parece que está muy mal –le contestó mi hermano, con toda su alma–. Está tumbada en el tatami y tiene la cara muy colorada y gime. Y si le hablas, no contesta.

Me levanté de un salto. El pecho se me encogió de remordimiento al pensar que me había olvidado de la niña que estaba enferma en el almacén.

–¿Has ido a verla? –le pregunté a gritos mientras lo sacudía por los hombros. Con cada sacudida, la pluma del faisán parecía chisporrotear intensamente.

–Fui a pedirle perdón por lo de Leo. –Mi hermano estaba asustado–. Pero no habla, sólo gime.

Salimos corriendo al camino nevado, que reflejaba la luz de la luna.

En el hogar del almacén el fuego estaba casi apagado. Caminando de puntillas, rodeamos el cuerpo tendido de la niña. La fiebre hacía que su carita pareciera más pequeña aún. La sacudían violentos temblores, y por su boca abierta salían unos gemidos increíblemente agudos. Me arrodillé a su lado y palpé los ganglios de su cuello con los dedos. Contrajo los labios, enseñando las encías, y apartó el cuello con violencia. Me quedé atontado como una cabra a la que hubieran zurrado con un palo en el lomo. La niña soltó un largo gemido y murmuró algo ininteligible. Me costaba tragar la saliva.

–¡Tú, aviva el fuego! –le ordenó el soldado a Minami, y acompañó la orden dándole un empujón en el hombro.

Su voz había adquirido de repente la calma y la gravedad de un adulto. Ya no era la voz débil y dubitativa del hombre. Minami, que siempre se burlaba de él, salió obediente por leña seca, procurando no hacer ruido al andar.

–¡Tú, busca una bolsa para hielo y llénala de nieve y agua! –me ordenó el soldado clavando en mí sus ojos.

–¿Una bolsa para hielo? –dije, desconcertado. No sabía dónde ir a buscar una cosa así.

–Hay una bolsa para hielo en casa del alcalde –dijo I con voz entrecortada.

–Ve por ella –me dijo secamente el soldado, que se había agachado junto a la cabeza de la niña. Y añadió, dirigiéndose a mis compañeros–: Vosotros, volved a la escuela y sentaos a esperar junto al fuego. No arméis jaleo, porque la niña se moriría, y su muerte caería sobre vuestras cabezas.

I y yo salimos a la claridad lechosa de la noche y echamos a correr camino arriba.

–El desertor –me explicó I mientras corríamos, con voz entrecortada por el esfuerzo– me dijo que estudió algo de medicina. Pero no sé si creerlo.

Rogué con toda mi alma que fuera verdad. Y me esforcé por creerlo.

La casa del alcalde estaba rodeada por un muro pintado a cuadros blancos y negros que impedía el paso de la luz de la luna a parte del jardín. Titubeamos ante la cancela, y nos miramos de reojo. Aquélla era la única casa digna de ese nombre del pueblo, y, de modo inconsciente, representaba el orden moral para nosotros. Por eso era la única que no habíamos saqueado después de la huida de los campesinos. Entonces comprendí claramente la razón que nos había inducido a respetarla.

–Si saben que he forzado la puerta de esta casa, los del pueblo le harán la vida imposible a mi madre. Y a mí me echarán, si no me matan –dijo I.

Un breve espasmo de ira estremeció mi garganta, pero en los ojos de I apareció una leve humedad muy reveladora y que me animó a preguntarle:

–¿Vienes?

–¡Sí, aunque me maten! –me respondió.

Saltamos la cancela, cruzamos el jardín corriendo y rompimos la cerradura con un pedrusco. En el amplio zaguán hacía más frío que fuera, y el aire estaba tan viciado, que casi no podíamos respirar. La llama de la cerilla que encendió I nos llenó la nariz de humo acre. Acercó la llama a un farol que colgaba de una de las negras vigas del zaguán. La casa estaba llena de muebles antiguos,

que creaban un ambiente triste y opresivo. Tras echarle un vistazo al amplio zaguán, entré en la sala adyacente, que tenía el suelo entarimado, y contemplé el espléndido altar familiar que se levantaba más allá de los tatamis.

Sin descalzarse, I pasó corriendo por encima de los tatamis y abrió un armario pintado de laca roja situado debajo del altar. Sonriente, sacó una voluminosa bolsa de papel, vino rápidamente hasta donde estaba yo y nos marchamos corriendo. Volvimos a saltar la cancela.

—Cada mes mi madre y yo nos hemos pasado horas y horas en ese zaguán, haciendo sandalias de paja. Somos siervos de esa familia¹ —me dijo I mientras regresábamos corriendo al almacén—. Si nos parábamos, el amo nos escupía y nos pegaba mientras nos llenaba de improperios.

I escupió al suelo con rabia. Se había quitado una espina al pasearse por la casa del alcalde sin descalzarse, y le temblaba la voz.

—Sabemos perfectamente dónde está todo en esa casa. Desde que mi padre era niño, mi familia ha estado al servicio de la del alcalde. Cuando hay que arreglar el pozo ciego, me paso el día cubierto de mierda.

—Eres muy valiente —dije, movido por un sentimiento de camaradería, pero, al recordar que la niña me había elogiado con esas mismas palabras, sentí una tristeza tan grande, que estuve a punto de derrumbarme sobre la nieve y echarme a llorar. Me mordí los labios, recogí nieve y la metí en la anticuada bolsa para hielo, que I había sacado del envoltorio de papel y mantenía abierta; luego uní las manos en forma de cuenco y recogí agua de los charcos que formaba la nieve al deshelse para acabarla de llenar. Tenía las manos heladas.

—Tú también eres muy valiente —dijo mientras apretaba los cordones que cerraban la boca de la bolsa para hielo. Le entregamos la bolsa para hielo al soldado, que nos esperaba a la puerta del almacén. Luego, con un gesto de la barbilla, nos conminó a irnos.

—No se morirá, ¿verdad? La salvarás, ¿verdad? —le pregunté, implorante.

—No lo sé —me contestó fríamente—. Sin medicinas, poco puedo hacer.

Y, tras decir esto, nos cerró la puerta en las narices. La cara del soldado era fría y distante, como si una capa interior de su piel hubiera empezado a endurecerse.

Caminamos en silencio, hombro con hombro, hacia la plaza de la escuela. El cansancio me invadía como si fuera agua y mi cuerpo una esponja.

Mis compañeros estaban sentados alrededor del fuego con las cabezas gachas. Al ver que mi hermano, que abrazaba a Leo, estaba apartado del grupo y le daba la espalda, tuve el presentimiento de que algo iba mal. Minami se puso en pie, avanzó hacia nosotros y se nos encaró. Le temblaban los labios. Cuando abrió la boca y empezó a soltar perdigones, pensé que debía impedirle hablar. Pero era demasiado tarde.

—Según el soldado, parece que esa niña tiene la epidemia —dijo atropelladamente.

La epidemia: la terrible palabra había sido pronunciada. La palabra que inmediatamente invadiría con sus hojas y sus raíces todo el pueblo, devastadora como un tifón, y destrozaría cuanto encontrara a su paso, había sido pronunciada por la boca de Minami y se había hecho realidad por primera vez en aquel pueblo donde un grupo de niños había sido abandonado. Me di cuenta del efecto que había causado aquella palabra fatídica entre nuestros compañeros sentados alrededor del fuego, presas de súbito pánico.

—¡Mentiroso! —grité—. ¡Mientes!

—¡He esperado a que volvierais para decirlo! —chilló Minami—. Juro que el soldado me lo ha dejado entrever claramente. Esa niña tiene una diarrea sanguinolenta que no hay manera de cortar. Lo he visto yo. La niña tiene la epidemia.

Vi que nuestros compañeros empezaban a temblar de pánico, y golpeé con todas mis fuerzas el cuello tembloroso de Minami. Cayó de espaldas al suelo de tierra, mojado por la nieve derretida que había entrado en el zaguán a causa de nuestras idas y venidas, gritó y se llevó las manos al cuello. I me retuvo cuando iba a darle una patada en el estómago mientras trataba de recuperar el aliento.

¹ Tras la ocupación japonesa de Corea, en 1910, y muy especialmente después del inicio de la Segunda Guerra Mundial, millones de coreanos fueron deportados al Japón, donde eran tratados prácticamente como esclavos. (*N. del T.*)

Los brazos de I eran fuertes y cálidos. Miré a nuestros compañeros, que estaban de pie alrededor del fuego, amedrentados.

–¡No hay ninguna epidemia! –les dije, pero el pánico se había apoderado de ellos y no me hicieron caso.

–¡Marchémonos de aquí, o moriremos! –dijo una voz asustada–. ¡Guíanos y sácanos de aquí!

–¡Os digo que no hay ninguna epidemia! ¡Si no paráis de lloriquear, os daré una buena somanta! –grité en tono amenazador para esconder el pánico que también empezaba a invadirme–. Aquí no hay ninguna epidemia.

–Yo sé lo que ha pasado –dijo otra voz aguda, llena de desesperación–. El perro le contagió la epidemia a la niña.

Miré a Leo con asombro. Mi hermano seguía dándonos la espalda sin hacer caso de nuestras voces, y abrazaba al perro por el cuello y el lomo.

–Yo también lo sé –dijeron a coro otros muchachos–. La culpa es del perro de tu hermano, por eso lo esconde tanto.

Estaba aturdido por sus palabras y porque era la primera vez que se enfrentaban conmigo.

–¿Qué ha hecho el perro? –preguntó I con voz cortante y tersa–. ¿Eh? ¿Qué ha hecho?

–El perro –dijo una vocecilla débil– desenterró a los animales. Y el hermano de ése los volvió a enterrar. Lo vimos lavarse las manos y lavar al perro después. El perro está enfermo desde entonces. Y esta mañana, cuando le mordió la mano a la niña, le contagió la enfermedad. Ahora nos contagiaremos todos.

El chaval se echó a llorar tras pronunciar estas palabras. No sabía qué hacer, y lo único que se me ocurrió fue preguntarle a mi hermano, que seguía tozudamente de espaldas:

–¡Oye! ¿Es verdad lo que dicen del perro? Es todo mentira, ¿no?

Mi hermano se volvió, e intentó decir algo, pero, incapaz de soportar nuestras miradas, bajó la cabeza sin proferir palabra. Solté un bufido. Nuestros compañeros rodearon al perro y a mi hermano. Leo tenía el rabo entre las patas, apretaba el lomo contra la rodilla de mi hermano y nos miraba.

–El perro está enfermo –dijo Minami con voz ronca–. No trates de engañarnos, porque sabemos que ha infectado a la niña.

–¡Todos hemos visto cómo le mordía la muñeca! –dijo otro compañero–. Y eso que ella no le hizo nada. ¡Está loco!

–¡No está loco! –replicó mi hermano con energía. Trataba desesperadamente de proteger al perro–. Leo no está enfermo.

–¿Cómo puedes saberlo? ¿Qué sabes de esa enfermedad? –le preguntó Minami, que no cesaba en su acoso–. ¡Tú tienes la culpa de que haya vuelto la epidemia!

Mi hermano aguantó aquella diatriba con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos. Y luego dijo gritando, sin duda a causa de la ansiedad que lo embargaba:

–¡No sé nada de esa epidemia, pero Leo no está enfermo!

–¡Mentiroso! –gritaron varias voces–. ¡Moriremos todos por culpa de tu perro!

Minami salió del corro de acusadores y fue corriendo por la gruesa rama verde de roble que sostenía la olla encima del fuego. Todos retrocedieron instintivamente al verle blandir aquella tranca, y el círculo se abrió.

–¡No! –gritó mi hermano, aterrorizado–. ¡Si le pegas, no te lo perdonaré!

Pero Minami avanzó implacable y dio un fuerte silbido. Atraído por él, Leo se escapó de los brazos de mi hermano, que se había agachado apresuradamente para retenerlo. Mi hermano me miró con ojos implorantes, pero ¿qué podía hacer? Leo se quedó inmóvil ante Minami, con la larga lengua colgando. De pronto, aquella lengua me pareció una masa de bacterias que se reproducían a toda velocidad.

–¡I! –gritó mi hermano, pero el aludido no movió un dedo.

La rama descendió, y el perro se desplomó con un ruido sordo. Tenía la cabeza destrozada. Lo miramos en silencio. Temblando por los sollozos, con los dientes apretados y hecho un mar de lágrimas, mi hermano avanzó unos pasos, tambaleándose. Pero fue incapaz de mirar al perro, que

agonizaba en el suelo mientras de su cabeza iba manando sangre negruzca que empapaba su pelaje. Abrumado por la ira y la pena, dijo, con voz profundamente conmovida:

–¿Quién de vosotros podía asegurar que Leo estuviera enfermo? ¿Quién? ¡Decídmelo!

Se marchó corriendo, lloroso y con la cabeza gacha. Los demás seguimos con la mirada sus hombros pequeños y temblorosos por los sollozos. Le grité que volviera, pero no me hizo caso. He traicionado a mi hermano, pensé. ¿Qué podría hacer para consolar a aquel crío que seguramente estaría llorando tendido sobre su tatami en el oscuro granero?

Hubiera debido ir tras él y consolarlo abrazando sus delgados hombros. Habría sido lo mejor para los dos. Pero tenía que poner freno al pánico que se había apoderado de mis compañeros antes de que fueran presa de un ataque de histeria colectiva. Y pensé que aquél era el momento más oportuno, pues estábamos todos reunidos y contemplaban atónitos el cadáver del perro. Tal vez no volvería a tener una oportunidad semejante.

–¡Escuchadme! –grité–. Al que se ponga a lloriquear diciendo que todos vamos a morir, le partiré la cabeza, igual que le ha pasado al perro. ¿Entendido? Os aseguro que aquí no hay ninguna epidemia.

Callaron, atemorizados. Más que mis palabras, lo que les infundía respeto era la ensangrentada rama de roble que sostenía Minami. Me di cuenta de que mi plan había tenido éxito, y repetí con énfasis:

–Aquí no hay ninguna epidemia, ni nada que se le parezca. ¿Entendido?

Acto seguido recogí la pluma, sucia de barro, del faisán que mi hermano había llevado atada al cuello y se le había caído en el sitio donde había estado sentado, y me la metí en el bolsillo del pantalón. I y Minami tiraron el cuerpo de Leo al fuego y echaron más leña. Las llamas medio apagadas tardaron mucho en reanimarse, y las patas del perro sobresalían entre los troncos.

–Idos todos a dormir –les dije en tono autoritario a mis compañeros–. Al que arme follón, lo zurro.

Minami me miró con ojos burlones. Me sacó de quicio.

–Tú también deberías irte a dormir –le dije.

–¡A mí no me das órdenes! –replicó, hostil. Aún aferraba la gruesa rama con que había matado al perro.

–Es mejor que te vayas a casa –le dijo I, que se había puesto en guardia y no perdía de vista la tranca–. Si no, te las verás conmigo.

Minami frunció el ceño, tiró la rama al fuego y les gritó a los compañeros:

–¡Los que no quieran morir solos como un perro, que se vengan a dormir a mi casa! ¡Alrededor de esos dos, el aire está lleno de bacterias!

I y yo seguimos con la mirada a mis asustados compañeros, que corrían detrás de Minami, y nos quedamos junto a la hoguera, que nos quemaba la cara. Primero sólo se oía el chisporroteo de las llamas. Después empezó a correr la grasa fundida, que ardía con un silbido y soltaba chispas, y el pesado olor de la carne quemada no tardó en llenar el aire a nuestro alrededor. No era un olor lleno de vitalidad, como el que despedían las palomas, los tordos o el faisán al asarlos, sino que traía el desagradable recuerdo de la muerte. En cuclillas, vomité tronchos de verdura, granos de arroz y duros tendones de ave. Mientras me limpiaba los labios con el dorso de la mano, I me miraba con ojos cansados, y su fatiga se me contagiaba y empezó a llenar mi cuerpo y presionar contra mi piel como si fuera el agua de un río desbordado. Me sentía tan cansado y soñoliento, que apenas podía ponerme de pie. Pero me resultaba insoportable el hedor del perro al quemarse, de modo que, mordiéndome los labios, me incorporé despacio, me despedí de I con un movimiento de cabeza y volví la espalda al fuego. Quería dormirme al lado de mi hermano, acurrucado en el tatami como un cachorrillo. Se compadecería de mi cansancio y del dolor que embargaba mi corazón y me perdonaría, pensé, y este pensamiento me confortó. La luna se escondió tras las espesas nubes y tiñó de un aterciopelado color perla sus distantes contornos. La nieve que cubría el camino había vuelto a helarse, y crujía bajo mis pies. Me fui cuesta arriba, con la piel de la cara entumecida por el frío.

La puerta del granero estaba entreabierta, y al otro lado colgaba el tatami balanceado por el viento. La empujé con el hombro y llamé a mi hermano. El fuego estaba apagado y no había señales

de vida. Saqué las cerillas y encendí el fuego inclinándome sobre el hogar para que la corriente de aire no lo apagara. El tatami de mi hermano estaba vacío. Luego vi que su morral no estaba donde solía ponerlo, pero, en cambio, había dejado allí el abrelatas con forma de cabeza de camello que le presté. Aunque hacía poco tiempo que vivíamos en el granero, se había depositado una fina capa de polvo, y el lugar donde ponía el morral mi hermano se destacaba claramente por su color más oscuro. La cerilla me quemó la yema de los dedos. Grité, la tiré y salí corriendo de allí.

Mientras bajaba por el camino, iba llamando a mi hermano a gritos. Pero la voz que salía de mi garganta parecía ser rechazada por aquel aire frío y seco, y resonaba débilmente en la oscuridad.

–¡Vuelve! ¿Dónde te has metido? ¡No hagas tonterías! ¡Vuelve! –gritaba.

I estaba tan inclinado sobre el fuego, que casi se quemaba las cejas, y empujaba los restos del perro con un palo. Se le habían reventado las tripas, y sus entrañas, que tenían un brillo pegajoso, empezaban a quemarse con un chisporroteo. Una punta del intestino delgado se enderezó como un dedo tembloroso, se hinchó poco a poco y enrojeció.

–¿Has visto a mi hermano? –le pregunté. Tenía la lengua reseca y se me pegaba al paladar.

–¿Qué? –I volvió hacia mí su cara enrojecida y reluciente de sudor. Me sentó mal que estuviera tan ensimismado quemando los restos del perro–. ¿Tu hermano?

–No está en el granero. ¿No ha venido a ver al perro?

–¿No está en el granero? –dijo I mientras revolvía las entrañas del perro, que hacían un ruido asqueroso al reventarse–. No tengo idea de dónde puede estar.

–Ya –dije, y solté un profundo suspiro–. ¿Dónde se habrá metido?

–Esto apesta. La sangre tarda una eternidad en quemarse –dijo I. Realmente, el pestazo era insoportable.

Salí disparado de allí y subí por el camino adoquinado, y luego por el sendero que cruzaba el bosque, entre sombrías masas de árboles que parecían a punto de precipitarse sobre mí, hasta el rellano de piedra donde empezaba la vía de la vagoneta y desde el cual se dominaba el valle. Estaba a oscuras, y sólo se oía el rugido de la furiosa corriente.

–¡Vuelve! ¿Dónde te has metido? ¡No hagas tonterías! ¡Vuelve! –grité.

No respondió nadie. Los pájaros y las alimañas del bosque que tenía a mi espalda también estaban silenciosos. Debían de haberse ocultado entre las sombras de los árboles y las hierbas, asustados por los presagios de desastre que se cernían sobre la aldea, y seguramente aguzaron los sentidos al oír los gritos de una cría de hombre. Mis gritos fueron absorbidos por los profundos oídos de las bestias agazapadas en silencio y no llegaron hasta los de mi fugitivo hermano.

–¡Vuelve! ¿Dónde te has metido? ¡No hagas tonterías! ¡Vuelve!

En el cobertizo del otro extremo de la vía se encendió la luz débil y temblorosa de un farol, que se desplazó un corto trecho. Y, de pronto, un disparo de advertencia retumbó en el valle. Ardiendo de rabia, volví al pueblo por el camino forestal. Mi hermano me había abandonado, pensé. Había estado a mi lado cuando me metieron en el reformatorio por primera vez, por darle un navajazo en una pelea a un compañero de un curso superior del instituto, y cuando me fugué con una chica que trabajaba en una fábrica de juguetes y vivimos juntos en la miseria hasta que nos descubrió la policía y me llevaron de vuelta a casa sucio, andrajoso y con una enfermedad venérea, a raíz de lo cual mi padre volvió a encerrarme en el reformatorio. Pero ahora me había abandonado.

Regresé al pueblo rugiendo como un animal herido y derramando abundantes lágrimas que resbalaban por mis mejillas y caían sobre la nieve. El agua sucia que entraba por los desgarrones de mis asendreadas botas de lona helaba los sabañones que me cubrían los dedos de los pies, y hacía que me escocieran de un modo terrible, pero seguía avanzando impertérrito hundiendo los pies en la nieve hasta el tobillo, sin detenerme a rascármelos. Temía que si me agachaba me venciera el cansancio, no pudiera ponerme de pie y muriera helado.

Me detuve delante del almacén y escuché con atención. Del otro lado de la gruesa puerta, cerrada a cal y canto, me llegaron los gemidos angustiados de la niña. Me acerqué y la aporreé.

–¿Quién es? –preguntó el soldado, en tono de pocos amigos.

–¿Se pondrá bien la niña? –le pregunté, con voz ahogada por las lágrimas–. ¡Dime que no tiene la epidemia!

–¡Ah, eres tú! –me respondió, y oí el ruido que hacía al levantarse–. No sé si se pondrá bien. Y tampoco sé si tiene la epidemia.

–¿Y si la lleváramos a un médico? –Al decirlo, me acordé del rechazo brutal del médico del pueblo, y me invadió el desánimo–. ¡Ay, ojalá viniera un médico de alguna parte!

–Ve por nieve, para volver a llenar la bolsa –me dijo desde el interior, con voz cansada.

Me arrodillé en la nieve y me puse a escarbar con mis dedos helados y entumecidos. Mi hermano me había abandonado, y mi primer amor agonizaba en un charco de excrementos sanguinolentos. En mi imaginación veía que la epidemia se extendía por el valle con una fuerza tremenda, como un tifón, nos arrollaba a mí y a mis compañeros y nos dejaba inmovilizados. Estaba atrapado en un callejón sin salida, y todo lo que podía hacer era arrodillarme en la oscuridad del camino para recoger nieve sucia, sollozando sin parar.

EL REGRESO DE LOS CAMPESINOS Y LA MUERTE DEL SOLDADO

El miedo a la epidemia se propagó durante la noche, haciendo alarde de su fuerza brutal, y nos venció y nos dominó de tal modo que nos sentimos cada vez más niños y más abandonados. El día siguiente amaneció oscuro, y la aldea permaneció sumida en las sombras durante todo el día, presa de una niebla sucia que inundaba el valle. El sol que atravesaba la espesa capa de aire semitransparente derretía la sucia nieve, que se convertía en una masa fangosa. Nuestra desesperación y nuestra impotencia, así como la visión de miríadas de gérmenes que se multiplicaban, de gigantescos enjambres de diminutos gérmenes que nos sumirían en la inconsciencia, que nos provocarían accesos de gemidos desgarradores que nos quemarían la garganta como fuego, se esparcieron por aquel pueblo que parecía haber perdido el armazón que lo sustentaba igual que se esparce la gelatina de color amarillo pálido que brota de los huesos y la piel del ganado al hervirlos.

Mis compañeros se ocultaron en el fondo de las casas, sin ánimos para salir. I también se encerró en su casucha, que olía como una pocilga. Por mi parte, tumbado en el suelo del granero, con los ojos cerrados, me secaba de vez en cuando el sudor frío que brotaba de todos los poros de mi cuerpo y me empapaba la ropa interior. Todavía no había enfermado ninguno de nosotros, pero como la epidemia atacaba de improviso y golpeaba igual que un brazo poderoso, esperábamos angustiados que nos golpeará en el lóbrego interior de las casas. Solamente el soldado, que durante los momentos de pánico de la noche anterior había tomado el mando con una autoridad que incluso Minami obedeció, seguía luchando, a pesar del sueño y el cansancio, contra el inesperado rebrote de la epidemia que había afectado a la niña. Era tanta su desesperada ansiedad, que algunos salían corriendo de sus casas, iban al almacén y aporreaban la puerta cerrada hasta que la voz furiosa del soldado los enviaba de vuelta a sus guaridas. Por todo el pueblo resonaban inútiles sollozos y gritos de rabia.

Tumbado boca arriba en la oscuridad, aguardé pacientemente. El sexo de la niña, que ahora me parecía suave como una flor estival, sus nalgas sucias de excrementos y su carita colorada y encogida por la fiebre, aparecían en mi mente y se desvanecían de ella con gran velocidad. Cada vez que volvía a ver aquellas imágenes, tenía una tremenda erección que me llenaba de vergüenza. En ocasiones, creía oír el suave sonido de los pasos de mi hermano, y, al final, me obsesioné de tal manera con ellos, que me esforzaba por creer que eran ciertos. Casi continuamente, tenía la impresión de que mi hermano estaba de pie al otro lado de la pesada masa de niebla, que parecía seca y polvorienta, y la frotaba con las manos y me sonreía tímidamente, pero le era imposible atravesarla.

Al anoecer, vi que el soldado bajaba por la herbosa ladera hacia la pradera de blanda tierra donde habíamos enterrado a los animales y las personas. Iba cargado con lo que me pareció un objeto muy pequeño envuelto en una estera de paja. Algunos de mis compañeros lo seguían a unos metros de distancia. Eché a correr y me uní a ellos. Entre sollozos, contemplé al soldado mientras cavaba un hoyo con aire de agotamiento y enterraba en él el pequeño bulto. De vez en cuando, nos dirigía hoscas miradas, para evitar que nos acercáramos.

Después subió la cuesta encorvado hacia delante y, de regreso en el almacén, empezó a apilar ramas y leños en el suelo, sin decir palabra. Lo imitamos, también en silencio. El almacén se llenó de humo y fuego, y cuando empezaba a elevarse una alta torre de llamas el soldado nos mandó que nos fuéramos a casa, así que nos dispersamos y nos marchamos.

Me senté junto al hogar apagado del granero, abracé mis rodillas, metí entre ellas la cabeza y lloré largo rato. La cabeza me dolía como si me la estrujaran. Después salí al camino y llamé a mi hermano. No vino corriendo con su sonrisa tímida. Bajé la cuesta.

El soldado estaba de pie en el fango formado por la nieve al derretirse, frente a los restos chamuscados del almacén. Tenía la cabeza gacha y le temblaban los hombros a causa de los desconsolados sollozos que profería. Me acerqué a él. Nos miramos en la oscuridad. Permaneció silencioso, y yo no sabía cómo expresarle lo que sentía. Quería decirle que mi hermano me había

abandonado y mi amada había muerto. Pero sólo pude lloriquear como un crío que aún no supiera hablar.

Al fin no pude más, meneé la cabeza, volví la espalda al desertor y me fui camino arriba hacia el granero. La nieve se había helado y volvía a estar dura. De repente, oí que el soldado venía corriendo tras de mí. Al llegar a mi altura, me pasó el brazo por el hombro. Llegamos al granero sin haber dicho ni una palabra y nos acostamos entrelazados en un tatami. La cara sucia, barbuda y blanda del soldado, y sus pálidas mejillas, me parecieron entonces hermosas como las de un héroe. Me eché a llorar, y apretó afectuosamente mi cabeza contra su pecho, que olía a sudor. Después, durante un rato, a pesar de la amenaza de la epidemia, exhaustos, desesperados y sin acertar a decir palabra, gozamos un poco de un placer miserable. En silencio, nos bajamos los pantalones para ofrecernos mutuamente nuestras nalgas heladas y con la piel de gallina, y perdimos el mundo de vista gracias a los movimientos de nuestros hábiles dedos.

Antes del alba, me despertó un grito apagado, y al incorporarme en el tatami tiritando de frío descubrí que el soldado no estaba entre mis brazos. Amaneció. Creí oír de nuevo una voz baja que me llamaba. Pensé que tal vez volvería a ver la sonrisa amistosa de mi hermano y los dientes que relucían entre sus labios entreabiertos, y me levanté de un salto, quité la fina capa de hielo del cristal de la ventana con la yema de los dedos y miré afuera. Más allá de la espesa niebla lechosa había una claridad rosada que se hacía más intensa poco a poco.

De repente, los pájaros dejaron de cantar, y, en medio del súbito silencio, semejante al que sigue al brusco cese de una tormenta, vi aparecer en la niebla varias figuras oscuras y fornidas; eran campesinos armados con largas lanzas de bambú cuyos rostros, inexpresivos como los de las bestias, me miraban silenciosos. Por un momento, nos contemplamos como si observáramos un animal raro a través del cristal de la ventana, que volvió a helarse inmediatamente. Atónito, suspiré de sorpresa, y luego sentí que en lo más hondo de mi ser nacía una sensación de alivio reconfortante como un baño de agua caliente: los campesinos habían regresado. ..

Limpié de nuevo el cristal y pude ver que salía de la hilera de campesinos un hombre de mandíbula saliente y baja estatura que avanzó hacia el granero sin perder de vista la ventana, deseoso, sin duda, de averiguar si había alguien más conmigo. ¡Es el herrero!, pensé, y casi me dio un vuelco de alegría el corazón cuando abrió la puerta de par en par de un empujón y entró blandiendo una gruesa y corta barra de hierro a modo de arma. Pero no había simpatía en su boca, cuyos gruesos labios estaban fruncidos con hostilidad, ni en sus ojos, que después de escudriñarme de arriba abajo se clavaron en los míos y me miraron como si estuvieran contemplando a un peligroso animal en vez de a otro ser humano. Teme que tenga escondida alguna arma, pensé, y la conciencia de mi absoluta indefensión me llenó de un absurdo pesar.

–Más te vale no resistirte –dijo el herrero, que se abalanzó sobre mí con agilidad y me agarró del brazo–. Ven conmigo.

Me trataban como a un prisionero de guerra. Sin embargo, aunque no hubiera aferrado mi brazo con fuerza la manaza enguantada del herrero, no habría intentado oponer resistencia. Habían vuelto los adultos, y posiblemente nos salvaríamos de la epidemia, por fin habían vuelto los campesinos...

–Ven conmigo sin armar follón, o te arreo –dijo el herrero.

–Iré con usted, pero déjeme coger mis cosas –le respondí con voz ronca–. No voy a resistirme.

–¿Eso? –En la penumbra, señaló con la barra de hierro mi morral, tirado en el suelo del granero–. Cógelo.

Metí el abrelatas con forma de cabeza de camello, que tanto le gustaba a mi hermano, en el morral y me lo colgué del hombro. Mientras lo hacía, el herrero me vigilaba cauteloso con ojos desconfiados. Supuse que había llegado hasta aquel pueblo perdido en medio de las montañas la leyenda de lo sanguinarios y salvajes que éramos los internos de los reformatorios.

El herrero me empujó por el hombro y salimos a la niebla agitada por el viento; los demás campesinos nos rodearon inmediatamente. Bajamos la cuesta en silencio. Resbalé en la nieve helada y el herrero me sostuvo agarrándome violentamente de un brazo, del que ya no aflojó su zarpa.

–¡Que no me voy a escapar! –exclamé, pero mi queja sólo sirvió para que aumentara la dolorosa presión de sus dedos. Los hombres que nos rodeaban me ayudaron a ponerme en pie, y al

reemprender la marcha el herrero siguió aferrándome el brazo. Las afiladas lanzas de bambú golpeaban ruidosamente la nieve helada por el aire gélido del amanecer.

Salimos de la niebla y entramos en el amplio zaguán de la escuela, donde, alrededor de los rescoldos de la fogata, estaban en cuclillas algunos de mis compañeros, que tenían los morrales entre las rodillas o en el suelo, delante de ellos. Me dieron la bienvenida a gritos, y pasé rápidamente la vista por sus rostros para ver si estaba allí mi hermano, pero mi esperanza se vio defraudada. El herrero me dio un empujón para que me pusiera a mi vez en cuclillas junto a los restos de aquel fuego, que olían a ceniza. De cuando en cuando, surgía de la niebla un grupo de campesinos que traía a alguno de los nuestros, pero mi emoción se trocaba en desánimo al no ver aparecer el suave movimiento de los hombros de mi hermano ni su bien formada cabeza.

Con todo, no me hundí en la desesperación. Por otra parte, los compañeros que me rodeaban, bruscamente liberados del pánico que les inspiraba la epidemia, eran presa de una embriagadora sensación de alivio. Han vuelto los campesinos, pensábamos todos. Poco a poco, se extendió entre nosotros la convicción de que la epidemia, después de arrancar como si fuera la última flor a la niña, se había desvanecido. Eso sembró la alegría en nuestros corazones, y algunos de mis compañeros se empujaban, hacían gestos obscenos e incluso se reían.

Entonces llegó Minami, a quien arrastraba del brazo un fornido campesino. Tenía la cara roja y encendida y los ojos brillantes, y soltaba sin cesar unas risitas excitadas, que brotaban como burbujas de sus labios húmedos.

—¡Estaba en cuclillas en el zaguán, poniéndome el maquillaje de la mañana, y entró un campesino! —gritó—. ¡Se quedó extasiado al ver mi culo desnudo, pero al acercarse la cara dijo que apestaba, y me sacudió un guantazo! ¡Ese tío está loco!, ¿no os parece? ¡No me dejó acabar de ponerme el maquillaje de la mañana!

—¿El maquillaje de la mañana? —preguntó inocentemente uno de los más pequeños, a quien la llegada de Minami y su desenvuelta conversación habían devuelto por completo la tranquilidad.

—¡Claro, cada mañana me pongo maquillaje en el oje! —le contestó Minami, henchido de orgullo.

Los chavales que lo rodeaban se rieron infantilmente, y Minami, pavoneándose igual que un pavo real, remedió gráficamente la escena. Todos estábamos contentos, como si esperáramos antes de pasar lista para salir de excursión.

La niebla se fue despejando, y apareció un cielo cubierto y bajo, preñado de una luz húmeda que empezó a derretir la nieve sucia que se había vuelto a congelar mezclada con el fango. Para entonces habían traído a todos mis compañeros después de sacarlos de las casas que ocupaban. Y poco a poco nos fue rodeando un número creciente de campesinos de rostros impasibles armados de lanzas de bambú o de escopetas de caza. Quizá como respuesta a su hosco silencio, la excitación de mis compañeros pareció subir de un modo poco natural. La niebla se había disipado por completo cuando vimos que el alcalde y un policía se abrían paso entre los impertérritos campesinos y se acercaban a nosotros. La algazara de mis compañeros cesó al punto, y todos sentimos que nos invadía una vaga tensión.

—¡Ladrones! ¡Malnacidos! —gritó de pronto el alcalde, como si no pudiera reprimir más la ira—. ¡Habéis entrado en nuestras casas, nos habéis robado la comida, habéis quemado el almacén! ¡Sois unos hijos de puta!

Temblamos de sorpresa. Nuestra alocada excitación se transformó en pánico en un santiamén.

—¡Vamos a dar parte a las autoridades de todo lo que habéis hecho, sinvergüenzas, desgraciados!

—¿Quién ha quemado el almacén? —dijo el policía rechinando los dientes—. ¡Venga, decid la verdad!

Minami se encogió de hombros, desafiante, e hizo ademán de sentarse junto al morral, que había dejado en el suelo. El policía se abalanzó sobre él, lo levantó tirándole del cuello con una mano y le pegó en la mandíbula con la otra.

—¡Seguro que has sido tú el incendiario! —tronó la voz del policía, llena de odio, mientras zarandeaba a Minami sin aflojar su presa—. ¡Vamos, canta, hijo de puta! ¿Crees que nos vas a tomar el pelo? Has sido tú, ¿verdad?

–¡No, no he sido yo! –gritó Minami, que se retorció de dolor–. ¡No he sido yo! ¡Ha sido el cadete que se escapó de la academia!

El policía aflojó la presión, miró a Minami y le escupió en la cara. Los campesinos se agitaron, como si aquella noticia los hubiera sacado de su letargo. Todos dirigimos a Minami miradas de reproche.

–¿Conque ha sido el desertor, eh? ¿Dónde está escondido?

–No lo sé –replicó Minami.

–¡Hijo de puta! –gruñó el policía, y, tras derribar a Minami de un empujón, le dio una patada en el pecho–. ¡No me toques los cojones!

–¿Dónde está el soldado? ¡Venga, confiesa! –le dijo el alcalde a uno de nuestros compañeros más pequeños al tiempo que le retorció el brazo izquierdo–. ¡Sois peores que las ratas! ¡Venga!, ¿dónde está el soldado?

–¡No lo sé! ¡Huyó al bosque! –le respondió el chaval, incapaz de soportar el dolor y, sobre todo, el miedo.

–¡Encerradlos! –gritó el policía–. Luego volved aquí.

El herrero y un grupo de campesinos nos sacaron a empujones de la escuela y nos condujeron a un cobertizo cercano. Durante el corto trayecto, que realizamos rodeados por los campesinos, todos sentimos renacer con renovada fuerza el cansancio, el hambre y la angustia. Tras encerrarnos, aseguraron la puerta con un grueso pasador. Estábamos nerviosos, llorosos, indignados y asustados.

El policía gritó unas órdenes y se oyó un estruendo de lanzas de bambú al entorchocar. Van de caza, pensé. Van a acosar al soldado y a cazarlo. Debió de advertir el regreso de los aldeanos y se escapó. Pero cansado como está por las horas que se pasó velando a la niña, no tardarán en cogerlo.

–Esos cabrones han venido a ver si estábamos muertos –se puso a explicarles Minami a los que lo rodeaban, fingiendo buen humor para que se olvidaran de su chivatazo–. ¿Os habéis fijado en que no han vuelto las mujeres ni los niños? Están desconcertados porque seguimos vivos y, encima, me encontraron haciéndome el maquillaje, tan tranquilo.

Y dejó escapar una risa que resultaba repugnante. Pero nuestros compañeros habían perdido totalmente la excitación y el buen humor alocado que tenían hacía unos momentos, y su risa artificial y aguda fue absorbida por la paralizante sensación de ansiedad que nos había invadido a todos y no provocó la menor reacción. Al final, se calló, se puso en cuclillas y se mordió las uñas, malhumorado. Esperamos largas horas.

No nos llegaba ningún sonido del exterior, y ni siquiera hubo respuesta cuando uno de mis compañeros golpeó la puerta implorando que le dejaran salir a orinar. Tuvo que hacerlo en un rincón del cobertizo, pálido de humillación y vergüenza. El ambiente se llenó enseguida del olor acre de la orina.

Algunos chavales miraban por las rendijas entre las tablas para tenernos al corriente de las novedades. Al principio no pasó nada. Pero hacia el mediodía los que miraban en dirección al lugar donde habíamos enterrado a los muertos observaron movimiento. Oímos gritos ininteligibles, y todos nos amontonamos sobre las espaldas de nuestros compañeros o nos tumbamos entre sus piernas para mirar por las rendijas. Una sensación común de ira fue pasando de cuerpo en cuerpo hasta que nuestro pánico desapareció y nos sentimos estrechamente unidos otra vez.

Cinco campesinos cavaban con sus azadas en el lugar donde habíamos enterrado a los muertos; la luz tenue les daba en los hombros y dejaba sus caras en la sombra. Desenterraron los cadáveres que habíamos sepultado como si fueran valiosos bulbos y los alinearon en la pradera, donde aún quedaba nieve. No podíamos decir cuál era el de nuestro pobre compañero ni cuál el de la niña, cuya muerte fue la causa de nuestro pánico. Estaban llenos de barro, y sólo eran dos bultos informes de color terroso. Amontonaron leña, y cuando las diminutas llamas que quemaban a los muertos que habían puesto encima empezaron a llenar de humo el aire de la tarde, nuestra ira alcanzó su punto culminante. Hasta Minami lloraba. Aquello nos pareció una especie de ritual para forzarnos a reconocer que todo en el pueblo, incluso los muertos, los muertos que nosotros habíamos enterrado, precisamente, estaba de nuevo bajo el dominio de sus habitantes. Además, los adultos lo hacían tranquilamente, casi como si se aburrieran. Poco a poco empezaron a dejarse ver otras figuras en lo

alto de la ladera. Eran las mujeres y los niños, que habían vuelto y contemplaban la escena impasibles.

Habíamos sido dueños y señores de aquel pueblo, pensé, y sentí un súbito temblor. No lo habíamos ocupado, nos habían abandonado en él. Habíamos entregado sin resistencia nuestros dominios a los adultos, y nos lo pagaban encerrándonos en un cobertizo. Nos la habían jugado. Realmente, nos la habían jugado.

Separé la cara de la rendija y me fui al rincón opuesto. Minami, que tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas, me dijo en voz baja:

—¡Son unos cerdos!

—Sí —le respondí—, ¡son unos cerdos!

Habíamos protegido el pueblo vacío durante cinco días, incluso habíamos celebrado la fiesta para que la caza fuera abundante, y nos lo pagaban encerrándonos. Realmente, nos la habían jugado.

—¿Qué habrá sido de I? —preguntó uno de nuestros compañeros—. ¿Lo habrán cogido también?

—¡Ojalá viniera a sacarnos de aquí! —gritó Minami, furioso—. ¡Si tuviéramos escopetas, echaríamos a los campesinos del pueblo, puercos hijos de puta!

Sentí una cálida camaradería hacia Minami. De haber tenido escopetas, habríamos echado a los campesinos del pueblo, habría corrido la sangre. Pero I no vino a ayudarnos. Y no teníamos escopetas. Me senté contra las tablas, me abracé las rodillas y cerré los ojos. Y Minami vino a sentarse junto a mí. Me susurró al oído, en voz baja y cálida:

—Perdóname por lo que le hice a tu hermano.

Pero yo trataba de no pensar en mi hermano.

—Tu hermano es rápido y tiene buenas piernas —añadió Minami—. Seguro que estaba escondido entre la hierba mientras nos cazaban de uno en uno. Siento de veras lo que le hice.

De pronto, en lo más hondo del bosque, a nuestras espaldas, se oyeron dos tiros, seguramente de advertencia, separados por un breve intervalo. Todos nos levantamos de un salto y aguzamos los oídos. Pero no volvió a oírse ningún disparo. Una nueva oleada de miedo se apoderó de nosotros. Esperamos en silencio, vigilantes, con el ceño fruncido, presas de sentimientos contradictorios de esperanza y desesperación. Así permanecemos hasta que el aire del cobertizo se volvió oscuro y nuestras caras no eran más que manchas blanquecinas.

Entonces, inesperadamente, nos llegaron ladridos de perros de caza, soeces blasfemias, pisadas alocadas, y los hombres del pueblo salieron del bosque. Apretamos los ojos contra las finas rayas de luz dorada del crepúsculo que se filtraba por las rendijas. Los campesinos rodeaban la presa capturada en su cruel cacería.

Venían andando con paso lento y seguro. Sólo cuando los chiquillos pretendían meterse en sus filas soltaban algún sonido gutural para disuadirlos. Caminaban con la cabeza gacha y llevaban las lanzas y las escopetas apoyadas verticalmente contra un costado. El desertor avanzaba con paso inseguro y temblaba levemente, como si el suave y agradable vientecillo del atardecer, que olía a nieve y hojas, le impidiera el paso. Le habían quitado el chaquetón y sólo llevaba una burda camisa con las mangas subidas, como si estuviéramos en pleno verano. Al pasar el grupo que lo rodeaba por delante del cobertizo, vimos que el barro que ensuciaba su cara macilenta se había secado y tenía el color de la arcilla y que el tejido caqui de la camisa formaba una extraña protuberancia a la altura de su vientre, donde estaba roto; aquella protuberancia se movía de un modo elástico y poco natural; los bordes del roto estaban rodeados por una amplia mancha de color pardo oscuro, y de él colgaba algo blando, rosado y húmedo, algo que reflejaba aquella luz débil. Cada vez que daba un paso, aquella cosa viscosa parecía latir y brillaba iluminada por la tenue luz dorada.

El soldado tropezó en uno de los adoquines del camino que bajaba de la plaza de la escuela al fondo del valle y echó los largos brazos hacia adelante para no caerse. Fue un gesto infantil y patético, que nos hizo llorar. Entonces dos campesinos lo agarraron con fuerza de los brazos y lo obligaron a seguir adelante casi a rastras. Detrás del grupo que rodeaba al soldado, a semejanza del viento fresco y fuerte que sigue a la tormenta, iba una multitud de mujeres, ancianos y niños vestidos con gruesas ropas de abrigo abrochadas hasta el cuello.

Apartamos los ojos de las rendijas, nos sentamos en silencio en el piso de tierra y nos miramos los pies. La piel de nuestras piernas, delgadas y blancuzcas, se caía a trozos como las escamas secas de los peces, teníamos los pies, huesudos igual que las patas de los pájaros, sucios y malolientes, y las botas de lona que los protegían, las cuales llevaban el ostentoso logotipo del reformatorio, estaban sucias y llenas de agujeros. Con las cabezas entre las rodillas, permanecemos en un silencio sólo interrumpido por los sollozos durante muchísimo tiempo. Un chico se levantó y orinó contra las tablas de un rincón, y sus sollozos convulsivos hicieron que esparciera su amarilla orina por todas partes.

En la plaza resonó el sonido metálico de las fundas de las espadas al balancearse, y se oyeron pasos enérgicos y acompasados que se acercaban. Volvimos a pegar las caras a las rendijas y vimos pasar a toda prisa a dos policías militares, el alcalde y el policía a través del aire azulado del atardecer, que empezaba a perder su brillo. El policía llevaba el chaquetón del soldado colgado del brazo. Se perdieron cuesta abajo sin que ninguno de ellos prestara atención al cobertizo donde estábamos encerrados. Desanimados, volvimos a sentarnos, cabizbajos, cansados de mirar al exterior.

–Los campesinos estaban disgustados porque la policía militar ha venido a buscar al soldado y no les han dejado matarlo –dijo Minami.

–¿Qué le harán al soldado? –preguntó una voz, todavía llorosa–. ¿Lo matarán?

–¿Matarlo? –dijo Minami, y se rió fríamente–. ¿Es que no viste que le colgaban las tripas? ¿Crees que vivirá mucho tiempo con la barriga abierta de un lanzazo? No tendrán necesidad de matarlo.

–¡Tiene que doler mucho andar con las tripas colgando! –dijo el mismo muchacho, lloriqueando–. ¡Ha de ser terrible que te claven una lanza de bambú!

–¡Deja de lloriquear! –dijo Minami, y golpeó en un costado al chaval, que soltó un bufido–. ¿Estamos? Dentro de nada, estos cabrones nos las van a clavar a nosotros *allí*.

Las tripas que se le salían al soldado por la herida fueron aumentando poco a poco de tamaño hasta llenar por completo nuestras cabezas, pesadas a causa del cansancio y la somnolencia. Aquello fue como un veneno. Mientras que unos se echaron a llorar desconsolados, otros se mearon de miedo donde estaban sentados, y los orines formaron charcos amarillentos alrededor de su culo y sus piernas. Me dije que no debía dejarme arrastrar por el profundo pánico que dominaba a mis compañeros. Y se me ocurrió sacar a colación el tema de la comida, pues hacía muchas horas que nos habían encerrado y supuse que a más de uno le picaría el gusanillo. Personalmente, no tenía hambre ni frío; lo único que sentía eran náuseas, que pugnaban por subir por mi garganta hasta mi reseca boca.

–¡Qué hambre tengo! –exclamé con voz ronca, pero el final de la frase se perdió vagamente; si no la repetía, no causaría el efecto deseado en mis compañeros. Así que la repetí–: ¡Qué hambre tengo!

–¿Qué? –Minami me miró sorprendido con ojos inocentes–. ¿Tienes hambre?

–Sí, mucha hambre –dije, y, de repente, sentí un tremendo vacío en el estómago, como si aquellas palabras fueran un conjuro. Minami y los demás se contagiaron con rapidez.

–¡Yo también tengo un hambre terrible! –dijo Minami lleno de excitación–. ¡Joder, si por lo menos quedara algo de carne de los pájaros!

Mi involuntario conjuro había surtido efecto. Pocos minutos después, éramos un grupo de muchachos que se morían de hambre encerrados en un pequeño cobertizo. Me sentía desfallecer de debilidad. Y aún nos hacía sentirnos más hambrientos la idea de que aquellos crueles campesinos no tenían la menor intención de abrir la puerta del cobertizo para traernos comida.

Al cabo, se abrió la puerta de repente, pero por la estrecha abertura no entró nadie cargado de comida, sino I, cubierto de barro, sangre y porquería, que se quedó de pie en medio del oscuro cobertizo temblando de rabia. Cogidos por sorpresa, lo miramos, pero como sufríamos tanto a causa del hambre que nos habíamos «autoinducido», nadie se levantó ni le dijo nada.

De pie ante nosotros, I me buscó entrecerrando los ojos para ver mejor en la penumbra, y luego se sentó tan cerca de mí que nuestros costados se tocaban. Su cuerpo olía a sangre y a brotes de los

árboles. Tenía infinidad de cortes, cubiertos de sangre seca, tanto en el fuerte cuello como en las mejillas y alrededor de las orejas, pero del fondo de sus ojos brotaba la vitalidad ardiente de los animales del bosque. Su aspecto hablaba elocuentemente de las largas horas de peligro que había pasado mientras huía y se escondía entre los árboles del bosque. Y el hecho de que hubiera estado a punto de escapar me consoló de la pena que me causaba verlo herido, cubierto de sangre seca y medio loco de rabia.

–Esperaba que hubieras podido escapar –le dije en voz baja a I, que movía los labios en silencio, incapaz de contener su ira–. Has tenido mala suerte.

–¿Mala suerte? –dijo I–. ¡Estoy de pega!

–No eres el único –dijo Minami.

I nos miró alternativamente a Minami y a mí, como si quisiera decir algo, pero no supiera por dónde empezar. Por fin, fijó los ojos en mí y se puso colorado. Era evidente que quería hablarme.

–¿Qué pasa? –le dije, para animarlo.

–Traté de llegar al fondo del valle –me respondió atropelladamente–, porque imaginé que cuando volvieran los campesinos lo pasaría mal, y por eso me fui abandonándolo todo. Quería cruzar a la otra orilla para escapar. Bajé con ayuda de una cuerda que até a las vigas que forman el puente por donde pasa la vía de la vagoneta.

–¿Esta mañana? –exclamó Minami–. ¡Si me hubieras despertado, me habría ido contigo!

–Mientras andaba entre las rocas, cerca del río –siguió diciendo I atropelladamente, mirándome y sin hacer caso de los comentarios de Minami–, encontré tirado el morral de tu hermano. Estaba en una poza que había dejado la crecida al retirarse, junto con troncos y animales muertos. Lo cogí y luego...

Al interrumpirse, lo cogí por los hombros y lo sacudí. Me sentía como si hubieran horadado un pozo negro y profundo en mi cabeza y todo mi ser se precipitara por él. Y no podía articular palabra.

–Luego volví a subir por la ladera. Quería volver al pueblo para dártelo –dijo I, que se había emocionado al sentir el fuerte apretón de mis manos y tenía los ojos llorosos.

Estallé en sollozos, un llanto convulsivo que crecía incontenible dentro de mí y me quemaba el pecho y la garganta. Solté los hombros de I y lloré desconsoladamente con la frente apoyada contra las tablas.

–¿Qué pasó con el morral? –le preguntó Minami a I en voz baja, para no turbar mi dolor–. No lo has traído.

–Los campesinos me descubrieron en el bosque y me persiguieron –dijo I, desconsolado–. Como no quería que pensarán que lo había robado, lo tiré entre la maleza. Luego, de repente, otro grupo apareció con sus lanzas delante de mí, y no tuve escapatoria.

–Nos llevarás hasta donde lo tiraste, ¿verdad? –le dijo Minami. Y añadió, amenazador–: ¡Como se haya perdido, te acordarás de mí! Es un recuerdo de su hermano.

Me revolví furioso, con intención de golpear a Minami, pero me detuve al ver que sus ojos, agudos como los de un pájaro, estaban llenos de lágrimas. La ira y la tensión que llenaban mi cuerpo se esfumaron, y la pena ocupó su lugar. Meneé la cabeza, me abracé las rodillas, hundí la cabeza entre ellas y me puse a llorar.

Mucho más tarde, ya de madrugada, sonó un repentino grito de dolor a lo lejos que fue ahogado de inmediato, aunque despertó los ecos del valle. Todos nos levantamos de las forzadas posturas en que dormíamos y buscamos los ojos de nuestros compañeros en la oscuridad, llenos de miedo.

–Al otro lado del valle había un coche de la policía militar –dijo I–. Seguramente querrán llevarse al soldado antes de que muera. Seguro que lo han atado a la vagoneta y lo han pasado a la otra orilla.

–¡Con las tripas colgando! –comentó Minami–. ¡Hacer una cosa así es lo mismo que matarlo!

–¡Los japoneses os matáis los unos a los otros! –exclamó I con profundo desprecio–. Nosotros escondimos al soldado, pero sus compatriotas lo han matado. La policía militar, la policía normal, los campesinos con sus lanzas... Hay montones de gente dispuesta a salir a la caza de los que huyen al monte y a matarlos a lanzazos. No puedo comprenderlo.

El grito desesperado volvió a oírse, como si procediera de una garganta agonizante, y sus ecos resonaron claramente por el valle durante un rato, cada vez más lejanos. Después de quitarnos las pocas esperanzas que nos quedaban, aquella voz no volvió a llegar a nuestros oídos. I estaba callado y escuchaba con atención. De repente, sus ojos oscuros se clavaron en los míos, en los que ya empezaban a secarse las lágrimas.

Entonces se oyó ruido de pasos apresurados en la plaza de la escuela, y poco después descorrieron el grueso cerrojo que bloqueaba la puerta del cobertizo. Los campesinos traían gruesas antorchas; el primero en entrar en el cobertizo, iluminado por aquella luz parpadeante, pero clara y densa, fue el alcalde. Luego un montón de campesinos fue llenando el recinto, hasta acorralarnos en el rincón que olía a orines.

JUICIO Y DESTIERRO

El más pequeño de mis compañeros se echó de pronto a sollozar y se sentó aterrado, con los ojos desorbitados. Y un charco de orines creció bajo su cuerpo tembloroso. La causa de aquel ataque de pánico era evidente. En la punta recién cortada de la lanza de bambú que aferraba con fuerza el puño derecho de un hombre alto y delgado, detrás del alcalde, había un pegote rojizo, y en la parte hueca se veían claramente restos de intestinos humanos. Aquello atrajo nuestros ojos como un imán. Resultaba difícil contener las náuseas. Varios de mis compañeros doblaron la espalda para vomitar, mientras que otros emitían sonidos borboteantes al tratar de reprimir las arcadas. Los campesinos los contemplaban en silencio.

—¿Están todos? —preguntó el alcalde, después de mirarnos inquisitivamente, dirigiéndose a los campesinos.

No contestó nadie. Sólo los ruidos que hacían mis compañeros al vomitar interrumpían el silencio. Un hedor dulzón y pesado empezó a llenar el aire.

—¿Cuántos se han escapado? —preguntó de nuevo el alcalde.

—Faltan dos de los que llegaron al pueblo —dijo un hombre cuya lanza tocaba una viga baja—. Uno es el que se murió el día en que pasó aquello, así que sólo hay un desaparecido.

Al decir «aquello» bajó la voz y recalcó las sílabas. Era señal de que los campesinos habían empezado a convencerse de que el «incidente» era un hecho remoto, una anécdota histórica, una leyenda nacida de algún desastre natural. Para nosotros el «incidente» era algo muy actual, y más aún en aquellos precisos instantes. Nos arrastraba contra nuestra voluntad y era evidente que nos causaría muchos problemas.

—Desenterramos los cadáveres y los quemamos —dijo otro—. Dos eran de niños, el del que murió cuando pasó aquello y el de la hija de la mujer que murió en el almacén. El otro debe de haber huido al monte.

—¡Escuchadme! —dijo el alcalde dirigiéndose a nosotros—. ¿Dónde se esconde el fugitivo? Si no lo decís, le soltaremos los perros de presa. Cuando lo encuentren, lo matarán a mordiscos. ¿Qué os parece?

Me mordí los labios y bajé los ojos. La ira volvió a invadirme y se mezcló con la pena que me embargaba, y ambas parecieron fortalecerse mutuamente. La mano musculosa de I me daba palmadas en el muslo. Eso me consoló, pero tenía los ojos llenos de lágrimas y no podía ver sus dedos.

—¡Tú! ¡Tú lo sabes! —le dijo el alcalde al más pequeño de mis compañeros, al que le temblaban los labios de miedo.

—¡No lo sé! —respondió con voz entrecortada—. ¡No está desde ayer por la tarde! ¡De verdad que no lo sé!

—¡Ratas de reformatorio! —gritó el alcalde, repentinamente furioso—. ¡No queréis confesar! ¿Os creéis que somos angelitos? ¡Podemos retorceros con una mano esos flacos gaznates, o mataros a palos!

No creíamos que aquellos crueles campesinos fueran precisamente angelitos. Sudábamos de miedo. Cada movimiento que hacía el hombre que tenía la lanza manchada de sangre e intestinos aceleraba los latidos de nuestros corazones.

—¡Os merecéis que os matemos a palos por lo que habéis hecho mientras estábamos ausentes! —dijo el alcalde en tono amenazador, y nos enseñó los dientes con un gesto lleno de crueldad—. ¡Habéis entrado en las casas y robado nuestra comida! ¡Habéis dormido en nuestros tatamis y los habéis dejado llenos de orines y mierda! ¡Nos habéis roto los muebles! ¡Y, para colmo, le prendisteis fuego al almacén!

El alcalde dio un paso al frente y golpeó a aquellos de mis asustados compañeros que tenía más cerca con el dorso de la mano, cuya piel callosa, cubierta de pelos duros como cerdas, quedó mojada de lágrimas de ira, miedo y humillación.

—¿Quién ha sido, eh? ¿Quién ha sido el cabrón que ha profanado el altar de mi casa, que se ha cagado en él? ¡Decídmelo, hijos de puta, escoria! ¿Quién ha sido?

Cada vez que los muslos macizos del alcalde se acercaban, me estremecía de miedo, pero aguanté las miradas de los campesinos situados detrás de él con la cabeza erguida. Los ojos llenos de rabia de aquellos hombres y sus labios tensos, abiertos y llenos de saliva, nos acusaban con dureza: ¿Quién ha sido el que me ha robado la comida? ¿Quién ha sido el que ha encendido fuego en mi hogar? ¿Quién ha sido el que ha escrito frases indecentes en las paredes de mi casa?

—¡Hemos discutido qué castigo debemos daros, parásitos! ¿Sabéis qué vamos a hacer con vosotros, hatajo de indeseables que nunca debió poner los pies en nuestro pueblo?

El alcalde cogió por el pescuezo a uno de mis compañeros y lo obligó a ponerse en pie. El pobre temblaba de miedo.

—¡Yo no he hecho nada! —dijo débilmente—. ¡Hagan el favor de perdonarme!

Fue derribado de un golpe, pero otro corderillo acosado fue levantado y se puso a proferir a su vez impotentes excusas.

—¡Perdónenme! ¡No sabíamos lo que nos hacíamos!

Uno tras otro, todos mis compañeros fueron obligados a levantarse, pidieron perdón y fueron derribados de un empujón. Pero ninguno se resistió. Sabíamos que nos habían derrotado y nos doblegábamos. El alcalde continuó gritando y dando golpes un buen rato.

Luego interrumpió de repente su demostración de violencia, dejó de mover los brazos y los apoyó en las caderas. Se nos quedó mirando, meneó la cabeza y salió abriéndose paso entre los campesinos. Esperamos, recelosos. Los campesinos también parecían esperar el regreso del alcalde con cierta tensión. Al cabo, varios de ellos salieron cuando alguien gritó una orden desde fuera, y entró un grupo de gente a la que no habíamos visto antes. Su presencia hizo que I se pusiera muy tenso. Las caras de los recién llegados eran más pálidas y de piel más suave que las de los campesinos. Nos dirigieron miradas vagas y llenas de impotencia; era evidente que se compadecían de nosotros.

—¿Son los coreanos? —le pregunté a I al oído, pero no contestó.

Vi que la sangre seca había formado un tapón en el interior de su oreja. Siguió un largo silencio, sólo interrumpido por el sonido de la saliva al ser tragada por nuestras gargantas y los movimientos pesados de los campesinos, que se transmitían como olas a los que estaban apretujados fuera del cobertizo e intentaban pacientemente ver qué ocurría dentro.

Exhaustos y soñolientos, permanecemos inmóviles bajo las atentas miradas de los campesinos. Esperamos.

Al cabo de un buen rato regresó el alcalde. Comprobamos que la ira febril había desaparecido de sus ojos y sus labios.

—¿Lo habéis pensado bien, desgraciados? —dijo el alcalde—. ¿Habéis pensado bien en lo que habéis hecho? —Después de mirar con gran atención nuestros rostros silenciosos, añadió astutamente en voz baja, casi susurrando—: Lo que habéis hecho ya no tiene remedio. Os lo perdonamos.

Un alivio que iba acompañado de una extraña sensación de recelo, un alivio que dejaba mal sabor de boca, empezó a invadir tímidamente nuestros corazones. Nos sentíamos aturridos. Aquello era asombroso. Uno de mis compañeros prorrumpió en sollozos de alegría. Después trató de sobreponerse, levantó la pequeña barbilla con firmeza y esbozó una sonrisa que llenó de arrugas su rostro lleno de mugre.

—Mañana por la mañana llegará un celador con otro grupo de evacuados de vuestro reformatorio, y empezareis oficialmente a estar refugiados en nuestro pueblo —dijo el alcalde con voz melosa, pero sus ojos nos miraban con dureza—. No daremos parte al celador de las atrocidades que habéis cometido. Pero tenéis que hacer algo a cambio. Debéis comportaros como si no hubiera pasado nada en el pueblo desde que llegasteis. No ha habido ninguna epidemia. Nadie huyó de aquí. ¿Entendido? Así nos evitaremos problemas. ¿De acuerdo?

El alivio que empezaba a sentir mi corazón desapareció de golpe. Lo mismo les ocurrió a todos mis compañeros, que recobraron su postura de firme desafío al alcalde. Nos quería engañar como a

chinos. Y no había nada más humillante que ser engañados como chinos. Hasta el tonto más tonto se habría puesto rojo de indignación al ver que lo querían engañar de una manera tan burda.

—¿De acuerdo? Decid lo que os he dicho.

El alcalde nos miró como si se sintiera profundamente herido por nuestra indiferencia, y recobramos la actitud debida y los lazos de camaradería. Hinchamos los pechos desafiantes con los ojos relucientes.

—¡Eh, tú! Vas a decir eso, ¿no? —le dijo el alcalde a Minami mientras lo empujaba con el dedo.

—No cuente conmigo —dijo claramente Minami, dando la cara—. A nosotros nos encerraron. Nos abandonaron y nos dejaron en medio de una epidemia. ¿No es ésa la verdad?

—Sí, señor. ¿Acaso no nos dejaron abandonados a nuestra suerte? —añadió otro compañero. Y todos los demás chillaron a coro, como un eco—: ¡Es verdad!

Atónito por nuestro contraataque, el alcalde volvió a ponerse furioso. Hizo molinetes con los brazos, escupió saliva y nos enseñó los dientes, amenazador.

—¡Sinvergüenzas, si creéis que nos vais a tomar el pelo, os equivocáis! Haced lo que os digo, u os mataremos a palos. Nos sobran brazos para romperos el pescuezo. ¿Es que no lo entendéis?

Para evitar que mis compañeros recayeran en el miedo, tenía que enfrentarme al alcalde a gritos. Me levanté y disimulé el miedo que me inspiraban él y los energúmenos que estaban a su espalda. Estaba a punto de desmayarme, pero grité con toda la fuerza de mi garganta:

—¡No nos engañarán, no nos tomarán el pelo engañándonos con esas pamplinas, son ustedes los que no van a tomarnos el pelo!

El alcalde me miró desafiante con la boca abierta y trató de replicarme pero no le dejé. Antes de que empezara a chillar, tenía que chillar yo todo lo que pudiera.

—Nos abandonó la gente de su pueblo. Y tuvimos que vivir nosotros solos en una aldea donde podía haber una epidemia. Se largaron y nos dejaron encerrados. No me voy a callar. Voy a contar todo lo que nos han hecho, y todo lo que hemos visto. Han matado al soldado a lanzazos. Se lo voy a decir a sus padres y a su hermano mayor. Cuando fui al pueblo de al lado a pedir que viniera alguien a recoger a la niña y aseguré que no estábamos enfermos, me echaron a la fuerza. No hicieron nada por curar a los niños que habían caído enfermos. Voy a contar todo eso. ¿Por qué tendría que callarme?

La gruesa lanza de un aldeano me golpeó el pecho de plano, me caí de cabeza contra las tablas y gemí. No podía respirar. Sentí el sabor de la sangre en la boca, y mi nariz empezó a sangrar. Levanté la cara y retrocedí a rastras, gimoteando, hasta un rincón, para evitar el siguiente ataque. La sangre de la nariz me corría por la cara y me ensuciaba el cuello, la piel y la ropa. Estaba acostumbrado a las peleas, y la nariz dejó de sangrarme enseguida, pero el miedo se había apoderado de mí, y las lágrimas que fluían por mi rostro pegajoso, sobre el que se empezaba a coagular la sangre, no cesaban.

—¿Estamos? Si no queréis que os pase lo mismo, obedeced —dijo el alcalde, con voz lenta y amenazadora—. Decid que no ha pasado nada y que no habéis visto nada. Y, a partir de mañana, empezaremos a trataros como a refugiados. Mis compañeros se encogieron cuanto pudieron, como animalillos salvajes, y permanecieron inmóviles. Pero su actitud no me engañó. Comprendía que no podrían soportar aquella situación durante mucho tiempo.

—Los que no estén de acuerdo, que se queden sentados donde están —siguió diciendo el alcalde—. Los que estén dispuestos a obedecer, que se pongan de pie y vayan a aquella pared. Les daremos de comer.

Hubo un pequeño brote de agitación, que creció con celeridad. El que llevaba la lanza manchada de sangre dio un paso al frente y gritó con voz áspera:

—¡Al que se quede sentado, le daré a probar mi lanza!

Un muchacho se levantó de un salto y corrió hacia la pared, jadeante, y se apoyó contra las tablas, sollozando tembloroso. Y los demás se levantaron despacio, con la vergüenza ardiendo en sus pechos. En unos instantes sólo quedábamos Minami, I, que no cesaba de temblar, y yo.

–¡Eh, vosotros! ¿Queréis hacerlos los gallitos? –nos increpó el alcalde, y el campesino hirió levemente con su lanza la cara de Minami–. ¡Dejad de hacer tonterías! Decid que no visteis nada, y que nadie os ha abandonado.

Por la comisura del labio cortado de Minami empezó a manar la sangre, y una risita fría e indiferente distorsionó su cara pálida. Se puso en pie para esquivar la lanza que volvía a buscarle la cara. Nos volvió la espalda y, mientras se unía a nuestros compañeros en la pared, dijo únicamente:

–Me lo pasé muy bien cuando me dejaron abandonado, pero si tengo que olvidarlo, lo olvidaré. – Y se abrió paso con rudeza entre nuestros compañeros, que se estremecían con las cabezas gachas–. Todos tenemos hambre y queremos comer bolas de arroz.

–¡I! –La voz triunfal del alcalde retumbó en el cobertizo–. ¿Me vas a llevar la contraria?

I levantó la vista despacio hacia el alcalde y contestó tartamudeando, como si suplicase:

–Yo... –habló en el dialecto local y en tono muy servil–. Yo pensé quedarme en el pueblo para vigilar. Primero quise escaparme, pero luego pensé quedarme de guardia en el pueblo. Hasta celebramos la fiesta de la caza.

–¿Y qué quieres decir con eso? –le interrumpió el alcalde–. ¿Eh? ¿Qué quieres decir con eso?

–Bueno que... yo...

–¿Se te ha ocurrido pensar en lo que le pasaría a vuestra colonia si no me obedeces? –Sin hacerle caso, el alcalde añadió, con fría crueldad–: Os podemos matar a todos.

I aguantaba. Entre las caras que se agolpaban en la oscura entrada, vi que las pálidas y estiradas se agitaban. Pero no abrieron la boca.

–El policía dice que el desertor debió de estar escondido en la colonia. Si es así, detendrá a todos los coreanos. Sin nuestra ayuda, no os libraréis de la cárcel. ¿No lo entiendes?

Los dedos de I se apartaron de mi muslo. Se levantó con presteza, gruñó y salió abriéndose paso entre los campesinos. Me quedé mirando el montón de caras de campesinos que llenaban el vacío que habían dejado I y los suyos, lleno de rabia y pena.

Ya sólo quedaba yo. El alcalde se volvió despacio hacia mí y me miró a los ojos. Aguanté su mirada en silencio.

–¿Y bien? ¿Qué te parece? –me dijo el alcalde–. ¿Vas a mantenerte en tus trece por una bobada? ¿Por nada? Lo único que ha pasado es que los del pueblo se ausentaron unos días, ¿o no? Os dedicasteis a cometer toda clase de tropelías y nosotros, encima, os prometemos que haremos la vista gorda.

Callé. Me acosaban un montón de ojos de los del pueblo. Las mujeres trajeron una fuente grande con bolas de arroz y pucheros de sopa. Y mis compañeros empezaron a comer las bolas de arroz y la sopa caliente de los cazos de madera que les dieron. Era comida de verdad, bien hecha y abundante, comida como nunca habíamos probado en el reformatorio, en el viaje de evacuación ni en nuestras propias casas. No era una comida mecánica y fría, separada del amor y la vida cotidiana, sino bolas de arroz apretadas por las manos de mujeres que vivían en libertad en el campo y los arrozales y las calles, y sopa que habían probado las lenguas de amas de casa corrientes. Mis compañeros me daban la espalda mientras devoraban aquel banquete con avidez, evidentemente avergonzados por haberme traicionado. Sin embargo, yo sentía vergüenza porque se me hacía la boca agua y el estómago se me encogía y el hambre invadía todos los poros de mi cuerpo.

El alcalde se me acercó sin decir palabra y me pasó por delante de las narices un plato de bolas de arroz y un cazo de sopa. Temeroso de rendirme, di un manotazo con mi mano temblorosa y lo tiré todo al suelo. El alcalde rugió furioso y se abalanzó sobre mí mientras gritaba, fuera de sí:

–¡No me toques los cojones! ¿Quién te crees que eres? Los desgraciados como tú sois parásitos. Sois iguales que la mala hierba. Cuando crece, no sirve para nada. –Me agarró por el cuello hasta casi asfixiarme; él también se ahogaba a causa de la ira–. Y la mala hierba se arranca antes de que crezca y eche a perder la cosecha. Somos campesinos, y arrancamos la mala hierba en cuanto nace.

El alcalde parecía un enfermo que sufriera un angustioso ataque de fiebre: su piel ardía, estaba sudoroso y temblaba. Me salpicó la cara de saliva y lanzó sobre mí el alientoapestoso de sus encías podridas. Al darme cuenta de que mi gesto lo había asustado, en vez de sentirme orgulloso, me invadió un pánico tremendo.

–¿Te has enterado? –siguió gritando el alcalde–. ¡Te podemos tirar por un barranco, no hay nadie que pueda evitar que te matemos!

Volvió la cabeza, de pelo canoso cortado al cero, hacia mis compañeros y gritó, enfurecido:

–¡Escuchadme! ¿Si mato a este cabrón, daréis parte a la policía?

Aumentó la presión sobre mi cuello para obligarme a levantar la cabeza y contemplar con mis propios ojos el silencio cobarde y traidor de mis compañeros.

–¿Te das cuenta? ¿Te has enterado?

Cerré los ojos y asentí, con lágrimas amargas en los ojos. Me había enterado perfectamente de que me habían abandonado a mi suerte. El brazo que me asfixiaba se aflojó, respiré hondo, tosí débilmente y me enderecé. Pensé que no quería que mis desleales compañeros vieran que la piel bajo mis ojos temblaba débilmente y estaba llena de lágrimas.

–¡Venga, come! –dijo el alcalde.

Dije que no con la cabeza. El alcalde me pasó un brazo por los hombros y me miró fijamente. Luego retiró el brazo y se fue a hablar en voz baja con el herrero. Me tiraron el morral a los pies.

–¡Cógelo! –me ordenó el alcalde.

Cogí el morral y me lo colgué del hombro. El herrero y otros hombres, tremendamente fuertes, cuyas pieles tostadas y sucias de barro se tensaban sobre sus músculos, me rodearon. Me condujeron a través de los campesinos hasta la plaza de la escuela. Me hicieron esperar de pie. Los campesinos me miraban agrupados delante del cobertizo. Me estremecía de frío. La nieve crujía al helarse.

Transcurrido un rato, el alcalde salió del cobertizo. Vino caminando a grandes zancadas. Lo esperé, tenso.

–¡Eh! –me llamó–. ¡Tú, oye!

Me estremecí con un mal agüero.

–Podemos matarte, pero seremos generosos –me dijo atropelladamente; sus ojos tenían un extraño brillo–. Esta misma noche te largarás del pueblo. Márchate bien lejos. Aunque vayas a la policía, recuerda que nadie te creará y tus compañeros dirán que mientes. Y no olvides que, si vuelves al reformatorio, te castigarán por escaparte.

Las palabras del alcalde sonaban a falsas y no me convencieron. Pero me mordí los labios y asentí. Avancé por el camino adoquinado llevado casi en volandas por el herrero y otro hombre. Anduvimos en silencio hasta llegar a la repisa de piedra de la vagoneta.

Mientras uno de los hombres ponía en marcha el mecanismo de tracción de la vagoneta, el herrero y yo nos sentamos en cuclillas el uno al lado del otro en la pequeña caja. Los dos callamos. Después, el hombre que había puesto en marcha el mecanismo corrió sobre las traviesas sin hacer ruido y se montó. Al sentarse, me pisó la mano con los zapatos llenos de nieve, y solté un grito. Pero no dieron señales de haberme oído. Aquellos hombres parecían haberse vuelto animales nocturnos. Perseguido por el chirrido de la cuerda, me metí los dedos sucios en la boca y noté el sabor de la nieve, el barro y la sangre.

Iban a liberarme de la prisión a la que me habían arrojado. Pero fuera seguiría estando igualmente encerrado. No podría escapar jamás. Tanto dentro como fuera, había puños duros y brazos brutales dispuestos a herirme y golpearme.

Al detenerse la vagoneta, el herrero se bajó, y le imité. Vi que llevaba la corta y gruesa barra de hierro. Y, de pronto, sacando los dientes, me atacó. Me tiré al suelo. La barra de hierro silbó al cortar el aire y me rozó el occipital. Con los talones golpeándome el trasero, corrí alocadamente hacia la oscura maleza antes de que la barra de hierro pudiera golpearme de nuevo. Seguí corriendo por la densa arboleda en tinieblas; las hojas me azotaban la cara y las piernas se me enganchaban en las enredaderas, y las partes expuestas de mi cuerpo se llenaron de arañazos y de sangre; al final, caí exhausto en unos helechos cubiertos de nieve. A duras penas pude apoyarme en los codos para levantarme y frotarme la garganta contra las hojas frías y mojadas para acallar mis gemidos. Pero no cesaban de escapar de mis labios llenos de barro, y al ser transmitidos por el aire húmedo y tenebroso revelarían mi escondite al herrero y a los demás campesinos sedientos de sangre, que gritaban salvajemente en la distancia mientras me buscaban para acabar conmigo. A fin de acallar

mis gemidos, abrí la boca y jadeé como un perro. Traté de penetrar con los ojos el aire tenebroso de la noche y me preparé para el ataque de los aldeanos cogiendo piedras en mis manos heladas. No pensaba rendirme sin pelear.

Sin embargo, no veía cómo podría evitar los peligros y escapar corriendo de los brutales campesinos por el oscuro bosque. Ni siquiera sabía si tendría fuerzas para echar a correr de nuevo. No era más que un chiquillo exhausto y loco de rabia, que sollozaba y se estremecía por el frío y el hambre. El viento se levantó de pronto y me trajo el ruido de las pisadas cada vez más próximas de los campesinos que me perseguían. Me levanté, con los dientes apretados, y eché a correr entre las hierbas y bajo los árboles hacia el interior cada vez más oscuro y tenebroso del bosque...